

NORVINS  
—•—  
HISTORIA  
DE  
A POLEON

2

TOMO I

DC203

N67

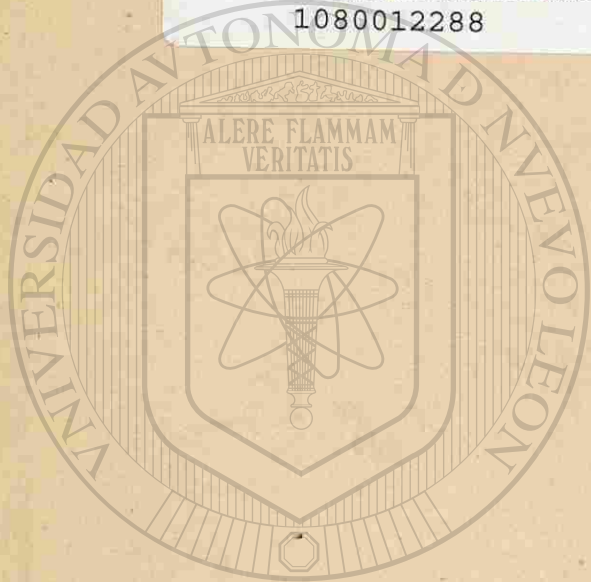
v. 2

t. 1

R. G.



1080012288

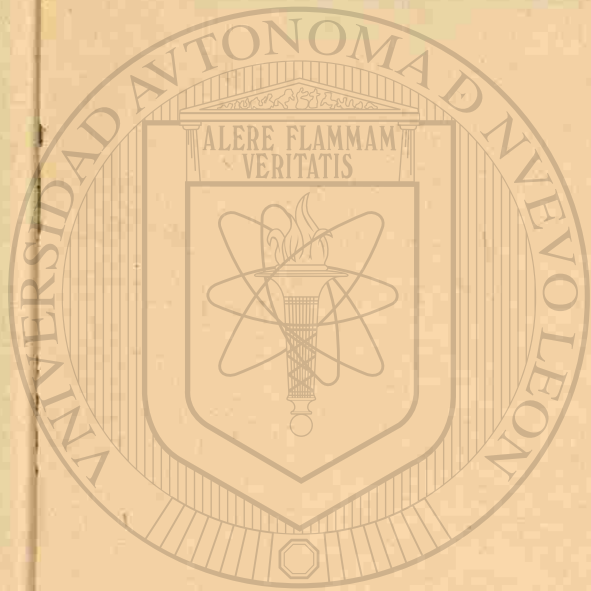


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

DE

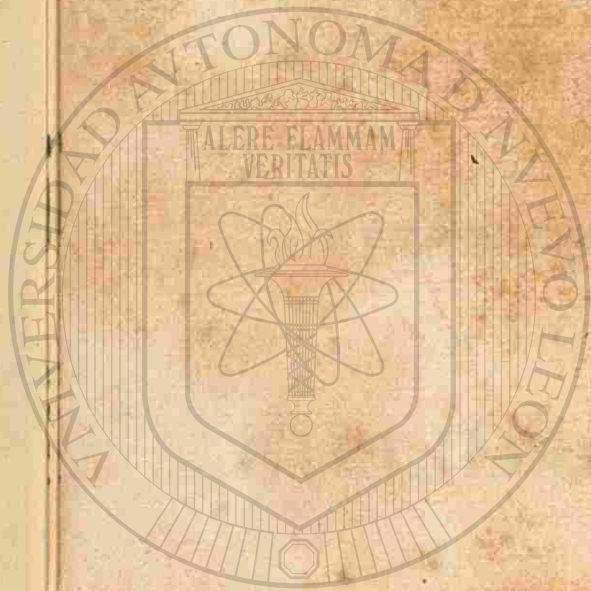
NAPOLEON

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA  
DE  
**NAPOLEON**

POR  
**M. DE NORVINS.**

TOMO PRIMERO.

\*  
SEGUNDA PARTE.  
\*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS PARIS

PARIS. — IMPRENTA DE J. TASTU,  
CALLE VAUGIRARD, N. 36.

DUREY, LIBRERO-EDITOR,  
CALLE DE SAVOIE, N. 14;  
LIBRERIA AMERICANA,  
CALLE DEL TEMPLE, N. 69;

1829



COPIA DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

D203

N67

v.2

t.1



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156545

CAPITULO VI.

CAMPAÑA DE ITALIA. — TERCERA ÉPOCA.

GENERALES EN JEFE: BONAPARTE, ALVINZI.

(Desde 1º hasta 17 de noviembre.)

Dos retiradas sobre el Rhin; la una por el ejército de Sambre y Mosa, bajo las órdenes de Jourdan, señalada con la pérdida de la batalla de Wurtzbourg; la otra por el ejército del Rhin bajo las órdenes de Moreau, ilustrada por la retirada de Biberach, acababan de libertar á la Alemania. El Austria no tenia ya sino un enemigo, que era el ejército de Italia. Esta potencia abandonó sus proyectos de conquista sobre las provincias de la orilla izquierda del Rhin, y resolvió volver á tomar el Milanés, hacer levantar el bloqueo de Mántua, y reponer en su alianza á todos los príncipes de Italia, que acababan de admitir el yugo de la paz con la República. Tres meses

antes, Wurmser habia salido de Alemania con treinta mil hombres, llamando á sus banderas los restos de Beaulieu esparcidos en la Carniola y la Carintia. Alvinzi se destacó igualmente del ejército victorioso del archiduque Carlos, con cuarenta mil hombres, y llamó tambien los restos de Davidowich. Estos restos, reclutados por el Austria, formaron un ejército de diez y ocho mil hombres en el Tirol. El Friul estaba ocupado por Alvinzi, quien durante todo el mes de octubre, se mantuvo en la línea del Isonzo, y desde allí marchó sobre Castiglione detras del Piave. El feld-marsiscal tenia delante de sí á Massena en Basano. El general Vaubois, puesto con diez mil hombres sobre el Lavisio, protegía á la ciudad de Trento. Bonaparte estaba en Verona con la caballería de reserva y la division Augereau. Alvinzi queria juntarse en Verona con Davidowich, marchar sobre Mántua, libertar á Wurmser, y, á la cabeza de noventa mil combatientes, echar á los Franceses de Italia. Marchó en tres columnas sobre la Brenta, despues de haber echado dos puentes sobre el Piave. Massena, con el fin de enterarse de su fuerza, hizo una demostracion de ataque y pudo

contar los cuarenta mil hombres del feld-marsiscal. Entonces se retiró de Basano sobre Vincencia donde se le unió Bonaparte, con las tropas que traía desde Verona. El 6 al amanecer empezó la batalla de la Brenta, empeñada por Massena. La vanguardia enemiga y tres divisiones fueron rechazadas sobre la orilla izquierda de aquel rio, y el cuerpo de Quasdanowich sobre Basano, con una pérdida considerable. Menos feliz sobre el Lavisio, Vaubois, forzado en su posicion, salió de la ciudad de Trento y apretado por unos enemigos demasiado numerosos, comprometió con su retirada la seguridad de Verona. Joubert llegó á tiempo desde Mántua con una media brigada y cubrió esta ciudad. Vaubois pasó el Adige, y ocupó las posiciones tan conocidas de la Corona y de Rívoli

Pero el 7, el general en gefe atravesó Vincencia con el ejército, y con este movimiento retrógrado atrajo sobre sí las fuerzas de Alvinzi. En llegando á la altura de Rívoli dijo á la division Vaubois: «Soldados! no estoy contento con vosotros; no habeis manifestado ni disciplina, ni constancia, ni valor; ninguna posicion ha podido reuniros. Os ha-

» beis entregado á un terror pánico; os habeis  
 » dejado echar de unas posiciones donde un  
 » puñado de valientes debia detener á un ejér-  
 » cito. Soldados de la 39ª y de la 85ª no sois  
 » soldados franceses. General jefe de estado  
 » mayor, mandad escribir en sus banderas,  
 » *no pertenecen al ejército de Italia.* » Pocos  
 dias despues, estos dos regimientos ilustraron  
 al ejército: este es el modo con que Bonaparte  
 creaba héroes.

De manera, que á pesar de haber perdido  
 la batalla, Alvinzi habia logrado el fin de sus  
 operaciones, y en vez de haber sido rechazado  
 mas allá del Piave y de las gargantas del Bren-  
 ta, y de hallarse cortado del cuerpo de Davi-  
 dowich, era dueño del Tirol y de todo el pais  
 entre el Brenta y el Adige. Sin embargo, para re-  
 unirse con Davidowich, le precisaba apoderarse  
 de Verona. Por su lado, el general Bonaparte  
 aseguró la defensa de Montebaldo, y resolvió  
 apoderarse de la fuerte posicion de Caldiero.  
 Despues de algunos ligeros encuentros de van-  
 guardia, se acampó en la noche del 11 al pie  
 del Caldiero. El ataque principió á la mañana  
 siguiente; pero al anochecer, los dos ejér-  
 citos bivaquearon en sus posiciones respec-

tivas. La ventaja quedó para los Austriacos  
 que pusieron sus avanzadas en San Miguel. El  
 ejército frances se halló imposibilitado de vol-  
 ver á tomar la ofensiva; el enemigo ocupaba  
 Caldiero y las gargantas del Tirol; la guar-  
 nicion de Mántua segundaba Alvinzi con sus  
 frecuentes salidas. Esta guarnicion valia por  
 un ejército, y Serrurier apenas tenia ocho mil  
 hombres en el bloqueo. Hubo un momento de  
 abatimiento en el ejército frances. Se quejaba  
 altamente, pero su general le contestaba. Es-  
 tas conversaciones del ejército con su jefe son  
 una singularidad notable de la época, y al  
 mismo tiempo caracterizan perfectamente á Bo-  
 naparte y al ejército de Italia. Este hombre tan  
 hábil, que no contaba ni á sus enemigos ni á  
 sus soldados, hacia consistir, con justicia,  
 toda su superioridad en las calidades morales  
 de sus soldados. Desde su llegada habló con  
 ellos, y no dejó de hablarles hasta la despe-  
 dida tan tierna y tan solemne de Fontaine-  
 bleau. El ejército se reanimó y la impulsión  
 eléctrica que recibió de su general fue á des-  
 pertar en los hospitales de Brescia, Bergamo,  
 Milan, Cremona, Lodi, Pavia y Bolonia, á los  
 enfermos y á los heridos que vinieron á reu-



nirse bajo sus banderas. Lannes era uno de estos heridos; vino corriendo. Esta adhesion de los soldados era individual y pertenece unicamente á las costumbres republicanas.

El genio de Bonaparte vigilaba sobre el ejército desgraciado. El 14 de noviembre por la tarde el ejército acampado en Verona pasó silenciosamente el Adige en tres columnas y se formó sobre la orilla derecha. No hubo orden del día por esta vez. Era una retirada que se hacia delante de los vencedores de Caldiero. De manera que era preciso levantar el sitio de Mántua y perder la Italia! Los habitantes, llevados de su afecto á los destinos franceses, seguían desesperados el movimiento del ejército de Verona; la noche se añadía aun á la tristeza de esta escena, cuyo desenlace estaba imprevisto. Pero de repente, en vez de dirigirse sobre Peschiera, Bonaparte da una vuelta repentina sobre la izquierda, y antes que amanezca, el ejército está en Ronco, donde el coronel Andreosy echa un puente. Al rayar el alba se halla sobre la otra orilla del Adige. Allí se reconoce, se acuerda de la huida de Wurmser y adivina que su general quiere dar la vuelta á Caldiero. No hay

sino trece mil hombres alrededor de la bandera francesa; no les era posible lidiar en el llano contra los cuarenta mil que manda Alvinzi; pero el terreno donde Bonaparte coloca su pequeño ejército aumenta su fuerza, al paso que disminuye la de su enemigo, restableciendo de este modo la igualdad; en aquel terreno hay tres calzadas y tres diques sobre unos pantanos. Desde luego la victoria nos pertenece supuesto que ya consiste solo en el valor. El soldado ha penetrado el pensamiento de su general; tres columnas estan andando, la primera sobre Verona por Porcil; la segunda sobre Villa Nova por Arcola, y la tercera sobre Albaredo, bajando el Adige. Alvinzi que no aguardaba un ataque, por este lado, de parte de aquellos á quienes habia rechazado por su frente, no habia guardado el pais entre Arcola y el Adige; no podia creer que un ejército se aventurase en medio de pantanos intransitables, cuyas avenidas defendía por todos lados. Sin embargo, este ejército estaba sobre las espaldas de Alvinzi, é iba á empeñar con él la batalla de Arcola. Massena está sobre el dique de la izquierda, y Augereau sobre el de Arcola. Acometidos

con vigor dejan al enemigo tiempo para empeñarse, se precipitan sobre él á paso de carga, y le cogen cañones y prisioneros. El general Bonaparte estaba con la division de Augereau; queria apoderarse de Arcola que resiste á todos los asaltos; entonces mandó hacer un último esfuerzo; pero su columna de granaderos se halló todavía cogida por el flanco y pasó indecisa debajo de la muralla. Bonaparte advirtió esta circunstancia terrible; se apeó, cogió una bandera y abalanzándose al puente: «Soldados!» dijo, ¿no sois los valientes de Lodi? Seguidme! Al oír su voz, varios soldados suben sobre la calzada y marchan adelante. El ejército seguía con hesitación. Bonaparte, con la bandera en la mano, se adelanta enmedio de un granizo de balas y de metralla. Se hallaba rodeado de aquel famoso estado mayor que dió al ejército sus mas ilustres generales. Lannes, herido en Góvernolo, cubre con su cuerpo al General en jefe, y recibe todavía tres heridas. Muiron, que ya le habia salvado en el sitio de Tolon, cae sin vida á su lado. Entretanto, la columna estaba al momento de pasar el puente cuando una última descarga la echó atras. Los gra-

naderos, que se habian quedado al lado del general, se apoderan de él y lesacan de allí enmedio del fuego y del humo. Al otro extremo del puente, Bonaparte, siempre impérrito, quiere llevar otra vez los suyos al combate; una nueva descarga de metralla hace pedazos á cuantos le rodean, y enmedio de sus tropas desordenadas, está llevado en un pantano donde se hunde hasta medio cuerpo. Belliard y Vignoles advierten el peligro de Bonaparte; avisan á los soldados; se oye un grito: *Salvemos á nuestro general*. Conducidos por estos dos gefes, se precipitan á todo correr sobre el enemigo y le rechazan mas allá del puente á pesar de un fuego espantoso. Mientras tanto, Bonaparte pudo salir del pantano, y volvió á ponerse á la cabeza de la columna acrisolada con tantos peligros. Seis horas despues, el general Guyeux, habiendo pasado el Adige en Albaredo, acometió por la espalda el lugar de Arcola, pero Alvinzi habia escapado del ejército, y desde las alturas de Ronco los Franceses pudieron ver alejarse la presa que la defensa obstinada de Arcola les habia hecho perder. El suceso de esta terrible jornada no fue completo. Sin embargo, en la situacion en que se hallaba el ejér-

cito despues del combate del 12, tenia derecho de llamar victoria la derrota de las dos divisiones austriacas, el abandono de la posicion inexpugnable de Caldiero y la posesion de Verona.

Este mismo dia, por una de aquellas resoluciones que conciben solo los grandes capitanes, Bonaparte resolvió evacuar á Arcola y volver sobre Ronco. Pudo ocultar su movimiento á Alvinzi, haciendo encender fuegos sobre el dique, y durante la noche hizo su retirada. Al dia siguiente, estaba en disposicion de marchar contra cada uno de los tres cuerpos enemigos. Eligió el mas fuerte, mandado por Alvinzi. La batalla de Arcola duró tres dias; la segunda jornada es la de Ronco. Alvinzi habia vuelto á ocupar aquel lugar despues de la salida de Bonaparte, y atacó á su contrario con dos divisiones. Los Franceses volvieron á pasar el puente de Ronco, se precipitaron sobre el enemigo, le arrollaron á paso de carga y le rechazaron sobre los pantános, despues de haberle cogido algunos cañones, banderas y un gran número de prisioneros. Al dia siguiente la batalla volvió á empeñarse en medio de los diques. Al principio fue indecisa; sin embargo una columna de tres mil Croatas

pereció en los pantános. Bonaparte se puso á contar las pérdidas de su enemigo que reguló en veinte y cinco mil hombres, y á pesar de una inferioridad de una tercera parte en el número de nuestros soldados, resolvió inmediatamente ir á atacarle en la llanura. El ejército frances estaba animado con el valor que infunde la victoria. A las dos de la tarde se hallaba formado en batalla, la izquierda sobre Arcola, y la derecha sobre Portoleñano. El enemigo estaba á caballo sobre el camino de Vicencia. A las tres, el combate se empeñó sobre toda la línea. Siempre fertil en expedientes, el general en gefe, con el fin de desordenar las filas de Alvinzi, dió á un oficial, llamado Hercules, la comision de ir con veinte y cinco guias y cuatro clarines sobre la izquierda de los Austriacos, luego que la guarnicion de Leñano empezase á cañonearlos por detras. Este ardid tuvo un suceso completo. El enemigo se creyó envuelto por la izquierda, rompió su línea y se retiró. Se le persiguió con vigor toda la tarde y perdió mucha gente.

Despues de aquellos tres dias de batalla, en vez de descansar en Verona, Bonaparte, hecho ya inevitable para el ejército austriaco, le per-

siguió con encarnizamiento sobre el camino de Vicencia, y pasó la noche en Villanova. La caballería sola recibió la órden de perseguir al enemigo en su huida. Alvinzi fue derrotado completamente. Se hallaba ya mas allá de Montebello. Entonces Bonaparte marchó sobre Verona, para ir á atacar en el Tirol al general Davidowich. Este general ignoraba, tres dias hacia, lo que se habia hecho Alvinzi. Las tres jornadas de Arcola, que fue el eje de tantas acciones sangrientas, costaron al ejército austriaco doce mil muertos, seis mil heridos, diez y ocho mil prisioneros y cuatro banderas.

Bonaparte volvió á Verona á la cabeza del ejército triunfante, por la puerta de Venecia. Los habitantes que tres dias antes, habian visto salir á este mismo ejército desdichado y desanimado, quedaron admirados. Augereau atacó á Dolce sobre la orilla izquierda del Adige, y cogió dos mil y quinientos prisioneros, dos equipages de puente, artillería y bagages. En cuanto á Massena, se unió con Vaubois en Castel-Novo, de donde este general acababa de ser rechazado por Davidowich, el tercer dia del combate de Arcola. No será esta la sola batalla de tres dias en la vida de Bona-

parte. El ejército, despues de tantas victorias, tomó algun descanso para, dentro de dos meses, alcanzar victorias mas increíbles todavía. El general en gefe volvió á empuñar el cetro de la política en su capital de Milan.

## CAPITULO VII.

## CAMPANA DE ITALIA.— CUARTA ÉPOCA.

GENERALES EN JEFE : BONAPARTE, ALVINZI.

(Desde 20 de noviembre hasta 2 de febrero de 1797, día de la toma de Mántua.)

EL mismo día en que Bonaparte cogia el laurel de Arcola, el mayor poder de la Europa se apagaba en el norte; Catalina II murió. Esta muerte, acaso inesperada porque fue natural, era para la Francia, y vino á ser para su general un gran favor de la fortuna. Catalina, hasta entonces, habia prodigado sus promesas á las coaliciones y sus amenazas á los republicanos franceses. Pero su política habia querido aguardar que se debilitasen sus amigos y sus aliados, para presentarse de repente sobre el teatro de la guerra con una fuerza preponderante. Iba á firmar un tratado de alianza y de subsidios con la Inglaterra, cuando mu-

rió en San Petersburgo el 17 de noviembre, de un ataque de apoplejia. Pablo I°, padre del emperador reinante, sea para vengarse de la dependencia y de la separacion de todo negocio en que le habia tenido su madre, sea por una ambiciosa sagacidad que le hizo descubrir nuevos intereses en una conducta opuesta, Pablo rompió todos los lazos de Catalina, y con este escándalo político que no se le perdonó, aturdió á los Franceses y espantó á los reyes coligados.

Dos hechos importantes tuvieron igualmente lugar en los últimos días de diciembre. El 20, despues de dos meses de conferencias inútiles, el Directorio despidió á lord Malmesbury; y cuatro días mas tarde, una escuadra aparejó en Brest para transportar á Irlanda un ejército bajo las órdenes de Hoche, general ya ilustre, á quien una muerte pronta y violenta arrebató, poco despues, con menoscabo de la República. La tempestad disipó esta expedición, cuyo objeto era arrancar la Irlanda á la Inglaterra, y establecer en aquella isla una plaza de armas política y marítima contra la Gran-Bretaña.

Entretanto, la permanencia en Milan hizo

seis mil hombres presentes bajo las banderas, y Wurmser veinte y cinco mil en Mántua. El Papa armaba en la Romaña, para dar la mano á Wurmser, luego que se hallase libre del bloqueo. La idea de este proyecto se halló indicada en una carta cogida á un agente de la corte de Viena, al momento en que atravesaba el último puesto del ejército que cercaba á Mántua. Esta carta, que el Emperador habia escrito al feld-mariscal Alvinzi, estaba dirigida así por este último desde Trento al feld-mariscal Wurmser, el 13 de diciembre 1796.

« Tengo el honor de transmitir inmediatamente á V. E. literalmente, y en el mismo idioma en que las he recibido, las órdenes de S. M. con fecha del 5 de este mes (diciembre). — Cuidad de dar aviso sin tardar al mariscal Wurmser para que siga continuando en las operaciones. Le hareis saber que espero de su valor y de su celo que defenderá á Mántua hasta el último extremo; que le conozco demasiado, así como á los valientes generales que se hallan con él, para temer que se entregue prisionero. Sobre todo, si se tratase de transportar la guarnicion á Francia en vez de enviarla en

» mis Estados, deseo que en el caso en que se  
» viese reducido al último extremo, y se hallase sin recursos para la subsistencia, halle los medios, despues de haber destruido en cuanto sea posible todo cuanto en Mántua puede con preferencia ser útil al enemigo, y llevándose la parte de las tropas que se hallan en estado de seguirle, se dirija y pase el Pó, marche sobre Ferrara y Bolonia, y vaya en caso necesario, hácia Roma ó á Toscana. Hallará por aquella parte, muy pocos enemigos y buena voluntad para abastecer á sus tropas, para lo cual, si fuere menester, usará de la fuerza, así como para superar cualquier otro obstáculo.

» FRANCISCO.»

« Un hombre seguro, cadete en el regimiento de....., entregará esta carta importante á V. E. Añadiré que la situacion actual y las necesidades del ejército no permiten intentar nuevas operaciones antes de tres semanas ó un mes, sin exponerse de nuevo al peligro de no salir bien. No puedo insistir bastante con V. E. para que se mantenga lo mas que pueda en Mántua.....; la

» órden de S. M., por otra parte, sirviéndole  
» de direccion general.

» ALVINZI. »

En estas circunstancias, el Directorio, impaciente de restablecer la paz entre la República y la casa de Austria, y zeloso tambien de quitar á Bonaparte la facultad de tratar con el enemigo, envió poderes al general Clarke para negociar un armisticio con Alvinzi. « Si no se hubiese tenido consideracion » sino con la situacion de este ejército, escri- » bia el general en gefe al Directorio, era de » desear que se hubiese aguardado la toma de » Mántua; pues me temo que un armisticio, » antes de ser dueños de aquella plaza, no nos » proporcionará la paz, y será exclusivamente » ventajoso para Viena y Roma. » Pero la corte de Viena, demasiado orgullosa para entrar tan pronto en arreglos con el Directorio, eludió esta negociacion que dió lugar á una correspondencia insignificante. Bonaparte habia entendido el único modo de negociar con el Austria, que era batir á Alvinzi. Por este medio solo, podia triunfar de los escrúpulos de la casa imperial, y no necesitaba del carácter di-

plomático que tenia el general Clarke para todas las conferencias de paz. Hubo para la forma, en Vicencia, á principios de enero de 1797, una entrevista entre Mr. de Vincent y el general Clarke; pero no fue sino un ardid de guerra de parte del Austria. El Directorio, conformándose con la opinion del general en gefe, retardó la ida de Clarke á Viena, hasta despues de la toma de Mántua. Las cartas de Bonaparte al Directorio fueron tambien la guia de su política, con respecto á la corte de Roma, como lo eran relativamente á la corte de Viena. « Si el Emperador, decía el general » en gefe, quiere incluir el Papa en el tratado, » el armisticio nos hará perder á Mántua, al » dinero de Roma, y *dará tiempo* al Papa » para organizar una fuerza militar con oficia- » les austriacos. Esto pondria todas las casua- » lidades contra nosotros en la próxima cam- » paña. » (*Carta del 28 de diciembre.*) Bonaparte pronosticó lo que sucedió.

El ejército frances constaba de cuarenta y cinco mil hombres, á saber: treinta y un mil en el ejército de observacion, y catorce mil en las plazas ó en el cerco de Mántua; formaba cinco divisiones. Su fuerza era inferior

de dos terceras partes á las de los Austriacos; pero tenia por gefe al general Bonaparte, cuyos tenientes eran Massena, Augereau, Jourbert, Ney y Serrurier. Ademas de la posicion atrincherada de la Corona, ocupabamos á Verona, á Leñano, á Peschiera, á Pizzighitone, á Brescia, á Bergamo, á Fuentes, á Ferrara, y á Urbino. El cerco y la toma de Mántua por los Franceses; la marcha sobre aquella ciudad y libertarla para los Austriacos, continuaban el tema de toda la campaña y las expediciones militares, dirigidas incesantemente hácia el punto central de accion, al cabo debian venir á parar en los alrededores de Mántua, hasta su rendicion.

El plan actual de los Austriacos era obrar sobre Mántua con dos ejércitos independientes, con el fin de libertar al tercero que se hallaba prisionero dentro de la plaza. El ejército activo del enemigo constaba de sesenta y cinco mil hombres. Alvinzi se puso á la cabeza de cuarenta y cinco mil, y marchó desde Basano sobre Roveredo. Provera, el mismo general que fue cogido prisionero en Cosaria, manejaba unos veinte mil, con los que se situó en Pádua, para obrar sobre el bajo Adige.

Bonaparte, con treinta y cinco mil hombres bajo sus banderas, y con ocho ó diez mil que cercaban á Mántua, tenia que luchar contra cuatro ejércitos, á saber: uno de cuarenta mil hombres, mandado por Alvinzi; otro de veinte mil por Provera; el de veinte y cuatro mil encerrado dentro de Mántua, y que debia ocasionar la ruina de los Franceses si Alvinzi y Provera lograban libertar á Mántua; en fin, el Papa presentaba contra nosotros cinco ó seis mil hombres, ademas de aquella inmensa poblacion que, bajo las armas espirituales, estaba aguardando el triunfo de los Austriacos, para renovar unas sangrientas vísperas. Tampoco debia olvidarse la conjuracion secreta de los príncipes, de la nobleza y del clero que, aliados, amigos y enemigos de la República, estaban prontos á la menor desgracia á romper los tratados y á acudir al socorro del vencedor. Bonaparte maniobraba á la faz del cielo sobre la tierra de la conspiracion; tenia por precision que triunfar en todas partes. Tenia que vencer con sus treinta mil hombres, desde las sierras del Tirol hasta el Capitolio. Tenia que apoderarse de Mántua que le era imposible cercar una cuarta vez. Tambien tenia me-



dido el tiempo; le quedaban tres semanas para vencer ó morir.

Massena fue quien empezó. Atacado, el 12, en San Miguel por una division de Provera, le rechazó persiguiéndole hasta Caldiero, y le cogió novecientos hombres. Bonaparte estaba en Verona. Durante su mansion en Bolonia, habia sabido el movimiento de Provera sobre Pádua. Por un golpe hábil de política, opuso los Italianos de las nuevas repúblicas, á los Italianos del ejército pontifical, y les abandonó la defensa de sus fronteras. De este modo pudo disponer de los tres mil Franceses que estaban en Bolonia; los envió á Ferrara, fue á Roverbella y volvió á Verona para recibir los prisioneros de Massena. Entró en línea de operaciones, y mandó replegar los valientes de Massena detras de aquella ciudad. Habiendo salido así del desfiladero, pudo hacer maniobrar libremente todas sus tropas, y solo necesitó conocer el punto de accion de los Austriacos, para dirigir allí sus fuerzas, es decir, sus veinte y dos mil hombres. Augereau le dió parte, desde Leñano, que el enemigo estaba en movimientos sobre el bajo Adige. El 15, Joubert le escribia: «He seguido perfectamente vuestras

» disposiciones, para el ataque de la Corona.  
 » El suceso ha sido mayor que mis esperanzas.  
 » Tres cañones, cuatro á cinco mil prisioneros,  
 » y el mismo Alvinzi precipitado entre los pe-  
 » ñascos y escapándose como un guerrillero  
 » sobre el Adige y sin soldados.» Esta carta estaba escrita en el calor del campo de batalla, pues, á pesar de sus ventajas, Joubert envuelto sobre su izquierda por una division que amenazaba cortarle por el lado de Peschiera, y sobre su derecha por otra division, que habia pasado el Adige en Dolce, habia tenido que andar toda la noche para ocupar con una brigada la altura de Rivoli á una legua de Dolce. Bonaparte habia escogido el campo de su victoria; mandó á Joubert que se mantuviese en la altura, y que detuviese á Alvinzi, que esperaba rendir, con su numeroso ejército, la pequeña division que se le oponia; pero el viejo general ignoraba que su joven contrario le aguardaba detras de la posicion de Joubert, y que Massena obraba sobre su izquierda; la inmensa superioridad de sus fuerzas dió al general austriaco la confianza que le habia de perder. El general Bonaparte estaba enterado de todos los proyectos de los

enemigos. Sabia que dos cuerpos de ejército marchaban contra nosotros; el principal por Monte Baldo, mandado por Alvinzi; y el otro, menos numeroso, mandado por Provera, sobre el bajo Adige. Augereau que estaba en Leónano tenia el encargo de cerrar á este último el paso del rio. El 15, escribia al general en jefe: «El dia se ha pasado en hacer disposiciones para cortar la retirada á la columna de Provera. Espero saber mañana que queda completamente batido. Le desafio que pueda llegar al Adige....»

Alvinzi se adelantó hácia la altura de Rivoli, con el fin de reunirse con su caballería y su artillería. No habia un momento que perder para impedirle que lograra sus fines. Esta necesidad no se ocultó á la sagacidad del general en jefe, y dió lugar al movimiento de noche, por el que se precipitó á marcha forzada, con sus veinte mil hombres, sobre Rivoli. Este era el motivo de la orden que habia recibido Joubert de mantenerse hasta el último momento. Bonaparte llegó despues de las doce de la noche á Rivoli, precediendo á su ejército algunas horas. Se aprovechó de la claridad de la luna para observar las fuerzas de su contrario. Dis-

tinguió cinco acampamentos, y discurrió, viendo los fuegos del bivaque, que tenia enfrente mas de cuarenta mil hombres, lo que hacia dos contra uno; pero teniamos sesenta cañones y alguna caballería. Contó cuatro columnas de ataque; la de Lusignan, la mas lejana, parecia destinada á cercar por detras la altura de Rivoli: otra columna, que importaba sobre todo impedir que tomara parte en la accion (era la de la caballería y de la artillería), estaba mandada por Quasdanowich con catorce batallones y todos los equipages del ejército. Estaba esperando el dia, ó por mejor decir el movimiento de Alvinzi, para unirsele. Sobre la orilla izquierda del Adige, Wukassowich estaba mandando la tercera columna. Alvinzi, que solo veia enfrente de sí á la division de Joubert, estaba muy ageno de creer que este general iba á atacarle aquella misma noche.

Tal es sin embargo, la orden que recibió Joubert. Volvió á tomar la ofensiva, y, á las cuatro de la mañana, ocupó la capilla de San Marcos que tuvo que evacuar la víspera. La gran batalla se empeñó. Joubert, persiguiendo sus sucesos, rechazó la cuarta columna sobre

conocer á Bonaparte toda la parcialidad de la neutralidad de Venecia á favor del ejército de Alvinzi. Poco satisfecho de la conducta de esta ciudad, durante la campaña, habia dicho á su vuelta á las autoridades de Milan: « Si no me hubiese faltado el dinero por vuestros culpa, y si mis soldados hubiesen tenido zapatos, hubiera destruido al ejército austriaco, tomado á Mántua y cogido catorce mil prisioneros. La posesion de Verona, Brescia, Bergamo y Crema depende de la caída de aquella plaza. *Así como habia abatido las alas del águila, hubiera aterrado al Leon.* » En efecto el Leon de San Marcos cubrió repentinamente la tierra firme de la república con levas extraordinarias. Armados por el proveedor Otolini, los montañeses de Bergamo habian bajado á los llanos. Nuevos regimientos esclavones y dalmatas desembarcaban diariamente en las lagunas. Esta gran fermentacion estaba apenas contenida con la presencia de un ejército victorioso, que empezaba á disfrutar con recelo la hospitalidad de la neutralidad veneciana.

Bonaparte hacia la guerra al Austria sobre los volcanes de la Italia. El general en gefe y

Venecia vivian en un estado de observacion recíproca. Una prudencia necesaria encubria sus designios recíprocos; Venecia se abstenia de provocaciones abiertas, porque el ejército estaba presente. Bonaparte, por su lado, diferia su venganza, por que Mántua no estaba tomado aun. Tenia tropas en los castillos de Verona y Brescia, y en fin puso igualmente una guarnicion el 25 de diciembre en el de Bergamo. No existia aun sino una lucha de política armada, cuya forma iba á ser mudada por una traicion execrable. Con la esperanza de atraer á los Franceses en el fondo de la Italia, la corte de Roma, sostenida por los preparativos de la corte de Viena y por las seguridades dadas por su embajador, se habia quitado la máscara y habia roto el tratado de Bolonia. Este modo de hacer la guerra no dejaba de tener inconvenientes para el ejército frances, pues le obligaba á esparcirse hasta las orillas del Tibre. El 6 de enero, cuatro mil Italianos y tres mil Franceses ocuparon á Bolonia. Los dos Estados de Venecia y de Roma apoyaban, el uno su conspiracion, el otro su rompimiento, sobre las fuerzas considerables de Alvinzi y de Wurmser. Alvinzi tenia setenta y

las alturas. La tercera se puso en movimiento y se dejó ver sobre las cumbres de la altura; la artillería francesa la rechazó, pero una de nuestras brigadas se halló de repente envuelta y rota. Felizmente la division de Massena acababa de llegar al lugar de Rivoli donde descansaba de su marcha nocturna. Bonaparte corrió á buscarla, y en el espacio de media hora, la tercera columna austriaca tuvo igual suerte que la cuarta. La segunda, dispuesta por Alvinzi para el ataque de la izquierda de la altura, se adelantó con la esperanza de restablecer el combate. Quasdanowich, á la cabeza de la caballería y de la artillería, viendo á Joubert empeñado con su division delante de la posicion de San Marcos, juzgó el momento favorable para apoderarse de ella, y si hubiese logrado desplegarla, la victoria escapaba de manos de los Franceses. Mandó á tres batallones escalar las alturas donde está situada aquella capilla; otros dos los sostenian para facilitar el paso á la caballería y á la artillería. Al advertir este lance, Joubert destacó á toda prisa tres batallones que llegaron antes que el enemigo, y le arrollaron con una pérdida considerable en el fondo del valle.

La altura estaba defendida con vigor por quince cañones; las cargas audaces de los coroneles Leclerc y Lasalle acabaron la derrota del ejército de Alvinzi, á quien arrollaron en los barrancos. Siete mil prisioneros cayeron en nuestro poder, con doce cañones que habian seguido el movimiento de Quasdanowich. Todo lo restante de la columna así como la de Wukasowich, que no habian podido pasar, fueron testigos de la derrota de Alvinzi sin poderle socorrer. Entretanto Lusignan, siguiendo las órdenes de Alvinzi, aparecia con su columna intacta á las espaldas del ejército victorioso. No hay expresiones para describir el entusiasmo con que este ejército, cogido repentinamente por detras, se puso á exclamar: *¡Estos tambien caerán en nuestro poder!* Y en efecto, á pesar de todas las ventajas de la posicion, y contra todas las probabilidades de la guerra, la columna de Lusignan, cañoneada por una batería de la reserva, fue cometida valerosamente por la division de Massena, y cogida toda entera. Rivoli se ennoblecio algunos años despues con el nombre de Massena. Bonaparte estuvo constantemente en medio de la accion, las doce ho-

ras que duró; tuvo varios caballos heridos, y corrió grandes peligros.

Mientras tanto, Provera con sus veinte mil hombres, esperaba llegar á Mántua, batir á los siete mil hombres de Serrurier y escapar de Bonaparte á quien creia ocupado en Rivoli; pero el ojo del águila no le perdía de vista. A las dos de la tarde, durante la batalla, Bonaparte supo por una carta de Augereau que Provera habia echado un puente en Anghuiari. Este aviso tan importante inspiró al general en jefe una resolución de ingenio. Dejó á Massena, á Murat y á Joubert, el encargo de perseguir á Alvinzi y tomó cuatro medias brigadas. Rivoli dista trece leguas de Mántua, y Provera tenia veinte y cuatro horas de anticipacion. Bonaparte hizo una marcha forzada, y llegó á Roverbella, mientras su contrario aparecia delante de San Jorge que esperaba sorprender y tomar facilmente. El fugitivo Provera estuvo para hacer perder á Bonaparte el fruto de la victoria de Rivoli por su reunion con Wurmser, quien hubiera tenido entonces cuarenta mil hombres bajo sus órdenes. Sabia que San Jorge, arrabal de Mántua, tenia una corta guarnicion y no te-

nia otra defensa que un foso. El valiente Miollis que mandaba en San Jorge con mil y quinientos hombres, estaba muy ageno de temer un ataque por el lado del Adige donde estaba Augereau, y solo le aguardaba por el lado de Mántua. Provera tenia por corredores á unos húsares, cuyas capas se parecian á las de los húsares franceses de Berchini. Ya llegaban á las barreras; el golpe de vista, y la inteligencia de un sargento de guardia salvaron á Miollis y á su guarnicion. Examinó con cuidado á aquellos húsares y notó que sus capas eran nuevas; las de Berchini que habian hecho la guerra eran viejas. Un gran general acaso no hubiese hecho esta observacion importante, que es peculiar del tacto del soldado. Entonces este sargento, cuyo nombre no puede por desgracia señalar la historia, ayudado por un tambor, dió el grito de alarma á la plaza y cerró la barrera. A las doce, el ejército de Provera cercó á San Jorge; pero Miollis, con sus mil y quinientos hombres, se defendió todo el dia y dió tiempo al general en jefe, que contaba con esta noble resistencia, para llegar á su socorro. Sin embargo, Provera pudo comunicar por medio de una barca con

Wurmser y concertar la reunion para el dia siguiente. En efecto, el 16 de enero al amanecer, Wurmser salió de Mántua y tomó posición en la Favorita.

Pero Bonaparte habia previsto esta disposición, y durante la noche habia puesto las brigadas de Rivoli, bajo las órdenes del general Victor entre San Jorge y la Favorita, para impedir la reunion de Wurmser y de Provera. Mandó atacar á Wurmser por Serrurier, y á Provera por Victor. *En esta batalla la 57ª ganó el nombre de TERRIBLE.* Nada la pudo resistir; desarrolló la línea austriaca. Wurmser fue rechazado dentro de Mántua, y el cuerpo entero de Provera depuso las armas; él mismo cayó prisionero por la segunda vez en esta campaña, y entregó la espada al general Miollis, cuyo valor preparó la victoria de la Favorita. En fin, la division de Augereau cogió en la Molinella la retaguardia de Provera, quedando solos dos mil hombres de su ejército, que estaban en el otro lado del Adige. El combate de la Favorita costó al Austria seis mil prisioneros, cañones y banderas.

El general en jefe recibió el mismo dia la noticia de las ventajas conseguidas la víspera

por Joubert. Alvinzi habia dejado cinco mil hombres en nuestro poder. Perseguido hasta Trento, experimentó pérdidas diarias, y tuvo que abandonar todas sus posiciones á los generales franceses. Joubert volvió á tomar á Lavisio; Augereau ocupó á Treviso, y Massena, dueño de Basano, puso sus avanzadas sobre el Piave. El enemigo se vió obligado á repasar aquel rio. Joubert se colocó en Trento y en el Tirol italiano. Veinte dias del mes de enero de 1797 costaron al Austria treinta y cinco mil hombres, entre ellos veinte y cinco mil prisioneros, mas de sesenta cañones y veinte y cuatro banderas, que el comandante de los guías, Bessieres, trajo á Paris.

La destruccion del ejército de Alvinzi dejaba á Mántua entregada á sus propios recursos. Serrurier apretaba su bloqueo y desde algunos meses la plaza no habia podido recibir nuevas provisiones. Los inmensos almacenes que contenia estaban agotados; la guarnicion habia comido todos sus caballos; los hospitales encerraban diez mil enfermos, y los soldados estaban reducidos á media racion. Bonaparte dió parte á Wurmser de los resultados de estos ocho dias de batalla, que habian

rechazado hácia la Alemania los restos del grande ejército austriaco. Intimó la rendicion al viejo mariscal. Wurmser contestó con entereza que tenia víveres para un año. Pero pocos dias despues despachó su primer edecan al general Serrurier en Roverbella. Bonaparte, que ya entonces gustaba de hacer sus negocios por sí, vino á la conferencia, y, sin descubrirse ni tomar parte ninguna en la discusion, se puso á escribir la contestacion al márgen de las proposiciones de Wurmser; y despues dijo al edecan: « Si Wurmser tuviese  
 » por solos diez y ocho ó veinte dias de víve-  
 » res, y tratase de rendirse, no mereceria nin-  
 » guna capitulacion honrosa. Pero respeto  
 » la edad, el valor y los infortunios del ma-  
 » riscal. He aquí las condiciones que le ofrezco,  
 » si abre las puertas mañana; si tarda quince  
 » dias, un mes, dos meses, se las concederé  
 » igualmente; puede, si lo quiere, aguardar  
 » á que se haya consumido su último pedazo  
 » de pan. Salgo al instante para pasar el Pó,  
 » y marchó sobre Roma. Conoceis mis inten-  
 » ciones, id á decirlas á vuestro general.» Atónito de tanta generosidad y penetrado de gratitud por las condiciones honrosas que Bona-

parte acababa de conceder, el edecan confesó que no habia en Mántua sino por tres dias de víveres y se marchó. Wurmser agradecido á la conducta del general frances, le hizo ofrecer el paso del Pó en Mántua; pero Bonaparte rehusó aprovecharse tan pronto de la situacion desgraciada de su enemigo.

El 2 de febrero de 1797, Wurmser entregó Mántua al general Serrurier. La magnanimidad de Bonaparte fue completa; quiso ahorrar al viejo mariscal el sentimiento de entregar su espada en manos de un capitán tan jóven, y no presenció la rendicion. Esta conducta admiró igualmente á la Europa, á la Francia y al Directorio. Semejante desinteres en la victoria, puso en un grado muy eminente de estimacion general, al que sabia contentarse con vencer, y que no admitia de la guerra sino el peligro. Bonaparte iba á conquistar la tierra que habia criado á los Cipiones.



## CAPITULO VIII.

## CAMPANA DE ITALIA. — QUINTA ÉPOCA.

GUERRA DEL PAPA. — TRATADO DE TOLENTINO — GENERALES  
EN JEFE: BONAPARTE, EL CARDENAL BUSCA.

(Del 2 al 19 de febrero de 1797.)

LA rendicion de Mántua al general Serrurier vino á ser, por la moderacion de Bonaparte, una ceremonia sin pompa de un triunfo inmortal, y Wurmser no tuvo el sentimiento de desfilarse en calidad de prisionero á la cabeza de su guarnicion delante de su vencedor. Pocos dias despues, dió á Bonaparte una prueba señalada de su agradecimiento, dándole aviso de una trama maquinada para envenenarle en la Romaña á donde llevaba sus armas. Sin este aviso necesario, el destructor de cuatro ejércitos austriacos en batallas campales podia perecer oscuramente á manos de un fanático ó de un asesino. La nueva campaña fue

corta y poco gloriosa. Los encuentros con las tropas del Papa fueron para los soldados franceses unos meros ejercicios militares. Así es que el general en jefe reservaba á la Santa Sede en premio de sus traiciones, una venganza puramente política y administrativa.

Un tratado de armisticio se habia firmado, en 23 de junio de 1796, en Bolonia por el marques Guidi, plenipotenciario del Papa, el general en jefe Bonaparte, los comisionados civiles Garrau y Saliceti, y en fin, bajo la mediacion de la España, por el caballero Azara, ministro de aquella potencia cerca de la Santa Sede. Habia sido ratificado por Su Santidad en Roma el 27 del propio mes. Desde el 13 de noviembre, el embajador frances Cacault se quejaba de que el tratado no se ejecutaba; pero luego se le ofreció la ocasion de conocer las verdaderas intenciones de la corte de Roma, en un manifiesto que el feliz suceso de la introduccion de víveres en Mántua inspiró de repente al Santo Padre. Despues de haber anunciado que toda negociacion de paz era incompatible con *la religion catolica* y sus deberes como soberano, « S. S. prescribe á todos los » obispos, curas, magistrados y á cualquier



» otra persona empleada, de animar los pue-  
 » blos que dependen de ellos á tomar las ar-  
 » mas y *aun de excitarlos tocando á rebato se-*  
 » gun esta mandado por la declaracion de 31  
 » de enero 1793. » El general Bonaparte pidió  
 directamente explicaciones sobre aquella ex-  
 traña proclama , lanzada enmedio de un ar-  
 misticio, y se le contestó formalmente que el  
 Papa reconocia este manifiesto como obra suya  
 y que habia tenido por conveniente publicarlo,  
 con el fin de hallarse siempre en estado de de-  
 fensa. A pesar de una declaracion tan audaz,  
 Bonaparte tuvo la generosidad de escribir al  
 cardenal Mattei, legado de Ferrara: « Cono-  
 » ceis, señor cardenal, la fuerza y el poder  
 » de los ejércitos de mi mando. Para destruir  
 » el poder temporal del Papa, no me falta sino  
 » quererlo. Idos á Roma; ved al Santo Padre;  
 » ilustradle sobre sus propios intereses; liber-  
 » tadle del influjo de los intrigantes que le ro-  
 » dean y que quieren perder á S. S. y á la  
 » corte de Roma. El gobierno frances me per-  
 » mite aun oír proposiciones de paz. Todo  
 » puede componerse. La guerra, tan cruel  
 » para los pueblos, tiene resultados terribles  
 » para los vencidos. Ahorrad grandes desgracias

» al Papa. Sabeis cuanto deseo personalmente  
 » dar término con la paz á una lucha, cuyo fin  
 » sería para mí sin gloria así como sin peli-  
 » gro. » El general Bonaparte no se contentó  
 con dar este paso con respecto al Sumo Pon-  
 tífice; escribió al ciudadano Cacault en 28 de  
 octubre: « Doy mucha mas importancia al tí-  
 » tulo de conservador de la Santa Sede que  
 » no al de su destructor. Sabeis vos mismo  
 » que siempre he tenido iguales sentimientos  
 » con relacion á este objeto, y mediante las  
 » facultades ilimitadas que me ha dado el Di-  
 » rectorio, si en Roma hay juicio, nos apro-  
 » vecharemos de esta circunstancia para dar  
 » la paz á esta hermosa parte del mundo y  
 » para tranquilizar las conciencias timoratas de  
 » varios pueblos. » Tales eran las disposicio-  
 nes benévolas de Bonaparte con respecto á la  
 corte de Roma, á pesar de la violacion del ar-  
 misticio por la proclama del Santo Padre, y  
 tambien á pesar de que se negase á pagar las  
 cantidades y á entregar las subsistencias esti-  
 puladas, cuando se interceptó entre otras car-  
 tas la que el cardenal Busca dirigia, con fecha  
 del 7, al prelado Albani embajador de Roma en  
 Viena. Este prelado negociaba en aquel mismo

momento con el baron de Thugut una alianza ofensiva y defensiva entre la Santa Sede y el Austria, y el gobierno imperial se obligaba á enviar al Papa al general Colli para mandar las tropas pontificales contra los Franceses. « En » cuanto á mí, decia el cardenal Busca en » aquella carta, mientras podré conservar la » esperanza de lograr socorros de parte del » Emperador, procuraré ganar tiempo relativamente á las proposiciones de paz que me » hacen los Franceses. » Decia, ademas, que las órdenes estaban dadas para recibir al general Colli en Ancona; que el Papa le señalaba un sueldo, y pedia un cuerpo de Austriacos para cubrir la Romaña; en fin que era preciso hacer pasar este socorro por mar desde Trieste á Ancona. El cardenal añadia que seria imprudente enviar á los soberanos católicos los breves que se habian pedido para publicar de nuevo la guerra de la Santa Sede contra la Francia. « Este paso dado por el Papa » no podria ocultarse á los Franceses; nos hallariamos expuestos á toda su indignacion » antes de tener la seguridad de la alianza de » S. M. I. Segun lo que me direis sobre el » punto de guerra de religion, el Papa se re-

» solverá á enviar los breves y á dár cualquier otro paso que exigireis de él. » Con esta prueba irrecusable de la traicion de la Santa Sede, Bonaparte mandó á Cacault salir de Roma é ir á Florencia. Antes de marcharse, Cacault vió al cardenal Busca quien, desesperando de poder detenerle y engañarle todavía, le dijo: « Haremos un Vendée con la Romaña y con las montañas de la Liguria; en » fin, con la Italia entera. »

El general Bonaparte, despues de haber mandado á Cacault que se retirase, tuvo la indulgencia de escribir desde Verona al cardenal Mattei, poniendo bajo sus ojos las cartas interceptadas. « He aquí, pues, esta comedia ridícula casi acabada. Las cartas que os envío os demostrarán mas claramente aun, la perfidia, la ceguedad y la estupidez de los que dirigen actualmente la corte de Roma. » Pero, suceda lo que sucediere, os ruego dirigais al Papa que puede quedarse con la mayor tranquilidad en Roma. Primer Ministro de la religion, hallará, bajo este título, » proteccion para sí y para la Iglesia. »

Bonaparte era jóven entonces, no conocia todavía la corte de Roma ni el espíritu de

aquella Iglesia á quien daba garantías de proteccion. En contestacion á tantos pasos benévolos, y á la comunicacion franca de los documentos de la correspondencia que daban pruebas tan manifiestas de la mala fe del gabinete pontifical, se publicó en Roma una nueva proclama intitulada: *Harenga dirigida á los valientes que pelean bajo los estandartes de la Iglesia para la salvacion comun*. He aquí este documento singular, en todo su contenido:

« Ha llegado por fin el momento tan deseado de acudir á las armas, ó pueblos valientes, antiguamente súbditos de Quirino, hoy súbditos del Príncipe de los apóstoles, miembros fieles del patrimonio de san Pedro é hijos dilectos de la santa Iglesia romana! Las iniquidades de toda clase, cometidas en todos los lugares donde han penetrado esos pretendidos libertadores, esos amigos fingidos, pero verdaderos opresores y tiranos de los pueblos, os han conmovido y hecho decididamente pensar en vuestros verdaderos intereses. La irreligion y el ateismo el mas impudente de que hacen alarde, os han hecho temer con razon, ver

» á vuestra santa religion no solamente despreciada, pero aun enteramente destruida; » esta religion tan cuidadosamente conservada » y transmitida sin mancha hasta vosotros » por vuestros antepasados; así, como verdaderos católicos, os ha horrorizado la amistad con unos impios, con unos hombres que, renunciando la fe que profesais, se han hecho mas indignos de vivir en buena inteligencia con vosotros, que no lo son los paganos y los publicanos á quienes el divino legislador no permitia siquiera que se les saludara. La experiencia funesta de su conducta inhumana y feroz para con nuestros consúbditos de Aviñon, de Carpentras, de Bolonia, de Ferrara, y con los súbditos de los otros Estados de Italia á quienes han despojado, arruinado, echado de sus casas, ó traído á una muerte segura y desgraciada para satisfacer su bárbaro capricho; la injusta requisicion de tantos millones de escudos, de tantos hermosos objetos, manuscritos, estatuas, cuadros, y pinturas de iglesia, las mejores que habia en Roma y en los Estados pontificales, y esto con el título de armisticio, no para pagar la guerra que no les

» habeis hecho, sino para pagarse con anti-  
 » cipacion del pillage que no han podido ha-  
 » cer; las condiciones mas duras de una paz  
 » engañadora, trayendo consigo los resultados  
 » mas abominables y mas gravosos; las ame-  
 » nazas insolentes que os hacen sin cesar, así  
 » como al vicario de Jesucristo, al Sumo Pon-  
 » tífice, á nuestro amado soberano, cuya pa-  
 » ciencia heróica han cansado por fin: todo  
 » ha servido para determinaros, cueste lo que  
 » costare, primero á implorar la clemencia di-  
 » vina, á correr la suerte de las armas, á re-  
 » peler la fuerza con la fuerza, y á mostraros  
 » como verdaderos Romanos acostumbrados  
 » en todos tiempos á domar á los soberbios.  
 » Sí, habeis deseado ardientemente hallar  
 » la ocasion de hacer brillar de nuevo vuestro  
 » antiguo valor tan terrible para todo el uni-  
 » verso. Nuestro supremo pastor os segunda  
 » por todos los medios que suministra la pru-  
 » dencia humana. El cielo mismo se ha ma-  
 » nifestado y declarado á vuestro favor, sea  
 » conservándoos, como por milagro, salvos y  
 » sanos hasta esta época, y meros espectadores  
 » de las calamidades de vuestros vecinos, sea  
 » haciéndoos visiblemente avisar por las mira-

» das compasivas de la Vírgen Santísima, de  
 » no dejaros seducir por hombres astutos  
 » y engañosos, y no fiar en ellos ni en la paz  
 » ni en la guerra.

» Pero, era cabalmente la guerra á la que  
 » os obligaban vuestro ñterés, vuestros debe-  
 » res, la conservacion de vuestra santa reli-  
 » gion y Dios mismo autor de ella; habeis de-  
 » seado la guerra como hombres discretos;  
 » ahora os toca hacerla como Romanos, como  
 » católicos los mas favorecidos del cielo, que os  
 » ha constituido guardias y depositarios de la  
 » silla de verdad, de la cátedra infalible de  
 » San Pedro. *Qui Roma!*

» A las armas pues, corred todos á las ar-  
 » mas! Despertad! Levantaos como unos gi-  
 » gantes que no habeis degenerado de vuestros  
 » antepasados! Adelantaos en atacar á un ene-  
 » migo cuyos embustes conoceis demasiado,  
 » pero que todavía no ha experimentado  
 » los efectos de vuestro valor, y que por este  
 » motivo os desprecia injustamente! Que  
 » conozca por su daño y por su vergüenza el  
 » peso de vuestros brazos! La historia tiene ya  
 » dispuesta su pluma de oro, para sentar vues-  
 » tras hazañas en los fastos de la inmortalidad.

» De un extremo á otro de la Europa, los ojos  
 » están dirigidos sobre vosotros: nadie duda  
 » ni de vuestro valor ni del suceso feliz que le  
 » ha de coronar.

» Nuestro excelente emperador Francisco II,  
 » defensor magnánimo, y abogado de la igle-  
 » sia romana, no contentándose con enviar  
 » para socorrernos, á los intrépidos voluntarios  
 » húngaros, transilvanos, croatas y alema-  
 » nes, hace marchar todavía á solicitud de  
 » nuestro santísimo y cariñoso padre Pio VI,  
 » uno de sus generales, el mejor, el mas ex-  
 » perto y el mas estimado, único bien que  
 » nos faltaba y que deseabais obtener. Se ha  
 » dado prisa en llegar: ya está en medio de  
 » nosotros. ¿El nombre solo de Colli no os  
 » conmueve, no os infunde valor? ¿No anima  
 » el espíritu de todos los pueblos, este Colli  
 » que, durante dos años enteros, ha cerrado  
 » las gargantas del Saorgio, Termópilas de la  
 » Italia, las montañas de Tauy y de Brois, don-  
 » de los cadáveres de los furibundos France-  
 » ses han cegado los valles y allanado los pe-  
 » ñascos mas escarpados? Este mismo Colli  
 » viene á guiaros, no á unos combates incier-  
 » tos, sino á una victoria infalible. Es Italiano

» como vosotros: os ama tiernamente, tiene  
 » una entera confianza en vosotros, y le sobran  
 » motivos para tenerla mayor que se acostum-  
 » bra comunmente.

» A vosotros ahora toca el no desmentirle,  
 » el no comprometer vuestro honor y el suyo,  
 » y añadir nuevos laureles á los que adornan  
 » su cabeza encanecida en medio de los com-  
 » bates y de las armas. El honor que os es co-  
 » mun con él, exige que le mireis como á otro  
 » César, para que, con vuestro auxilio, pueda  
 » *venir, ver y vencer*; sois demasiado felices de  
 » poderlo esperar con tanta certidumbre.

» Con el auxilio de la mano poderosa del  
 » Dios de los ejércitos, en nombre de quien  
 » derramareis, si es necesario, vuestra propia  
 » sangre, ¿podriais temer á un enemigo as-  
 » tuto y vil, que es el enemigo de Dios mis-  
 » mo, así como de los hombres, y que hasta  
 » este día ha puesto su confianza en el fraude,  
 » en las traiciones, en los excesos y las bra-  
 » vatas, antes que en el verdadero valor mili-  
 » tar? ¿Vosotros que peleareis bajo de la imá-  
 » gen de esta Virgen Santísima que os ha ex-  
 » citado á esta empresa, podriais dudar de su  
 » amorosa y eficaz proteccion? ¿Vosotros, ge-

» nerosos caballeros , que llevais en vuestras  
 » banderas el signo brillante de la Cruz , no  
 » quereis pronosticaros , y creer firmemente  
 » que , del mismo modo que Constantino el  
 » Grande venció al tirano Maxencio por la  
 » virtud de este signo , que se le apareció di-  
 » vinamente en el puente Milvio , y que con  
 » esta victoria estableció el imperio de la re-  
 » ligion católica en la capital del mundo , y  
 » en el mundo entero , vosotros protegidos ,  
 » como lo fue , por este signo saludable , no  
 » triunfareis de unos enemigos mas impios y  
 » mas feroces , y no mantendreis sagrada é in-  
 » violable la misma religion en Roma , en la  
 » Italia , y en todos los paises donde su autor , el  
 » Verbo divino , se ha dignado propagarla ?

» Y ¿ no brilla la alegría en vuestros sem-  
 » blantes ? ¿ No se ensancha vuestro corazon  
 » con el dulce pensamiento que la divina pro-  
 » videncia os ha elegido para tan grande obra ?  
 » Que los Romanos , los hijos predilectos de  
 » la religion romana , de la santa religion ca-  
 » tólica , sean su apoyo mas poderoso y mas  
 » firme !

» Animo pues ! No temais nada . A las ar-  
 » mas ! Nosotros todos los que quedaremos

» en nuestras casas , no seremos indiferentes  
 » sobre vuestra suerte ; no cesaremos de sumi-  
 » nistraros todo cuanto necesiteis ; nada os fal-  
 » tará . Ofreceremos fervorosos ruegos al Altí-  
 » simo para que dirija vuestros golpes á un  
 » blanco infalible ; y entonces vivireis llenos  
 » de confianza que , con tales auxilios divinos  
 » y humanos , lograreis el triunfo el mas pronto  
 » y mas señalado ; nos apresuraremos á salir á  
 » recibiros y á llevaros salvos , sanos y triun-  
 » fantes á los lugares donde habeis nacido ,  
 » para tributar á este mismo dispensador de to-  
 » dos los bienes , las gracias inspiradas por la  
 » expresion de nuestros corazones agradeci-  
 » dos . Dios está en Israël ; Josué y Gedeon re-  
 » suscitarán entre vosotros . No temais nada . A  
 » las armas ! A las armas ! »

El general Bonaparte contestó á esta ex-  
 traña declamatoria del ódio y de la mala fe  
 con esta corta proclama : « El ejército frances  
 » va á entrar sobre el territorio del Papa ; será  
 » fiel á las máximas que profesa ; protegerá á  
 » la religion y al pueblo . El soldado frances  
 » lleva en una mano la bayoneta , garante se-  
 » guro de la victoria , y en la otra el ramo de  
 » olivo , símbolo de la paz y prenda de su

» proteccion. Desdichados aquellos que, sedu-  
 » cidos por hombres profundamente hipócri-  
 » tas, acarrearán sobre sus casas la venganza  
 » de un ejército que en seis meses ha cogido á  
 » cien mil prisioneros de las mejores tropas del  
 » Emperador, tomado cuatrocientas piezas de  
 » cañon de batalla, ciento y diez banderas, y  
 » destruido á cinco ejércitos! »

El dia siguiente dió cuenta á su ejército,  
 con la órden del dia siguiente, de los motivos  
 que le hacian volver á tomar las armas.

« 1º. El Papa se ha negado á observar las  
 » condiciones del armisticio que habia con-  
 » cluido. 2º. La corte de Roma no ha cesado  
 » de armar y excitar á los pueblos á la cruzada,  
 » con sus manifiestos. 3º. Ha entablado con la  
 » corte de Viena negociaciones hostiles contra  
 » la Francia. 4º. El Papa ha dado el mando de  
 » sus tropas á generales enviados por la corte  
 » de Viena. 5º. Se ha negado á contestar á las  
 » preguntas de oficio que le ha dirigido el ciu-  
 » dadano Cacault ministro de la República  
 » francesa. 6º. El tratado de armisticio ha sido  
 » pues quebrantado y roto por la corte de  
 » Roma, etc.»

El 2 de febrero, Bonaparte salió de Bolonia

y puso su cuartel general en Imola, en el pa-  
 lacio del obispo Chiaramonti, que fue despues  
 el papa Pio VII. Esta hospitalidad militar vino  
 á ser para el obispo y para el general un acon-  
 tecimiento importante. Todo el mundo conoce  
 la famosa homilia republicana de aquel respetable  
 prelado, publicada en Imola en el mismo  
 año. En ella dice: « *Sí, queridos hermanos míos,  
 sed buenos cristianos y sereis excelentes demó-  
 cratas.... Las virtudes morales hacen los bue-  
 nos demócratas..... Los primeros cristianos se  
 hallaban animados con el espíritu de demo-  
 cracia; Dios favoreció los trabajos de Caton  
 de Utica y de los ilustres republicanos de  
 Roma.....* » La reflexion no era oportuna su-  
 puesto que si Dios hubiese favorecido los tra-  
 bajos de Caton, Roma no hubiese sido subyu-  
 gada por César, y Caton no se hubiera matado  
 en Utica.

El ejército del Papa estaba en campaña. El  
 cardenal Busea, fiel á su palabra, habia for-  
 mado un Vendée en la Romaña, sublevando y  
 fanatizando las poblaciones. Todos los recur-  
 sos del ingenio ultramontano, tan poderoso  
 todavía en aquella época sobre la Italia, fueron  
 puestos en obra. El príncipe de la Iglesia en

persona, estaba acampado audazmente á la cabeza de siete mil hombres y de una muchedumbre de paisanos y de frailes, sobre las orillas del Senio, y defendia el puente de Castel Boloñese con ocho piezas de cañon. El general Victor tomó posicion el 2 de febrero. Un parlamentario romano se presentó y amenazó, de parte de Su Eminencia, *hacer fuego si el ejército pasaba adelante*. Bonaparte tuvo la atencion de retardar la accion hasta el dia siguiente; pero durante la noche hizo atravesar el rio, á una legua mas arriba de la posicion, por la vanguardia mandada por el general Lannes, de manera que, por lamaanana, el ejército pontifical despertó con la novedad, que le aturdió, de hallarse entre dos fuegos, y con la retirada, sobre Faenza, cortada. Los Franceses pasaron á viva fuerza y á paso de carga el puente del Senio; y, en menos de una hora, arrollaron enteramente las tropas romanas que echaron á correr por todas partes, habiendo perdido algunos centenares de hombres. Se cogió en el campo de batalla una porcion de frailes, de crucifijos y de puñales. Victor marchó sobre Faenza, cuyas puertas se vió precisado á romper, despues de varias inútiles intimaciones, las que

fueron contestadas con injurias y ultrajes. El general en gefe juntó en un jardin á todos los prisioneros, que se contemplaron perdidos, acordándose de las invectivas infames, con las que habian contestado á las intimaciones de Victor, y poniéndose de rodillas pedian perdón. Bonaparte no se hallaba dispuesto á usar de todo el derecho de la victoria con esta turba de soldados; les concedió la vida y la libertad, haciendo poca cuenta de semejantes prisioneros. Salvó igualmente la ciudad del saqueo que autorizaban las leyes de la guerra. Este rasgo no era sino un acto de la grandeza de su carácter, pero los vencidos, en quienes la pasion de la venganza era cosa natural, lo miraron como una generosidad extraordinaria de parte de un hombre á quien ellos y sus gefes se habian propuesto dar la muerte la mas cruel. Bonaparte, haciendo poco caso de la expresion de su gratitud, llamó á su presencia á todos los oficiales cuya mayor parte pertenecia á las primeras familias de Roma, les dió licencia para volver á sus hogares, y despues de haberles asegurado de su determinada resolucion de proteger á la Italia y al Santo Padre, los decidió á encargarse de pu-



blicar su proclama. Estos oficiales que, poco antes, eran enemigos encarnizados y ahora prisioneros muy inciertos de su suerte, se mudaron de repente en emisarios útiles. La metamorfosis fue pronta y completa, porque en esta clase ya no habia fanáticos en aquella época. A su vuelta, que admiró mucho á sus compatriotas, cumplieron fielmente con su palabra, esparcieron la fama del vencedor, y dispusieron los ánimos, poco belicosos en el fondo, á unos sentimientos pacíficos. Forli, Cesena, Pesaro, Rimini, Sinigaglia se apresuraron á adoptar la conversion predicada por estos misioneros de una nueva clase, y se dieron prisa en abrir sus puertas á los Franceses, como á unos libertadores. La conquista del Vendée del cardenal Busca, de la terrible Romaña, fue un mero paseo militar.

De Faenza, Victor marchó sobre Ancona, donde debia encontrar al general Colli. Este general habia podido conocer el valor de los Franceses en Cherasco y Mondovi, y sabia que ya no tenia soldados piemonteses bajo sus órdenes. Sin embargo, se situó con tres mil hombres sobre las alturas que defienden á la ciudad; fue todo cuanto pudo juntar; pero cuando

vió llegar las columnas de Victor, desapareció de repente con sus oficiales. El general frances intimó la rendicion á aquella tropa, y mientras tanto la hizo cercar. Los Romanos, no viendo ya al gefe invencible enviado por el Austria, rindieron las armas sin disparar un tiro. Victor se apoderó el 9 del mismo mes de la ciudadela, donde halló ciento y veinte cañones, una armería bien provista y cinco mil fusiles que el Emperador acababa de enviar al Santo Padre. El dia siguiente, Victor ocupó á Loreto, famosa por la casa santa traída por los ángeles. Pero el Vaticano habia mandado prudentemente quitar el tesoro de esta iglesia, enriquecida desde tantos siglos por las liberalidades del mundo cristiano, y habia dejado la Virgen de los Milagros, aquella á quien pertenecian los tesoros y la Casa Santa, sin duda, porque no era sino una pobre estatua de madera.

Bonaparte, con esta ocasion, quiso entrar, con respecto al Directorio, en el espíritu de la corte de Roma; y le envió á Paris la Virgen de madera. Lo hizo como recriminacion picante, relativa á una instruccion muy singular que habia recibido con fecha del 12 de abril de 1796, antes de las operaciones contra el

Piamonte. He aquí esta instrucción: « Génova  
 » no puede distar de Loreto mas de cuarenta  
 » leguas. ¿No seria posible apoderarse de la  
 » *Casa Santa* y de los tesoros amontonados  
 » por la superstición de quince siglos á esta  
 » parte? Se valuan en diez millones de libras  
 » esterlinas. Diez mil hombres enviados *en se-*  
 » *creto* y diestramente conducidos, llevarian  
 » al cabo esta empresa con la mayor facilidad.  
 » El camino no es directo y es menester pasar  
 » por el Apenino. Sin embargo, con audacia,  
 » no en la ejecucion, que necesita poco ó nada  
 » de este medio, sino en el proyecto, hariais  
 » una operacion de hacienda la mas admi-  
 » rable, y que solo puede perjudicar á al-  
 » gunos frailes. Diez mil hombres bastan  
 » para esta empresa. Su marcha, *ignorada*,  
 » afianza el feliz éxito, y *en caso necesario el*  
 » *ejército puede auxiliarlos.* » No hay una pa-  
 labra en este documento que no sea un ab-  
 surdo. El Directorio codiciaba, con tanta fran-  
 queza y con tanto ardor, los despojos sagra-  
 dos de la Virgen de Loreto, que, en su impa-  
 ciencia, no habia advertido quanto era inopor-  
 tuno proponer al general en jefe una expedi-  
 cion en el centro de la Italia, y el sacrificio

de la tercera parte del ejército, cuando toda-  
 vía se hallaba por la parte de acá de las fronter-  
 ras del Piamonte. La codicia fiscal del Direc-  
 torio fue burlada igualmente, diez meses mas  
 tarde, á pesar de la posesion de la Península  
 asegurada por la toma de Mántua, y tuvo que  
 contentarse con la estatua de madera en de-  
 fecto de los tesoros de la Casa Santa.

En medio de estos episodios de la guerra  
 pontifical, Bonaparte seguia siempre progresa-  
 ndo en su conquista moral sobre los pueblos  
 de la Italia y sobre la opinion de la Europa.  
 Su generosidad, llena de prevision, sirvió ma-  
 ravillosamente para su política. Un gran número  
 de eclesiásticos franceses emigrados se hallaron  
 de repente cogidos por la ocupacion de la Ro-  
 maña, y el clero y los frailes, cansados ya de la  
 hospitalidad que les concedian, se aprovecharon  
 de la victoria republicana para despedir-  
 los. Bonaparte lleno de indignacion por esta  
 crueldad, de la que estaba muy lejos de haber  
 dado el ejemplo á los vencidos, invitó alta-  
 mente por una proclama á los obispos y á los  
 superiores eclesiásticos á que diesen asilo á es-  
 tos pobres sacerdotes, y tuvo la feliz idea de co-  
 locarlos bajo el amparo de sus tropas. Esta cir-

cunstancia ocasionó escenas muy tiernas; varios soldados reconocieron los curas de sus aldeas. Este era el modo con que Bonaparte, dueño de Mántua, cuatro veces vencedor de los Austriacos, y fundador de varios Estados en Italia, contestaba á las excomuniones y á los planes de asesinato con que el Vaticano amenazaba á nuestros ejércitos y á su general.

Entretanto la vuelta de los prisioneros de Faenza habia consternado á la corte del Sumo Pontífice. El partido de la libertad, comprimido en Roma desde el asesinato de Duphot y de Basseville, volvió á levantarse de repente. En fin la toma de Ancona y de la inexpugnable Mántua, habian helado de golpe los consejos pontificales, y el mismo Pio VI se halló tan avergonzado de su conducta, que, á pesar de las seguridades proclamadas por el general frances, que el Papa conservaria la suya en la ciudad eterna, fuesen cuales fueren los acontecimientos, tomó la resolucion de buscar un refugio en Nápoles. Pero Bonaparte habiéndole hecho proponer enviar plenipotenciarios á su cuartel general de Tolentino, el Santo Padre se quedó en el Vaticano. Entonces la sierpe de la política ultramontana se replegó

sobresí misma, y el Sumo Pontífice, tomando consejo de su propia desgracia, escribió á Bonaparte:

« CARO HIJO ,

» SALUD Y BENDICION APOSTOLICA :

« Deseando cortar amigablemente nuestras  
 » desavenencias actuales con la República  
 » francesa, por la retirada de las tropas que  
 » mandais, os enviamos y diputamos como  
 » plenipotenciarios nuestros á dos eclesiásticos,  
 » el cardenal Mattei, quien os está perfecta-  
 » mente conocido, y monseñor Galeppi, y  
 » á dos seglares, el duque don Luis Braschi,  
 » nuestro sobrino, y el marques Massimi, los  
 » cuales se hallan autorizados con nuestros  
 » plenos poderes, para concertar con vos, pro-  
 » meter y suscribir las condiciones justas y ra-  
 » zonables que esperamos obtener. Nos obli-  
 » gamos, *bajo nuestra fe y palabra*, á aprobar-  
 » las y ratificarlas en forma especial, con el fin  
 » de que sean válidas é inviolables en todo  
 » tiempo. Convencido de los sentimientos be-  
 » névolos que habeis manifestado, nos hemos  
 » decidido á no salir de Roma; vereis con  
 » esto, cuan grande es nuestra confianza en vos.

» Damos fin á este pliego asegurándoos de  
» nuestra mayor estimacion, y dándoos la pa-  
» ternal bendicion apostólica.

» Dado en San Pedro de Roma el 12 de fe-  
»brero de 1797, año 22 de nuestro pontificado.

» Firmado, Pio VI. »

El estilo de esta carta era algo diferente del de la arenga publicada pocos dias antes; pero ya no habia Austria para el Vaticano.

El general Bonaparte contestó el 19 del mismo mes, dia de la conclusion del tratado de Tolentino.

Cuartel general de Tolentino, 1º ventose, año V.

« Beatísimo Padre, tengo que dar gracias á  
» Vuestra Santidad, por las expresiones de aten-  
» cion contenidas en la carta que se ha to-  
» mado el trabajo de escribirme. La paz en-  
» tre la república francesa y Vuestra Santidad  
» acaba de firmarse. Me doy la enhorabuena  
» de haber podido contribuir á asegurar su  
» tranquilidad particular. Convido á Vuestra  
» Santidad á que desconfie de las personas  
» que se hallan en Roma, vendidas á las cortes  
» enemigas de la Francia, ó que se dejan guiar

» por personas llenas de ódio que acarrear la  
» pérdida de los Estados. Toda la Europa co-  
» noce las inclinaciones pacíficas y las virtudes  
» conciliatorias de Vuestra Santidad. Tengo la  
» esperanza que la República francesa será una  
» de las amigas mas verdaderas de Roma. Envio  
» á mi edecan gefe de brigada (Murat), para  
» expresar á Vuestra Santidad la estimacion y  
» la veneracion perfecta que profeso para su  
» persona, y ruego á Vuestra Santidad crea  
» al deseo que tengo de darle en todas oca-  
» siones, pruebas del respeto y de la venera-  
» cion con los que tengo el honor de ser

» Su mas obediente servidor,  
» BONAPARTE. »

Napoleon dice en sus Memorias que el Di-  
rectorio queria dar fin al reinado temporal  
del Papa. En cuanto á él, habia tenido en aquel  
tiempo la misma idea; pero por una combina-  
cion del todo política. Antes de salir de Bolo-  
nia, el 1º de febrero, para ir á Imola, escribió  
al Directorio: « ¿ No seria posible, si llegamos  
» hasta Roma, reunir los Estados de Módena,  
» de Ferrara, y la Romaña, y formar una re-  
» pública que seria bastante poderosa? ¿ No

» se podría dar Roma á la España , con la con-  
 » dición que saldria garante de la indepen-  
 » dencia de la nueva república? *Entonces po-*  
 » *driamos devolver al Emperador, el Milanes,*  
 » *el Mantuano y el ducado de Parma,* en caso  
 » de tener que pasar por este camino, con el fin  
 » de acelerar la paz que nos hace tanta falta.  
 » El Emperador no perderia nada , la España  
 » ganaria mucho , y nosotros todavía mas;  
 » tendríamos en Italia un aliado natural que  
 » se haria poderoso , y con quien podríamos  
 » tener correspondencia por Massa-Carrara,  
 » y por el Adriático. »

Es de creer que la paz con el Austria urgía mucho , á pesar de los triunfos de la Italia, cuando el mismo Bonaparte proponia al Directorio la restitucion de su conquista la mas hermosa , del ducado de Milan, del ducado de Mántua , y la cesion del ducado de Parma. Esta urgencia explica porque y como se halló conducido á concluir, dos meses mas tarde, el armisticio de Leoben y la paz de Campo-Formio, contra la voluntad del Directorio, cuando estábamos sobre el camino de Viena, despues de haber destruido el cuarto ejército austriaco, mandado por la persona de mas alta gerar-

quía y el primer capitán de Austria, el archiduque Carlos.

El 23 de febrero, Pio VI ratificó el tratado de Tolentino que se dividia en dos partes ; política y hacienda. La primera estipulaba el abandono de los derechos del Santo Padre sobre Aviñon y el condado Venesano , la cesion de las legaciones de Bolonia, de Ferrara y de la Romaña, de la ciudad , de la ciudadela y del territorio de Ancona , y la libertad de todos los individuos detenidos por opiniones políticas. La segunda parte , que trataba puntos de hacienda , estipulaba el pago de los diez y seis millones que quedaban por pagar para el armisticio de Bolonia, y quince millones mas para la paz actual. Un artículo separado obligaba al Papa á que hiciese desmentir en Paris el asesinato de Basseville por un enviado extraordinario , y á pagar una cantidad de 300,000 francos á la familia de este desgraciado. Bonaparte, en vez de ir á Roma, en donde hubiera parecido que queria triunfar del Papa, se fue á Mántua donde no habia querido triunfar de Wurmser.

Así Bonaparte, incansable, impetuoso en la guerra, luego que vence, da sobre el campo

de batalla la paz á las conquistas. Se proclama protector de los pueblos. Concede la libertad á los prisioneros y la independencia á las provincias. No tiene ambicion para sí ni para su patria. Une á la República amigos y naciones libres. Genoroso en la edad en que la gloria de las armas es una pasion, ahorra la humillacion á las canas de Wurmser y del Sumo Pontífice, y émulo de César, por el genio de la guerra, es tambien émulo de Cipion por su moderacion en la victoria. Con todo, como lo he dicho, faltará á su vida el no haber visto la ciudad eterna. ¿Quién sabe lo que hubiera producido sobre un alma, entonces del todo republicana, la magestad de la ciudad de Numa? ¿Y cual hubiera sido el efecto de este importante recuerdo, cuando, por una gran revolucion de la fortuna, Roma vinó á ser la segunda capital del negociador de Tolentino, ascendido al trono?

## CAPITULO IX.

## CAMPANA DE ITALIA.—SEXTA ÉPOCA.

ARMISTICIO DE LEOBEN.— GENERALES EN JEFE: BONAPARTE,  
EL ARCHIDUQUE CARLOS.

(Desde 1º de marzo hasta 18 de abril de 1797.)

En menos de doce meses, Bonaparte reunió á la Francia una parte del Piamonte, fundó dos repúblicas en la Lombardía, conquistó toda la Italia desde el Tirol hasta el Tibre, y aseguró tanta gloria con tratados con los soberanos de Cerdeña, de Génova, de Parma, de Toscana, de Nápoles y de Roma. La isla de Córcega habia vuelto á ser nuestra. El ilustre guerrero y el gran político obraban juntos y no debian ya separarse. Toda la Francia miraba á Bonaparte y no miraba sino á él. El Directorio empezaba á considerarse solo como intermedio entre la nacion y su héroe, y obe-

de batalla la paz á las conquistas. Se proclama protector de los pueblos. Concede la libertad á los prisioneros y la independencia á las provincias. No tiene ambicion para sí ni para su patria. Une á la República amigos y naciones libres. Genoroso en la edad en que la gloria de las armas es una pasion, ahorra la humillacion á las canas de Wurmser y del Sumo Pontífice, y émulo de César, por el genio de la guerra, es tambien émulo de Cipion por su moderacion en la victoria. Con todo, como lo he dicho, faltará á su vida el no haber visto la ciudad eterna. ¿Quién sabe lo que hubiera producido sobre un alma, entonces del todo republicana, la magestad de la ciudad de Numa? ¿Y cual hubiera sido el efecto de este importante recuerdo, cuando, por una gran revolucion de la fortuna, Roma vinó á ser la segunda capital del negociador de Tolentino, ascendido al trono?

## CAPITULO IX.

## CAMPANA DE ITALIA.—SEXTA ÉPOCA.

ARMISTICIO DE LEOBEN.— GENERALES EN JEFE: BONAPARTE,  
EL ARCHIDUQUE CARLOS.

(Desde 1º de marzo hasta 18 de abril de 1797.)

En menos de doce meses, Bonaparte reunió á la Francia una parte del Piamonte, fundó dos repúblicas en la Lombardía, conquistó toda la Italia desde el Tirol hasta el Tibre, y aseguró tanta gloria con tratados con los soberanos de Cerdeña, de Génova, de Parma, de Toscana, de Nápoles y de Roma. La isla de Córcega habia vuelto á ser nuestra. El ilustre guerrero y el gran político obraban juntos y no debian ya separarse. Toda la Francia miraba á Bonaparte y no miraba sino á él. El Directorio empezaba á considerarse solo como intermedio entre la nacion y su héroe, y obe-

decia igualmente á los dos , cuando mandaba al general en gefe del ejército de Italia proseguir en sus victorias y amenazar á la capital del Austria. El Directorio se acordaba del proyecto de invasion en Alemania , así como de la cooperacion del ejército del Rhin propuesta por el vencedor de Milésimo y de Mondovi , desde su cuartel general de Cherasco , y en acordándose se sometia á las disposiciones que esta singular prevision del general victorioso habia preparado en las mismas puertas de la Italia y antes de haber atacado á la casa de Austria sobre su territorio.

Luego despues de la toma de Mántua aquella potencia se vió inquietada en sus Estados hereditarios , al momento en que , por la toma de Kelh , esperaba pasar el Rhin é invadir nuestras fronteras. Su último recurso consistia en un quinto ejército del que vamos á hablar. El príncipe Carlos , ilustrado por hazañas recientes , conducia consigo sus mejores soldados del Rhin. El Tagliamento servia de punto de reunion á las nuevas tropas imperiales , poco numerosas aun para sostener los grandes intereses que afianzaban. La grande imprevision del gabinete de Viena , bajo este aspecto , es

digna de ser notada. Supuesto que cuatro ejércitos de ochenta mil hombres enviados sucesivamente contra los Franceses , no habian podido salvar la Italia , el Austria hubiera debido hacer marchar la mitad de las fuerzas del imperio para defender el camino de Viena y volver á apoderarse de las conquistas de Bonaparte. Esta medida importante , mandada por la necesidad , acaso hubiera en aquel tiempo mudado los destinos militares y políticos de la Francia. La República no hubiera podido volver á tomar la ofensiva sobre el Rhin si el archiduque Carlos , victorioso en el Brigaw , no hubiese tenido que marcharse con sus mejores batallones. El Directorio , mas ocupado de su conservacion que de su gloria , menos hábil que celoso de su general , acaso se hubiera consolado fácilmente de la pérdida de la Italia , y no hubiera ahorrado una desgracia ruidosa al gran capitan que habia conquistado su propia elevacion , tanto sobre su propio gobierno como sobre los enemigos de su pais.

Entretanto Bonaparte habia adivinado á su ilustre contrario , y , el 1° de marzo , puso en movimiento sus tropas , á las que se habian reu-



nido las divisiones de Bernadotte y de Delmas venidas del Sambre y del Rhin. Al llegar, Bernadotte habia dicho á sus soldados: *Soldados del ejército del Sambre y Mosa! El ejército de Italia nos está mirando.* La rivalidad de Bernadotte no fue siempre tan pura, pero entonces todas las ambiciones militares se mostraban desinteresadas. La rivalidad era como el valor, una noble pasion comun entre todos los generales distinguidos, y les daba un carácter de grandeza individual que desapareció de repente con la república.

Cuarenta mil soldados venian desde las orillas del Rhin á reunirse con los restos del ejército de Alvinzi. El cuartel general del archiduque vino desde Inspruck á Goritz. Bonaparte queria atacar al príncipe antes de la llegada de estos refuerzos y aprovechar la superioridad numérica de su ejército para libertar enteramente á la Italia y abrir una campaña de Austria. Habia esperado tener un socorro de veinte mil hombres, á saber: diez mil Piemonteses y diez mil Venecianos. Pero se ha visto ya que el Directorio, siguiendo el sistema de envidia con que procuraba minar la gloria del general en gefe, no habia ratificado

el tratado concluido en Bolonia entre Bonaparte y la corte de Turin. Negando con poca destreza é impidiendo la reunion de dos pueblos debajo de la misma bandera, el Directorio retardaba el efecto de la conversion política á las ideas republicanas, bien que fuese el objeto perpetuo de sus instrucciones. En el mismo tiempo el señorío de Venecia reusaba dar su contingente. Bonaparte conocia las disposiciones que aquel gobierno, á pesar de nuestros triunfos, conserva con respecto á la casa de Austria. Habia dado cuenta al Directorio de la acogida favorable que Venecia habia dispensado en sus provincias de tierra firme á los fugitivos de Rivoli y de la Favorita; y obrando á la vez como político hábil y como general prudente, al momento de llevar sus armas en las dos provincias del Friul y del Tirol, habia querido comprimir por un tratado de union las intrigas venecianas, y romper, por el establecimiento de una cooperacion militar los lazos que unian el leon de San Marcos á la corte de Viena. Pero no pudo lograr el fin que se proponia y en vez de ganar un aliado, tuvo que contar con un enemigo mas, de manera que se vió en la precision de

dejar diez mil hombres de reserva sobre el Adige, para contener las malas intenciones de la oligarquía veneciana. Este estado de cosas era muy peligroso, sea que volviese vencedor ó vencido: se le podia considerar como una asechanza dispuesta sobre su camino por la potencia que tenia las llaves del norte de Italia. En cuanto á la oligarquía genovesa, encadenada desde mucho tiempo por la victoria y contenida por la alianza piemontesa estaba todavía bajo la guardia continua de la facción democrática que, dentro de las murallas de Génova, favorecia á los Franceses. Tal era la posición de Bonaparte, pronto á marchar solo sobre el Austria, pues sabia que nada tenia que esperar de parte de los ejércitos del Rhin y de Sambre y Mosa; los ciento y ochenta mil combatientes que los componen habian de estar todavía sobre la orilla izquierda del Rhin en el momento en que plantase sus banderas en las alturas del Simmering á veinte leguas de Viena!

El general en jefe hizo acampar sus tropas que consistian en cincuenta mil hombres. El archiduque le opondrá en los primeros días de marzo igual número de soldados; treinta y

cinco mil guardan el Friul y quince mil ocupan el Tirol. A iguales fuerzas Bonaparte debe vencer; pero si aguarda á que lleguen los refuerzos sacados del ejército austriaco del Rhin, tendrá que combatir á noventa mil hombres y que recelar de veinte en su retirada. La división de Victor destinada á guardar el Adige estaba todavía sobre el Apenino, y no podia hallarse en posición hasta mediados de abril; debia reunirse á los batallones lombardos, cispadanos y polacos.

El 9 de marzo, Bonaparte tenia su cuartel general en Basano; con la orden del día siguiente recordó á su ejército los triunfos pasados. «Soldados! La rendición de Mántua » acaba de dar fin á una campaña que os ase- » gura la eterna gratitud de la patria; habeis » sido victoriosos en catorce batallas campa- » les y setenta combates; habeis cogido cien mil » prisioneros, quinientos cañones de campaña, » dos mil de grueso calibre y cuatro equi- » pages de puente. Las contribuciones impues- » tas á los países que habeis conquistado han » mantenido, entretenido y pagado al ejército » durante toda la campaña. Además de esto » habeis enviado treinta millones al ministro

» de hacienda para socorrer el erario público  
 » Habeis enriquecido el museo de Paris con  
 » trescientas obras maestras de la Italia anti-  
 » gua y moderna, obras de treinta siglos. Ha-  
 » beis conquistado para la República los países  
 » mas hermosos de la Europa. Las repúblicas  
 » traspadana y cisalpina os deben su libertad.  
 » Las banderas francesas tremolan por la pri-  
 » mera vez sobre las riberas del mar Adriá-  
 » tico, enfrente y á veinte y cuatro horas de  
 » distancia de la patria de Alejandro. Los re-  
 » yes de Cerdeña y de Nápoles, el Papa y el  
 » duque de Parma, se han separado de vues-  
 » tros enemigos y han pretendido vuestra amis-  
 » tad. Habeis echado á los Ingleses de Liorna,  
 » de Génova y de Córcega; pero todavía no  
 » habeis cumplido con los grandes destinos  
 » que os estan reservados. La patria ha depo-  
 » sitado en vosotros sus mas lisongeras espe-  
 » ranzas que seguireis justificando. Entre  
 » tantos enemigos que se coligaron para aho-  
 » gar á la República en sus principios, el Em-  
 » perador solo queda en pie delante de voso-  
 » tros. Bajando él mismo del rango eminente  
 » de una gran potencia, se ha entregado al  
 » alvedrío y á la paga de los mercaderes de

» Londres. No tiene mas política y mas volun-  
 » tad que la de aquel gabinete pérfido que,  
 » exento por su parte de las desgracias de la  
 » guerra, mira con satisfaccion los males del  
 » continente. El Directorio ejecutivo no ha  
 » perdonado nada para dar la paz á la Euro-  
 » pa. No ha medido su moderacion con la fuer-  
 » za de sus ejércitos; no ha consultado con  
 » vuestro valor sino con el deseo de restituiros  
 » á vuestras familias. No se le ha querido oír  
 » en Viena; no queda pues esperanza de paz,  
 » sino yendo á buscarla en el centro de los Es-  
 » tados hereditarios de la casa de Austria. Allí  
 » hallareis á un pueblo valiente agoviado por  
 » la guerra actual y por la que ha sostenido  
 » contra los Turcos. Los habitantes de Viena  
 » y de los Estados austriacos lloran la cegue-  
 » dad y las arbitrariedades de su gobierno; no  
 » hay uno solo entre ellos que no esté conven-  
 » cido de que el oro de la Inglaterra ha so-  
 » bornado á los ministros del Emperador. Res-  
 » petareis sus propiedades. Es la libertad la  
 » que traeis á la valiente nacion húngara. La  
 » casa de Austria, que, de tres siglos á esta  
 » parte, va perdiendo á cada guerra una parte  
 » de su poder, que tiene sus pueblos descon-

» tentos, despojándoles de sus privilegios, se  
 » hallará reducida, al acabar esta sexta cam-  
 » paña (supuesto que nos obliga á empre-  
 » derla), á admitir la paz que la concederemos  
 » y á bajar en realidad al segundo rango de  
 » las potencias, en el que se ha colocado ya,  
 » poniéndose al sueldo y á la disposición de la  
 » Inglaterra.» Esta proclama habia de produ-  
 cir tanto mas efecto, cuanto estaba fundada en  
 todas sus partes. Nuestros ejércitos y sus gefes  
 combatian en aquella época, no solo para pro-  
 porcionar la independencian á las naciones, sino  
 aun para darlas la libertad civil y política.  
 Cuando nuestros estandartes tuvieron otra le-  
 yenda, el estilo de las proclamas dejó de ser  
 popular para las naciones; pero continuó de  
 serlo para los soldados de Napoleon.

Los primeros golpes de Massena sujetaron  
 á la bandera republicana, ciudades, cuyo  
 nombre debia ennoblecer, algunos años mas  
 tarde, ministros y generales que jamas acaso  
 vieron á sus murallas. De *Basano* se precipitó  
 sobre la division de Lusiñan, apoderándose de  
*Feltre, Cadora y Belluno*. Serrurier ocupó á  
*Conegliano* donde se estableció el cuartel ge-  
 neral. Se pasaron al Tagliamento y al Piave:

el general Guyon atravesó este último rio en-  
 frente de *Treviso*, donde Bernadotte le al-  
 canzó. El 16 de marzo, los dos ejércitos se  
 hallaron en presencia en las llanuras regadas  
 por el Tagliamento. El combate empezó al ins-  
 tante; la línea de los Austriacos fue destrozada y  
 el enemigo se retiró. Massena, por su parte, ha-  
 bia forzado todos los pasos, se habia apode-  
 rado de las gargantas de la Pontiba, cerrando  
 el camino de la Carintia al archiduque, y mar-  
 chaba sobre Tarvis. El archiduque fue cor-  
 riendo á Klagenfurth, de donde sacó una her-  
 mosa division de granaderos, y tomó posición  
 delante de Tarvis para detener á Massena. El  
 combate se empeñó con mucho vigor; el archi-  
 duque peleó en persona con un valor extremado;  
 pero no pudo resistir al ímpetu de Massena y de  
 Brune, que se apoderaron de Tarvis, cuya po-  
 sición nos abrió los desfiladeros por donde ha-  
 bian venido tres divisiones austriacas desde el  
 campo de batalla del Tagliamento. El archidu-  
 que tuvo tambien que evacuar Palmanova,  
 plaza veneciana que recibió guarnición fran-  
 cesa. Bernadotte marchó sobre Gradisca, plaza  
 fuerte, que quiso tomar por asalto; la llegada  
 de la division Serrurier decidió el gobernador

á capitular y á entregarse con tres mil hombres. Esta division habia pasado el Lisonzo siguiendo al coronel Andreosi, que se habia echado al rio para buscar un vado. El general Bonaparte puso su cuartel general en Goritz. Bernadotte marchó sobre Laybach, y Dugua se apoderó de Trieste. Los Austriacos se habian situado en la Chiusa hasta donde los siguió el general Guyon; pero de repente se vieron acometidos por su frente por Massena, que estaba en Tarvis sin que lo supiesen. La 4.<sup>a</sup> de línea, á quien Bonaparte habia dado el nombre de *impetuosa*, sostuvo su gloria, apoderándose de la posicion de la Chiusa. El enemigo perdió cinco mil prisioneros, treinta y dos cañones, cuatrocientos carros de artillería y de bagages, y cuatro generales.

Bonaparte pasó el Drave en Villach y puso su cuartel general en Klagenfurth de donde echó á dos divisiones austriacas venidas del ejército del Rhin. Una proclama filantrópica, apoyada por la disciplina del soldado y por las medidas acertadas de la administracion, fue dirigida á los pueblos de Carintia, Carniola é Istria. Esta proclama decia entre otras cosas: « A pesar de la Inglaterra y de los mi-

» nistros de la corte de Viena, seamos ami-  
 » gos. La República francesa tiene sobre voso-  
 » tros los derechos de la conquista: hagamos-  
 » los desaparecer delante de un contrato que  
 » nos enlazará recíprocamente! No tomareis  
 » parte en una guerra que no tiene vuestro  
 » consentimiento. Suministrareis á mi ejército  
 » lo que necesitará; por mi parte protegeré  
 » vuestras propiedades, y no os pediré contri-  
 » bucion ninguna.» El contrato se observó  
 con fidelidad por ambas partes. El general en gefe organizó cuatro gobiernos, á cuya cabeza puso los propietarios mas ricos. La justicia y la moderacion seguian las banderas de Bonaparte, y despues de la victoria, afianzaban las conquistas.

Entretanto los ejércitos del Tirol estaban todavía en presencia, y Joubert, opuesto al general Kerpen, aguardaba la orden para atacar; la recibió en el cuartel general de Goritz. El 20 de marzo empezó su movimiento sobre el acampamento de Kerpen, situado detras del Lavisio, en Cambra, cubriendo á San Miguel. Pasó el rio en Segonzano, y las divisiones Delmas y Baraguay d'Hilliers en Lavis mismo. Kerpen, arrollado en todas sus posiciones, per-

dió dos mil hombres muertos y tres mil prisioneros que formaban la mitad de sus fuerzas. Joubert marchó sobre Neumark y batió el cuerpo de Laudon puesto al otro lado del Adige, le cogió dos mil y quinientos prisioneros y entró en Neumark. Nuestra retaguardia se apoderó de Bolsano donde se hallaban todos los almacenes del enemigo. Kerpen se retiró sobre Clausen detras de una division que acababa de llegar del ejército del Rhin; y, juzgando la posicion inexpugnable, aguardó á Joubert con confianza. Pero el impulso de la victoria estaba dado; Kerpen tuvo que retirarse sobre Mitterwald, y, siempre perseguido por Joubert que le batió una tercera vez en Stersing, donde no pudo mantenerse, se retiró finalmente sobre el Brenner.

El 4 de abril, Joubert volvió á unirse al ejército con doce mil hombres, cuyos pasos habian sido todos señalados con victorias, trayendo siete mil prisioneros al cuartel general. Bonaparte se hallaba á sesenta leguas solamente de Viena. El archiduque habia perdido veinte mil prisioneros y cincuenta cañones. Vencido en las dos batallas campales del Tagliamento y de Tarvis, dejó á los Franceses dueños de cua-

campales

tro capitales, Goritz, Klagenfurth, Laybach y Trieste. El alarma cundió hasta Viena; los príncipes de la familia imperial, y los tesoros de la corte y de la ciudad, fueron enviados por el Danubio á los extremos de Hungria. La necesidad de suspender la lucha hablaba al Austria con mas elocuencia que su orgullo y su política. Bonaparte quiso prevenir á esa potencia, y atacarla tambien sobre el terreno de la paz, conforme al sistema de moderacion y de generosidad que habia señalado todas sus victorias. Creia con razon que le era glorioso adelantarse á la corte de Viena. En consecuencia escribió desde Klagenfurth, el 31 de marzo, al archiduque Carlos:

« SEÑOR GENERAL EN JEFE,

» Los valientes militares hacen la guerra y  
 » desean la paz. ¿No dura esta guerra desde seis  
 » años? ¿No hemos matado bastante gente;  
 » y hecho bastante daño á la triste humani-  
 » dad que está clamando por todas partes? La  
 » Europa que habia tomado las armas contra  
 » la República francesa las ha depuesto; vues-  
 » tra nacion queda sola, y sin embargo, se va  
 » á derramar sangre mas que nunca. Esta sexta

» campaña se anuncia con presagios siniestros.  
 » Sea cual fuere su éxito, habremos perdido de  
 » una y otra parte algunos millares de hom-  
 » bres mas. Al cabo será preciso entenderse,  
 » porque todo tiene término, la pasión del odio  
 » como las demas. El Directorio de la Repú-  
 » blica francesa habia dado á conocer á S. M.  
 » el emperador su deseo de dar fin á la guerra  
 » que aflige á las dos naciones. La interven-  
 » cion de la corte de Londres se ha opuesto á  
 » la pacificacion. ¿No queda ninguna espe-  
 » ranza de entendernos? Y ¿acaso es menester,  
 » para los intereses ó las pasiones de una na-  
 » cion exenta de los males de la guerra, que  
 » continuemos en despedazarnos? Vos, Señor  
 » general en gefe, cuyo nacimiento acerca al  
 » trono, y que sois superior á las pequeñas  
 » pasiones que ciegan á los ministros y á los  
 » gobiernos, decidios á merecer el título de  
 » bienhechor de la humanidad entera y de  
 » verdadero salvador de la Alemania. No  
 » creais, Señor general en gefe, que mi intento  
 » sea deciros que no os sea posible salvarla por  
 » la fuerza de las armas. Pero, suponiendo aun,  
 » que los lances de la guerra os sean favora-  
 » bles, ¿quedará la Alemania menos asolada?

» En cuanto á mí, Señor general en gefe, si la  
 » proposicion que tengo el honor de haceros,  
 » puede salvar la vida de un solo hombre, haré  
 » mas aprecio de la corona cívica que mere-  
 » ceré en tal caso, que de la triste gloria mili-  
 » tar que puede tocarme en los sucesos mili-  
 » tares. »

El archiduque contestó :

« SEÑOR GENERAL ,

» Seguramente, aunque haciendo la guerra  
 » y siguiendo la carrera del honor y del deber,  
 » deseo tanto como vos la paz para la felicidad  
 » de los pueblos y de la humanidad. Sin em-  
 » bargo, como en el puesto que se me ha con-  
 » fiado no me pertenece escudriñar ó dar  
 » término á la querrela de las naciones belige-  
 » rantes, y como no me hallo con los poderes  
 » necesarios de S. M. el emperador, os pare-  
 » cerá natural, Señor general, que no entre  
 » con vos en ninguna negociacion sobre el par-  
 » ticular, y que aguarde órdenes superiores  
 » para un objeto de tan alta importancia que  
 » no me corresponde precisamente. Por lo de-  
 » mas, sean cuales fueren los lances futuros de  
 » la guerra, ó las esperanzas de la paz, os ruego

» Señor general, esteis bien persuadido de  
 » mi estimacion y de mi consideracion dis-  
 » tinguida. »

De manera que el orgullo del gabinete austriaco reusaba la paz que Bonaparte le ofrecia á las puertas de Viena; éste se vió sentenciado á vencer todavía. Entretanto, el tratado de alianza ofensiva y defensiva se acababa de firmar entre la República y el rey de Cerdeña, y parte de las fuerzas piemontesas iban á entrar en línea con nuestros batallones. El 1.º de abril al amanecer, Massena marchó adelante de Klagenfurt sobre Friesach donde entró con el enemigo á quien persiguió hasta Neumark. Allí encontró al archiduque á la cabeza de los restos de su primer ejército, y de cuatro nuevas divisiones que llegaban de las orillas del Rhin. Digno émulo de Bonaparte, el archiduque quiso todavía correr la suerte de las armas y presentar noblemente el combate. Bonaparte pronto hizo sus disposiciones. Massena empezó el ataque, que se hizo con aquella energía que distinguia á todo el ejército de Italia desde que habia entrado en campaña. En pocos minutos la línea austriaca fue destrozada; los Franceses se apoderaron de las posiciones, de

tres mil prisioneros, y penetraron dentro de Neumark, mezclados con los imperiales; se cogieron todavía mil y doscientos hombres y algunos cañones en la ciudad. El archiduque intentó retardar el perseguiamiento, proponiendo una suspension de armas, con el fin, decia, *de poder tomar en consideracion la carta del 31 de marzo*; pero Bonaparte contestó que era posible negociar y batirse, y que no habria armisticio hasta Viena, como no fuese por la paz definitiva. El ejército frances se adelantó hasta Scheifling á cuatro leguas del campo de batalla; el cuartel general permaneció dos dias en aquella plaza. El movimiento continuó sobre Knittelfeld, cuyo camino estaba defendido por unas posiciones formidables. Hubo un ataque muy reñido en los desfiladeros de Hundsmark; el enemigo fue echado con una pérdida muy fuerte. Nuestras tropas ocuparon á Knittelfeld, y el 7 nuestra vanguardia entró en Leoben.

Habiendo llegado á Iudenburg, á veinte leguas de Viena, el 8 de abril (19 germinal), Bonaparte recibió la verdadera respuesta á la carta del 31 de marzo; le fue entregada, bajo la forma de una nota diplomática, por el feld-ma-



riscal Bellegarde, gefe de estado mayor del príncipe, y por el conde de Meerweldt general mayor, que se presentaron encalidad de parlamentarios.

« S. M. el emperador y rey , deseando sobre  
 » todo concurrir á la tranquilidad de la Eu-  
 » ropa, y dar fin á una guerra , que aflige á las  
 » dos naciones, en consecuencia de la insinua-  
 » cion que habeis hecho á S. A. R. por vuestra  
 » carta de Klagenfurt, S. M. el emperador nos  
 » envia para entendernos con vos sobre un  
 » asunto de tanta importancia. Despues de la  
 » conversacion que hemos tenido con vos , y  
 » persuadidos como lo estamos de la buena vo-  
 » luntad y de la intencion de las dos potencias,  
 » de dar fin, lo mas pronto que sea posible , á  
 » esta guerra infausta , S. A. R. desea una sus-  
 » pension de hostilidades de diez dias, para po-  
 » der con mas celeridad lograr este fin, y para  
 » que todas las dilaciones y obstáculos que la  
 » continuacion de las hostilidades acarrearía  
 » en contra de las negociaciones , queden le-  
 » vantadas y para que todo concorra á resta-  
 » blecer la paz entre dos grandes naciones.

» Firmado, BELLEGARDE, MEERWELDT.»

Bonaparte contestó: « Considerada la posi-  
 » cion militar de los dos ejércitos, una suspen-  
 » sion de armas es del todo perjudicial al ejér-  
 » cito frances; pero si debe encaminarnos á la  
 » paz, tan deseada y tan útil para los pueblos,  
 » me conformo de buena gana con vuestros de-  
 » seos. La República francesa ha manifestado  
 » varias veces á S. M. el deseo de poner un tér-  
 » mino á esta lucha cruel; persiste en los mis-  
 » mos sentimientos. No dudo, despues de la  
 » conferencia que acabo de tener con vos, que  
 » dentro de pocos dias, la paz no sea restable-  
 » cida entre la República francesa y Su Mage-  
 » tad. » Por la tarde del mismo dia se firmó  
 una suspension de armas de cinco dias. Du-  
 rante la conferencia preliminar con los pleni-  
 potenciarios austriacos, Bonaparte dijo: « Vues-  
 » tro gobierno ha enviado contra mí cuatro  
 » ejércitos sin generales, y esta vez un general  
 » sin ejércitos. » Hermoso elogio del archi-  
 duque Carlos !

El armisticio que se extendió á los ejércitos del Tirol, dió una nueva línea al ejército frances. Serrurier ocupó la grande y fuerte ciudad de Gratz. Bonaparte trasladó su propio cuartel general á Leoben y su vanguardia

hasta Bruck , en donde se estableció Massena, cuyas avanzadas coronaban las alturas y las faldas del Simmering. Bonaparte habia anunciado al Directorio que , antes del 10 de abril, habria alcanzado la cumbre de esta montaña. El ayudante general Leclerc, que despues fue cuñado del primer consul , recibió la órden de llevar al Directorio la noticia de este armisticio. *Era , dice Napoleon , un oficial distinguido, intrépido sobre el campo de batalla.*

## CAPITULO X.

INSURRECCION DE VENECIA. — PRELIMINARES DE LEOBEN.

Al volver á empezar la campaña sobre el Tagliamento , Bonaparte tuvo por objeto abrirse el camino de Viena , como único medio de conseguir la paz. Pero, cuidando al mismo tiempo de no dejar á las espaldas de su ejército , metido en las cumbres de los Alpes , una potencia enemiga ó dudosa, continuó con el Estado de Venecia las negociaciones establecidas en los meses de junio y julio de 1796 , sea por el Directorio , sea por los aliados de la Francia , cuales eran la España y la Turquía , ó sea en fin por sí mismo , cuando Mántua solo quedaba por los Austriacos. Con todo , desde aquella época, Venecia no habia cesado de seguir en sus armamentos sin contestar á las reconvenciones de la Francia. Bonaparte, queriendo despues no perdonar nada para que Venecia se declarase á favor de la República, se dirigió á los mismos gefes del Estado. Procuró avistarse en Verona con el proveedor ge-

hasta Bruck , en donde se estableció Massena, cuyas avanzadas coronaban las alturas y las faldas del Simmering. Bonaparte habia anunciado al Directorio que , antes del 10 de abril, habria alcanzado la cumbre de esta montaña. El ayudante general Leclerc, que despues fue cuñado del primer consul , recibió la órden de llevar al Directorio la noticia de este armisticio. *Era , dice Napoleon , un oficial distinguido, intrépido sobre el campo de batalla.*

## CAPITULO X.

INSURRECCION DE VENECIA. — PRELIMINARES DE LEOBEN.

Al volver á empezar la campaña sobre el Tagliamento , Bonaparte tuvo por objeto abrirse el camino de Viena , como único medio de conseguir la paz. Pero, cuidando al mismo tiempo de no dejar á las espaldas de su ejército , metido en las cumbres de los Alpes , una potencia enemiga ó dudosa, continuó con el Estado de Venecia las negociaciones establecidas en los meses de junio y julio de 1796 , sea por el Directorio , sea por los aliados de la Francia , cuales eran la España y la Turquía , ó sea en fin por sí mismo , cuando Mántua solo quedaba por los Austriacos. Con todo , desde aquella época, Venecia no habia cesado de seguir en sus armamentos sin contestar á las reconvenciones de la Francia. Bonaparte, queriendo despues no perdonar nada para que Venecia se declarase á favor de la República, se dirigió á los mismos gefes del Estado. Procuró avistarse en Verona con el proveedor ge-

ral Foscarini, y en Brescia con el proveedor Mocénigo, quien le recibió con magnificencia. Tuvo tambien varias conferencias con el proveedor Battaja, cuyas opiniones concordaban con las suyas. Nada perdonó por su parte para ahorrar á Venecia los peligros de su política astuta. En aquel tiempo, los Franceses, usando de las mas justas represalias, habian entrado en Peschiera que habia recibido á los Austriacos, y Verona tambien tuvo que abrir sus puertas al vencedor de Beaulieu. Las proposiciones hechas entonces á los proveedores por el general en gefe, con el fin de establecer relaciones francas y amigables con la República francesa, habian sido eludidas por este gobierno que contaba aun con las victorias del Austria. Poco despues, las derrotas sucesivas de Wurmser y de Alvinzi mudaron totalmente, á favor de los Franceses, las disposiciones de la mayor parte de las ciudades venecianas de tierra-firme. Bérgamo y Brescia sus dos principales municípios, Milan capital de la república lombarda, y Bolonia capital de la república traspadana, se habian confederado; y, bajo la direccion de sus familias patricias, hacian causa comun con los Franceses. Esta

aristocracia habia hallado en fin y cogido la ocasion de vengarse de la larga injuria que la excluia, á título de conquista, del reparto de la soberanía con la nobleza de la capital. La tierra - firme era, con respecto á la oligarquía veneciana, lo mismo que el pais de Vaud con respecto á la oligarquía de Berna.

Desde la guerra tres facciones dividian el senado de Venecia; la una, la de los viejos senadores, formaba el partido, muy honroso sin duda, de la independendencia, que resistia igualmente el influjo de los Franceses y de los Alemanes; pero este partido no tenia valor ni prevision; estaba titubeando y las circunstancias exigian que se eligiese entre las dos potencias. La segunda, faccion enteramente austriaca, queria una neutralidad armada contra nosotros; tenia por gefe á Pésaro que, por entonces, dirigia toda la política del Estado, y por partidarios á todos los jóvenes senadores. El tercer partido nos favorecia: el proveedor Battaja, alma de este partido, proponia una alianza ofensiva y defensiva con la República francesa; esta opinion logró poco crédito en el senado. Sin embargo, era el único medio de salvacion; pero se prefirió, como se acostumbra

en los gobiernos aristocráticos, minados por la vejez, la rutina del privilegio y la vanidad del patricio al bien de la patria. Las adulaciones de los proveedores en comision para con Bonaparte, sus generales y su ejército en Brescia, Verona y Peschiera, no pudieron disimular las disposiciones del senado veneciano, que habia aguantado con una paciencia notable la entrada de Beaulieu en Peschiera y Verona, de Wurmser en Vicencia, Pádua y Básiano, antes de los Franceses. La violacion del territorio veneciano, hecho ya campo de batalla, no podia ser objeto de un pleito que se hallaba juzgado definitivamente por el hecho y por el vencedor, que habia echado de la tierra-firme á los primeros que la habian ocupado.

Pero existia, como lo hemos dicho ya, una cuestion mas difícil de resolver, y era cuestion principal. Se trataba de conquistar la paz, no sobre el territorio de Venecia, pero en Alemania sobre el camino de Viena. Esta fue la razon de estado de la campaña del Tagliamento. Con todo, esta necesidad encerraba un inmenso peligro; el de dejar tras de sí á tres millones de súbditos venecianos, despues de hallarse empuñado mas allá de las fronteras de aquella re-

pública en pos del archiduque en los Alpes alemanes. Este peligro no podia ocultarse al general que le habia previsto ya, cuando perseguia á Beaulieu. Por tanto, Bonaparte quiso tener una conferencia con el senador Pésaro, á quien ofreció la amistad de la Francia con la garantía de todos los Estados venecianos de tierra-firme, cuya mayor parte habia enarbolado ya la bandera de la independencia, en Brescia y Bérgamo particularmente. Le propuso declarar la guerra al Austria y suministrar un contingente de diez mil hombres al ejército frances. Le dió ademas el consejo, tan amigable como político, de hacer abrir el libro de oro á las grandes familias de tierra-firme. Pésaro salió, ofreciendo traer la respuesta del senado en el término de quince dias. Procuraba ganar tiempo, con la esperanza que, en este intermedio, la suerte de las armas podria favorecer al Austria. Pero Bonaparte, por su lado, aprovechó estos quince dias: pasó el Piave y batió el archiduque sobre el Tagliamento. Mientras tanto, la revolucion se efectuó en Bérgamo, Saló y Brescia. En esta última ciudad, el pueblo desarmó á la guarnicion com-

puesta de Esclavones. El proveedor Battaja habia sido arrestado y enviado á Verona. En fin, Palma-Nova, plaza muy fuerte, abrió sus puertas al vencedor, y sobre la cumbre de los Alpes nóricos, mas allá del Lisonzo, las banderas de la República francesa tremolaban sobre las murallas de Tarvis.

Al cabo de los quince dias señalados, Pésaro habia vuelto, y Bonaparte volvió á hacer las mismas proposiciones: « ¿Armais todavía? le » dijo. — Tenemos que hacerlo, contestó Pé- » saro; es menester castigar á los rebeldes de » Brescia y Bérgamo, y contener á los malé- » volos de Crema, Chiari, Verona, y á los » agitadores del mismo Venecia. — Si, replicó » Bonaparte, hay conmociones á mis espaldas » por vuestra culpa; si se insulta á las tropas, » que dejo, lo que no era un delito, mientras » estaba en Italia, vendria á serlo irremisible- » mente cuando estaré en Alemania. Vuestra » república dejaria de existir; en tal caso pro- » nunciareis su sentencia. Vencido ó vence- » dor, haré la guerra á costa vuestra. » Des- » pues de esta conferencia se separaron, Bona- » parte para seguir en sus victorias y Pésaro en

su política. En efecto, á pesar de la derrota del archiduque Carlos, el ódio del senado de Venecia fue tan ciego, que dió orden á su enviado en Viena, de concluir una alianza con el Emperador.

El gobierno austriaco manifestó tanta prisa que el de Venecia en firmar el nuevo tratado, y los generales austriacos recibieron la orden especial de fomentar sublevaciones en los países, por donde el ejército frances acababa de pasar. El general Laudon, encargado de esta nueva guerra, no ahorró proclamas ni falsas noticias; de acuerdo con Pésaro, hizo correr la voz, que los ejércitos del Rhin y de Sambre y Mosa habian sido completamente deshechos al paso del Rhin, que los Franceses se habian sepultado en el Tirol y que Joubert habia perecido con sus tropas. En vano el ministro de la República declaraba al senado de Venecia que nuestras tropas no se habian acercado al Rhin, y que Joubert habia entrado en la Carintia. La conspiracion contra los Franceses y sus partidarios, alimentada por Pésaro y sostenida por las tropas esclavonas al servicio del leon de San Marcos, se unió á los movi-

mientos fomentados por Laudon. Esta conmoción inspiró mas energía todavía á las ciudades de tierra-firme, que, siguiendo el ejemplo de Brescia, Saló y Bérgamo, habian declarado militarmente su independencia. Se unieron con mas estrechez á las ciudades de Milan, Bolonia y Módena; pero Verona, donde Pésaro ejercia mucha influencia, Pádua y Vicencia fueron elegidos para poder efectuar los planes sangrientos de la conjuración austro-veneciana.

Entretanto, Bonaparte que se hallaba en Iudenbourg, supo por la correspondencia del embajador de la República en Venecia, por el general Balland y por el general Kilmaine que mandaban, el uno en Verona y el otro en Milan, que se habia organizado una insurrección general en la tierra-firme y aun en la capital contra los Franceses y sus partidarios. En consecuencia, dió al general Kilmaine el mando de todos los Estados venecianos y despachó á su edecan Junot para Venecia con la orden de leer en medio del consejo la carta que escribia al Dux:

*Bonaparte general en jefe del ejército de Italia, al serenísimo Dux de la república de Venecia.*

Cuartel general de Iudenbourg, 20 de germinal año V (9 de abril 1799.)

« En toda la tierra-firme los súbditos venecianos estan sobre las armas. Su grito de guerra es, *mueran los Franceses*; algunos centenares de soldados del ejército de Italia han sido ya sus víctimas. En vano procurais desmentir las reuniones que vos mismo habeis preparado. ¿Creeis acaso que, habiendo podido llevar nuestras armas en el centro de Alemania, no tendré bastante fuerza para hacer respetar el primer pueblo del mundo? ¿Pensais que las legiones de Italia aguardarán los asesinatos que fomentais? La sangre de nuestros hermanos será vengada, y no hay un solo batallon frances que, en encargándole esta comision generosa, no se halle con tres veces mas valor y medios que los que se necesitan para castigaros. El senado de Venecia ha contestado con la perfidia la mas atroz á nuestra constante generosidad

» para con él. Tomo el partido de enviaros  
 » mis proposiciones por uno de mis edecanos  
 » gefe de brigada. *La guerra ó la paz.* Si no  
 » tomáis inmediatamente todas las medidas  
 » necesarias para disipar todas las reuniones;  
 » si al momento no mandais arrestar y entre-  
 » gar entre mis manos los autores de los ase-  
 » sinatos que se cometen, la guerra queda de-  
 » clarada. No teneis el Turco sobre vuestra  
 » frontera; ningun enemigo os amenaza, y sin  
 » embargo, habeis mandado arrestar con pre-  
 » meditacion algunos sacerdotes, para moti-  
 » var una sublevacion y dirigirla contra el ejér-  
 » cito. Os concedo veinte y cuatro horas para  
 » disiparla. Han pasado los tiempos de Car-  
 » los VIII. Si á pesar de la benevolencia que  
 » os ha manifestado el gobierno frances, me  
 » obligais á hacer os la guerra, no penseis que  
 » el soldado frances, imitando á los bandidos,  
 » á quienes habeis puesto las armas en la mano,  
 » vaya asolando los campos del pueblo ino-  
 » cente y desgraciado de la tierra-firme. No; le  
 » protegeré y bendecirá hasta los crímenes que  
 » habrán obligado al ejército frances á liber-  
 » tarle del yugo de vuestro gobierno tiránico.

» BONAPARTE. »

Bonaparte habia acertado en la eleccion de su embajador; Junot desempeñó su comision, el 15 de abril, con la firmeza natural de su carácter, unida á la aspereza de un soldado victorioso é irritado. Vió á sus pies á ese implacable senado de Venecia, cuya última hora iba á dar. Las intrigas de Pésaro, las mentiras de Laudon estaban descubiertas. Todos los habitantes conocian el verdadero estado de las cosas. El gobierno de los pozos y de los plomos habia perdido de repente su impenetrabilidad. Se sabia que Joubert se habia apoderado de Villach, y que, despues de una operacion brillante, estaba reunido con el ejército. Se sabia tambien que los ejércitos del Rhin y de Sambre y Mosa ocupaban siempre sus posiciones sobre el territorio de la república; que Victor, de vuelta de la guerra pontifical, estaba bloqueando á la infame ciudad de Verona; que Augereau, que habia vuelto de Paris, marchaba sobre las lagunas á la cabeza de veinte y cinco mil hombres. Se sabia por fin, que dos generales austriacos, parlamentarios en el acampamento de Bonaparte, despues de haber conseguido una suspension de hostilidades, solicitada por la orgullosa corte de



Viena, acababan de recibir credenciales para tratar las paces. El Dux contestó, el mismo día, al general en jefe con una carta en que procuraba disimular los desórdenes y los asesinatos de la tierra-firme, con la necesidad en que se habian visto los ciudadanos fieles á la República de combatir á los insurgentes. El círculo era vicioso. Con este nombre de insurgentes se designaba á los partidarios de la Francia, y el Dux enviaba dos diputados encargados de pedir á Bonaparte su auxilio, para volver á someter á la autoridad del senado las provincias sublevadas. Estas disculpas, que no podian engañar á nadie, formaban una contradiccion notable con la declaracion siguiente, contenida en la misma carta: «El senado, invariable en la resolucion de mantener la paz y la amistad que nos enlazan con la República francesa, se apresura á renovar la seguridad de sus sentimientos en las actuales circunstancias.» De manera que el orgullo de la república de Venecia no se humillaba como el de la casa de Austria delante del vencedor del archiduque. La república misma caia y pedía misericordia. Pero, ¿quién podría creerlo? al mismo momento en que el senado se mos-

traba en una actitud tan suplicante, colmaba la medida de todas las perfidias. Bonaparte se vió de repente en la precision de pronunciar la sentencia de este gobierno, tanta fue la fuerza de las circunstancias que le estrecharon y le hicieron mudar las disposiciones de la moderacion y de su prudencia. El curso de las cosas le obligó tambien á constituirse árbitro único de la paz ó de la guerra con el gabinete de Viena. En efecto, el 13 de abril, el conde de Meerweldt llegó al cuartel general de Leoben con plenos poderes para negociar y estipular los preliminares, en compañía del marques de Gallo, embajador de Nápoles en Viena. Bonaparte consintió en prolongar la suspension de hostilidades hasta el 22, con el fin de ajustar una paz definitiva. El castillo de Newald, á una legua de Leoben, fue declarado neutral, y, el 18, el general en jefe firmó los preliminares, aunque el general Clarke tuviese la autorizacion del Directorio para tratar; pero Clarke estaba entonces en Turin, y Bonaparte no tuvo por conveniente aguardarle. Algunos dias despues, Clarke llegó y halló su encargo cumplido.

Los preliminares estipulaban que un con-

greso se reuniria en Berna para la paz de Austria, y otro en una ciudad alemana para la paz del imperio germánico. Los límites del Rhin quedaban asegurados á la Francia. El Oglío separaba las posesiones austriacas de la nueva república cisalpina, compuesta de la Lombardia, de los Estados de Módena, y de los territorios de Bergamo y de Crema. Se daban las legaciones de Bolonia, de Ferrara y de la Romaña á la república de Venecia, sobre la cual la Francia tomaba un patronado de conquistadora. Se devolvió Mántua al Emperador, pero las comunicaciones aseguradas á los ejércitos franceses desde Milan á Venecia, por la orilla derecha del Pó, hacian nulas las líneas del Mincio y del Adige reservadas para el Austria, y por consiguiente la posesion de Mántua venia á ser un mero goce de vanidad para esta potencia.



## CAPITULO XI.

CORRESPONDENCIA DE BONAPARTE CON EL DIRECTORIO, DEL 16 AL 20 DE ABRIL. — FÍRMANSE LOS PRELIMINARES. — LOS FRANCESES ASESNADOS EN VERONA. — DESTRUCCION DE LA OLIGARQUÍA VENECIANA.

LA negociacion de Leoben, donde tratábamos en el centro de las posesiones de la casa imperial, hacia entrar la República en los grandes negocios de la Europa. El general que, en pie sobre los escombros de cinco ejércitos austriacos, imponia la paz tanto al Directorio como á la corte de Viena, consiguió de repente la fama mas excelsa. Su correspondencia con su gobierno da á conocer estos nuevos intereses, y lleva el sello de aquel ingenio, tan rico en creaciones, de aquel carácter nuevo, á la vez impetuoso y tranquilo, de esta pasion ilustrada para la gloria, de este espíritu vasto, lleno de invencion y de prudencia, tan activo como reflexivo, y siempre incansable; en fin de este conjunto de facultades contrarias y enérgicas que, durante un periodo de diez años, desde

greso se reuniria en Berna para la paz de Austria, y otro en una ciudad alemana para la paz del imperio germánico. Los límites del Rhin quedaban asegurados á la Francia. El Oglío separaba las posesiones austriacas de la nueva república cisalpina, compuesta de la Lombardia, de los Estados de Módena, y de los territorios de Bergamo y de Crema. Se daban las legaciones de Bolonia, de Ferrara y de la Romaña á la república de Venecia, sobre la cual la Francia tomaba un patronado de conquistadora. Se devolvió Mántua al Emperador, pero las comunicaciones aseguradas á los ejércitos franceses desde Milan á Venecia, por la orilla derecha del Pó, hacian nulas las líneas del Mincio y del Adige reservadas para el Austria, y por consiguiente la posesion de Mántua venia á ser un mero goce de vanidad para esta potencia.



## CAPITULO XI.

CORRESPONDENCIA DE BONAPARTE CON EL DIRECTORIO, DEL 16 AL 20 DE ABRIL. — FÍRMANSE LOS PRELIMINARES. — LOS FRANCESSES ASESINADOS EN VERONA. — DESTRUCCION DE LA OLIGARQUÍA VENECIANA.

LA negociacion de Leoben, donde tratábamos en el centro de las posesiones de la casa imperial, hacia entrar la República en los grandes negocios de la Europa. El general que, en pie sobre los escombros de cinco ejércitos austriacos, imponia la paz tanto al Directorio como á la corte de Viena, consiguió de repente la fama mas excelsa. Su correspondencia con su gobierno da á conocer estos nuevos intereses, y lleva el sello de aquel ingenio, tan rico en creaciones, de aquel carácter nuevo, á la vez impetuoso y tranquilo, de esta pasion ilustrada para la gloria, de este espíritu vasto, lleno de invencion y de prudencia, tan activo como reflexivo, y siempre incansable; en fin de este conjunto de facultades contrarias y enérgicas que, durante un periodo de diez años, desde

las conmociones de Córcega hasta el fin del consulado, han colocado á Bonaparte en el rango del corto número de hombres á quienes la historia y la posteridad han dado el nombre de *grande*.

El famoso parte, escrito desde Leoben al Directorio por Bonaparte, el 16 de abril, y entregado por el general Leclerc, contiene los párrafos siguientes.

« Estamos en los artículos del reconocimiento; les he dicho (á los negociadores austriacos) que la República francesa no queria ser reconocida. Se halla en Europa como el sol sobre el horizonte; tanto peor para quien no la quiere ver....

» Si no aceptan nada de todo esto (tres proyectos de preliminares) nos batiremos, y si el ejército de Sambre y Mosa se pone en movimiento el 20, podria, en los primeros dias del mes que viene, haber dado grandes golpes y hallarse sobre la Reidnitz. Tengo enfrente los mejores generales y las mejores tropas.

» Cuando se tiene gana de entrar en campaña, nada detiene, y jamas, desde que la historia nos recuerda operaciones militares,

» un rio ha podido ser un obstáculo verdadero. Si Moreau quiere pasar el Rhin lo pasará, y si lo hubiese pasado ya, nos hallaríamos en estado de poder dictar las condiciones de la paz de un modo imperioso y sin arriesgar nada: pero el que teme perder su gloria, está seguro de perderla. He pasado los Alpes julios y los Alpes nóricos sobre tres pies de hielo; he logrado hacer pasar mi artillería por unos caminos por donde nunca habia pasado carro ninguno. Nadie creia que fuese posible. Si solo hubiera tenido presentes la tranquilidad del ejército y mis intereses particulares, me hubiera detenido mas allá del Lisonzo; me he precipitado sobre la Alemania para facilitar los movimientos de los ejércitos del Rhin é impedir que el enemigo pudiese tomar la ofensiva por aquella parte. Me hallo á las puertas de Viena, y esta corte orgullosa é insolente tiene sus plenipotenciarios en mi cuartel general. Parece que los ejércitos del Rhin no tienen sangre en las venas, pues me dejan obrar solo; me veré en la precision de volver á Italia. La Europa entera juzgará la diferencia que hay entre la conducta de los

» dos ejércitos. Los del Rhin tendrán encima  
 » todas las fuerzas del emperador , que los  
 » agoviarán y será por su culpa. »

Las hostilidades no empezaron en el ejército del Sambre y Moza , mandado por el general Hoche , sino ocho horas despues de firmado el tratado de Leoben , el 18 de abril ; y en el ejército del Rhin el 21 del mismo mes , dia en que , en ausencia de Moreau , que á la sazón se hallaba en Paris , el general Desaix pasó el río en Kilstett , algunas leguas mas abajo de Strasbourg. Este hecho importante justifica el parte de Bonaparte al Directorio. Los valientes ejércitos del Rhin y del Sambre y Mosa no tenían la culpa de no haber tomado parte en las grandes operaciones del ejército de Italia. Su impaciencia sobre las armas en los acantonamientos franceses se parecia á una sedición. El Directorio solo merecia las reconvenções que Bonaparte dirigia á Moreau y á estos dos ejércitos. La Europa juzgó á los ejércitos , la Francia juzgó al Directorio y Bonaparte quedó absuelto. La noticia del armisticio detuvo al general Hoche en Francfort , donde habia entrado el 22 de abril , despues de haber vencido el general Kray en Hedders-

dorf. El mismo dia la misma noticia halló á Moreau en Offenbourg ; habia batido al general Starray y vuelto á apoderarse de Kehl. Fue en seguida de esta victoria , que costó á los Austriacos muchos prisioneros y veinte y cinco cañones sobre veinte y siete , que el furgon del general Klinglin , que contenia la correspondencia secreta de Pichegru con el príncipe de Condé , cayó en manos de Moreau ; pero éste dejó pasar cuatro meses antes de dar cuenta de esta correspondencia al gobierno ; tres años mas tarde tuvo que comparecer ante la justicia , como cómplice de traicion contra Bonaparte , con el mismo Pichegru , su amigo , cuya perfidia denunció demasiado tarde.

El parte del 19 de abril tiene otro color que el del 16 ; anuncia que los preliminares se han firmado. Este parte dió á conocer al Directorio toda la independencia de su general , y sin duda debió darle recelos sobre un porvenir que su política envidiosa , y mezquina no alcanzaba á adivinar. He aquí los principales párrafos de este documento interesante , en el que Bonaparte pinta con una mano maestra la situacion de la Francia con respecto al Em-

perador, la del ejército, y su conducta política y militar desde que se abrió la campaña. «..... Si al principio de la campaña me hubiese obstinado en ir á Turin, nunca hubiera pasado el Pó. Si me hubiera obstinado en ir á Viena, acaso hubiera comprometido á la República. En la situación de las cosas, los preliminares de paz, aunque sea con el Emperador, han venido á ser una operación militar. Quedarán como un monumento de la gloria de la República francesa y un presagio infalible de que puede en dos campañas sujetar el continente de la Europa. No he sacado contribuciones de Alemania, ni tampoco ha habido la menor queja contra nosotros; me portaré del mismo modo al retirarme; y sin preciarme de profeta, discurre que llegará un tiempo en que sacaremos partido de nuestra conducta prudente. En cuanto á mí, os pido descanso. He justificado la confianza que me habeis dispensado; y nunca he tenido consideraciones personales en todas mis operaciones. Hoy me abalanzo sobre Viena, habiendo adquirido mas gloria que la que se necesita para vivir feliz, y teniendo á mis espaldas las hermosas llanuras de la Ita-

lia, como lo hice al empezar la última campaña, buscando pan para el ejército, á quien la República no podia darlo mas. »

Este parte, y particularmente el último párrafo, manifestaba con energía la posición en que Bonaparte se colocaba con respecto al Directorio.

Y en efecto, Bonaparte, despues de haber recibido en Gratz, del marques de Gallo, los preliminares firmados por el Emperador de Austria, mandó evacuar, sin aguardar las ratificaciones del Directorio, la Estiria, y parte de la Carniola y de la Carintia. En una de estas conferencias de Gratz, el conde de Meerveldt le entregó un pliego autógrafo, por el que el Emperador le ofrecia constituir para él cuando se hiciese la paz, una soberanía de ciento y cincuenta mil almas en Alemania para él y su familia. El gabinete austriaco, que suspendia la guerra únicamente para escapar de la crisis del momento, es decir, que realmente se proponia solo concluir una suspension de armas, habia calculado cuán ventajoso le seria el quitar á la República un hombre como Bonaparte. Lograrlo le parecia lo mismo que desarmar á la Francia; así es que aquel gabinete

no volvió á empeñar la lucha con nosotros, sino cuando vió al vencedor de Italia desterrado en su conquista de Egypto. El Austria, mas tarde, no depuso las armas, sino cuando este mismo general, hecho primer cónsul, la obligó en Marengo á sancionar el tratado de Campo-Formio con el de Alejandría.

El ilustre Massena, que ocupaba el primer rango despues del general en gefe, por la parte que tuvo en todas las victorias, representó dignamente en Paris la gloria del ejército de Italia. Enviado por Bonaparte, entregó, el 9 de mayo, al Directorio, en una audiencia solemne, los preliminares de Leoben, y fue el héroe de la gran funcion nacional que el Directorio hizo celebrar en la capital con este motivo.

Entretanto, el senado de Venecia, que, el 15 de abril, protestaba tan altamente en la carta del Dux á Bonaparte de su invariable resolucion de mantener la paz, no habia desmentido la proclama publicada el 12, en todas las provincias de tierra-firme, á quienes llamaba á las armas para la defensa comun. No solo toda la poblacion se habia reunido á los regimientos esclavones y albaneses, sino que recorria

el pais, arrojando y desarmando á todos los destacamentos franceses. El dia 16, entre otros, en que salió Junot, quinientos Franceses tuvieron que valerse de la fuerza para entrar en los fuertes de Verona, cuya guarnicion desde aquel momento fue de mil novecientos hombres, sin embargo de que la ciudad estaba ocupada por dentro y por fuera, por veinte mil soldados y paisanos venecianos. Desde algunos dias se predicaba en todas las iglesias el exterminio de los Franceses, por órden del senado. La proscripcion se unió al sacrilegio, pues durante las ceremonias de la semana santa, Pésaro organizaba y armaba cuarenta mil paisanos y diez mil Esclavones para destruir á un mismo tiempo á los Franceses y á sus partidarios; y dentro de Verona, la campana que llamaba á los fieles á los oficios divinos para el segundo dia de Pascua, fue tambien la señal del asesinato de los Franceses que cayeron horrosamente asesinados por sus huéspedes, en las calles y en los hospitales. Los heridos y hasta los moribundos fueron degollados. Las guardias de las puertas fueron sorprendidas. La guarnicion, demasiado débil para intentar una salida y amenazada con un asalto general,

no podia oponer otra cosa que el fuego de los fuertes donde quedaba encerrada. Mas de cuatrocientos Franceses perecieron sin combatir. Este crimen inaudito premeditado y ejecutado, á sangre fria, recibió tambien un nombre nuevo que unió para siempre el recuerdo de la mayor atrocidad de un gobierno despótico, á la mayor solemnidad del cristianismo. Pasará á la posteridad la mas remota, bajo el nombre de *Pascuas Venecianas*, mas horroroso aun que el de *las Vísperas Sicilianas*, con el tratado de Milan del 16 de mayo siguiente en el que se insertó. A mas de este horrendo atentado, se cometieron otros iguales en la Chiusa, Castiglione, Dezensano, Chiari, Valeggio, y en las ciudades que no habian proclamado la independencia. La insurreccion se habia combinado con la marcha del cuerpo de Laudon que bajaba del Tirol, donde habia vuelto á ganar algunas posiciones á los Franceses; pero los preliminares de paz detuvieron de repente estos movimientos. Así es que, casi bajo los ojos de Laudon, ocho mil Venecianos fueron derrotados por la division de Victor que volvia de Roma, delante de Verona donde habian sido enviados para impedir la entrada de refuer-

zos franceses, mientras se ejecutaban dentro de la plaza los asesinatos preparados. Todo concurría á que se perdiese Venecia, tanto sus gefes políticos como militares. El 20 de abril, mientras el senado aguardaba con impaciencia la noticia de la rendicion de los fuertes de Verona, un buque frances, que venia á refugiarse al amparo de las baterías del Lido, perseguido por unos navíos austriacos, se vió acometido por la artillería veneciana y su capitán Laugier fue muerto á bordo. El 22, el senado dió gracias por un decreto al comandante del fuerte y concedió un premio á los marineros que habian saqueado el buque frances degollando á la tripulacion. Semejantes traiciones no podian quedar impunes; solo podia expiarlas la destruccion de la oligarquía veneciana que las habia consentido. El castigo se preparaba; los batallones de depósito iban andando; Verona se hallaba ocupada por la division de Victor, puesta bajo las órdenes del general Kilmaine, lo mismo que las tropas que Augereau y Baraguay d'Hilliers conducian hácia las lagunas.

El senado de Venecia, luego que tuvo noticia de haberse firmado los preliminares, cuyo



resultado habia sido la capitulacion de Verona, envió diputados al Directorio y al general Bonaparte, para apartar la venganza de la República francesa. Ofreció, en Paris y en Leoben, todo cuanto puede ofrecer un gobierno desesperado para salvarse. Bonaparte nada quiso oír; la sangre de las víctimas clamaba demasiado para permitir que se oyese á los asesinos. La hora fatal de Venecia habia llegado. Libre por la parte del Austria, y fuerte de la preponderancia que obtuvo de repente sobre los negocios de la Europa por el tratado de Leoben, Bonaparte no tuvo mas cuidado que el ir á castigar á Venecia por todas sus traiciones. Anuló, por un efecto de su sola autoridad, la negociacion entablada en Paris con el auxilio del oro de los oligarcas, y detuvo toda su correspondencia. El 3 de mayo, publicó en Palma-Nova un manifiesto en el que, despues de haber recordado con energía todas las sangrientas perfidias de aquella república, la declaró la guerra. Al leer este manifiesto, el senado, abandonado tambien por la corte de Viena, á quien habia suplicado en vano de hacerle comprender en la suspension de armas y en el tratado, tuvo que pronunciar

su propia disolucion y dejar el poder supremo. El terrible consejo de los Diez fue reemplazado por una mera municipalidad. Los senadores venecianos quisieron cargar la responsabilidad á Pésaro y éste al Austria, pero era demasiado tarde. El Leon de San Marcos fue derribado para siempre por Bonaparte á quien la destruccion del mas execrable poder que la oligarquía haya imaginado jamas, mereció realmente entonces el nombre glorioso de *vengador de la Italia*. El 11 de mayo, hubo una abdicacion general. Pésaro, justo objeto del ódio público, huyó con todos los nobles, y la soberanía volvió naturalmente al pueblo. Los embajadores extrangeros manifestaron tambien, con su salida precipitada, la ausencia del gobierno cerca del cual se hallaban acreditados, y el temor de verse comprendidos en el legítimo resentimiento del vencedor. Despues de cinco siglos de humillacion y de proseripcion, la democracia, que habia sido la verdadera fundadora de la potencia veneciana, volvió á sentarse sobre las ruinas de la tiranía de algunas familias patricias.

La tierra-firme se habia sublevado enteramente contra la metrópoli. Al recibir el mani-

fiesto de Bonaparte, Bérgamo, Brescia, Basano, Pádua, Vicencia, Udina, se constituyeron en república; la agonía de la república soberana duró quince días; quiso todavía parlamentar como si usase de un derecho de la guerra; tenía quince mil hombres dentro de sus murallas para la defensa de las lagunas; pero ya no se trataba de estipular para su existencia, ni suscribir á lo que el general en jefe había vuelto á pedir inutilmente á últimos de abril. Pésaro era de dictamen que se resistiese. El 1º de mayo, el gran consejo dió la autorización de tratar con Bonaparte para salvar la república. Bonaparte estaba ya en Treviso, desde donde fue á Mántua y desde allí á Milan. Los diputados supieron en Treviso que no quedaba esperanza de conciliación. Sin embargo lograron un armisticio de seis días, que puede compararse con las últimas horas de gracia que se conceden al reo sentenciado para que se prepare á morir. Bonaparte exigía el castigo de los tres inquisidores de estado y del comandante del Lido, para vengar la sangre de los Franceses y la muerte del capitán de navío Laugier. El gran consejo consintió en un principio en mudar la constitucion. El 8 consintió

igualmente en entregar la capital y mandó embarcar sus doce mil Esclavones para la Dalmacia. Los comisarios venecianos se trasladaron á Milan á donde Bonaparte pronunció, el 10 de mayo, como primera clausula del tratado, la abdicacion del gran consejo y el reconocimiento de la existencia de la soberanía en la reunion de los ciudadanos. Esto, por consiguiente, fue anterior á la resolución tomada el 12 por el gran consejo, espantado por la revolución que acababa de estallar dentro de Venecia, de adoptar un gobierno representativo provisional. El mismo dia, Baraguay d'Hilliers entró en la ciudad sobre la escuadrilla, que fue á buscarle mas allá de las lagunas, y desembarcó sobre la plaza de San Marcos en medio de las aclamaciones del pueblo. La municipalidad provisional de setenta individuos todos patricios, nombrada en virtud de la resolución del 12, fue inmediatamente reemplazada por otra enteramente democrática, que confirmó el convenio de Milan. Este gobierno singular no tenía atribucion ninguna para hacer ó ratificar tratados. Sus habitantes de tierra-firme no quisieron reconocerle ni tener relaciones con él. El presidente era el abogado Dan-

dolo, descendiente de aquel famoso Dandolo que se apoderó en Constantinopla de los caballos de Corinto, monumento que, despues de haber seguido dos veces la victoria romana en Roma y en Constantinopla, vino á ser como el Leon de San Marcos, un trofeo de la victoria francesa y fue enviado á Paris. Se quemó publicamente el libro de oro, así como la gorra ducal del Dux, y todas las insignias de la oligarquía derribada. La marina de Venecia, que constaba de doce navíos de á 64 cañones, y de otras tantas fragatas, salió para Tolon; las Islas Iónicas pasaron tambien bajo el dominio de la Francia. El general Gentili, á su vuelta de Córcega, salió sobre la escuadra veneciana cargada de batallones franceses, á plantar la bandera tricolor en Corfou. De manera que al ejército de Italia se debió tambien la conquista del Adriático. Jamas hubo posesion mas completa; pues solo quedaron en el Estado veneciano, los palacios, los antiguos súbditos y el ejército victorioso. Todos los individuos del gobierno soberano habian desaparecido, refugiándose á las provincias del Austria. La corte de Viena, que habia fomentado la insurreccion de los Venecianos, y que

acababa de sancionarla con un tratado, tenia sus motivos para negarse á incluirlos en el tratado que estaba negociando con la Francia. Desde aquel dia, Venecia ya no tuvo amigos ni enemigos; dejó de existir, y entró en el gran plan republicano de la Italia como en un depósito de donde la política habia de hacerla salir, bajo la condicion de una mera indemnizacion, concedida al aliado que la habia abandonado.

## CAPITULO XII.

BONAPARTE EN EL CUARTEL GENERAL DE MONTEBELLO. —

REVOLUCION DE GÉNOVA. — REPUBLICA LIGURIANA. —

REVOLUCION EN LA VALTELINA. — REPUBLICA CISALPINA.

(Desde 10 de mayo hasta 1º de septiembre de 1797.)

DESPUES de haber arreglado provisionalmente la suerte de Venecia, cuya existencia no podia decidirse aun, Bonaparte, desde Milan, trasladó su cuartel general á Montebello. Los grandes negocios en que se interesaba mas su propia gloria, que la confianza equívoca que hacia de él el Directorio, llamaron á esa pequeña ciudad á los ministros de Austria, del Papa, de los reyes de Nápoles y de Cerdeña, de las repúblicas de Génova y de Venecia, del duque de Parma, de los cantones Suizos, y de varios príncipes de Alemania, así como á las primeras autoridades de la república Lombarda, que por varias circunstancias de la paz del Austria y de la de Venecia, tenían que residir cerca de su fun-

dador. El castillo de Montebello se parecia á una verdadera residencia real, y tenia un aspecto mas bien de una corte que de un cuartel general. Bonaparte desde entonces habia contraido, en calidad de general en jefe, la costumbre del mando absoluto y durante el tiempo de su permanencia en Milan, Montebello y Paseriano, contrajo las de un monarca. Madama Bonaparte recordaba allí la memoria de su juventud. Rodeada de tantos personajes de las cortes extranjeras, servia los nuevos intereses, cuya defensa estaba encargada á su esposo, y sin saberlo los que preveía en el porvenir. Desde su primera entrada en Milan, habia cesado, de parte de sus compañeros de armas, la fraternidad de los campos, que buscaba como un favor cuando llegó á Niza. Aquella fue la época en que el vencedor del Austria hizo el primer aprendizaje del poder soberano. Una parte de su corte francesa, la que formaba su familia militar, estaba ya sometida; en cuanto á la otra, compuesta de generales, cuales eran Massena, Augereau, Bernardote, Serrurier, que mandaban divisiones, se mantuvo rebelde á estas nuevas costumbres, hasta el tiempo en que la revolucion,

la República y la libertad pasaron al servicio de Napoleon. Un cuerpo diplomático estaba acreditado en el hecho cerca del general, á quien no se daba otro título que el de *libertador*. Se hallaba habitualmente en presencia de la Europa, y á pesar del carácter republicano que constituía toda su posición, se dejaba llevar de una cierta afectación de magestad en su representación, en cambio de los respetos de toda clase que le tributaban diariamente los enviados de tantas potencias diferentes. Con todo, esta vida de palacio tan agena de la ociosidad, tuvo una parte verdaderamente grande por la gravedad de las operaciones de alta política, que mudaron por algun tiempo la faz de la Italia.

La primera fue la revolucion que dió á la república de Génova el nombre de república liguriana. En esta circunstancia tambien un Doria proporcionó la libertad. La caída de la oligarquía de Venecia sirvió de señal. Felipe Doria empezó el movimiento el 22 de mayo, á la cabeza de doce mil obreros que pidieron la abolicion del gobierno aristocrático. Los inquisidores de estado, prontos á repeler los patriotas por los mismos medios, les opusieron

los carboneros y los ganapanes. El suceso, incierto al principio, se decidió á favor de la aristocracia, y grandes excesos, de cuyas resultas algunos Franceses perecieron, señalaron el furor de estos dos populachos. La vecindad quedó neutral; pero la tocaba consumir una revolucion que debia libertarla del yugo de los nobles. Luego que el general en jefe supo que la sangre francesa habia sido derramada en Génova, despachó á su edecan Lavalette con la comision de exigir la libertad de todos los Franceses, á quienes la inquisicion de estado habia mandado prender, bajo el pretexto de Jacobinismo; pidió igualmente que se desarmase á los carboneros y al populacho, y que se prendiese á los inquisidores de estado. Lavalette llegó el 29 de mayo y se presentó al senado, que mandó poner en libertad á los Franceses; la vecindad, viéndose sostenida por el *gran libertador*, despertó y pidió igualmente la prision de los satélites de la oligarquía. Por la tarde, cuatro mil fusiles volvieron á la armería. La vecindad tenia la mayoría en el pequeño consejo, y luego se supo que una division francesa habia entrado en Tortona. Mientras tanto, el senado, no dando

la entera satisfaccion que se le habia pedido , el ministro de la República hizo ademanes de salir de Génova; pero el senado, viendo que pedia sus pasaportes , volvió sobre sí, mandó desarmar completamente á los carboneros , prendió á los tres inquisidores , y envió una diputacion á Montebello , compuesta del Dux Cambiaso y de los senadores Serra y Carbonari. Esta embajada produjo el 6 de junio el convenio de Montebello , que pronunció la destruccion del gobierno oligárquico , y el establecimiento de una democracia. Esta constitucion habia de presentarse á la sancion popular el 14 de setiembre siguiente.

El 13 de junio , la Valtelina , cuya proximidad , idioma y religion la unian al Milanes, del que habia sido separada en el siglo XVI , impaciente de aguantar por mas tiempo el yugo de las ligas grisonas , proclamó su independencia. El ejemplo dado por la tierra-firme de Venecia , y por las nuevas democracias de la Italia , era contagioso para los habitantes de la Valtelina. Por un abuso singular del poder en una república federativa como la república helvética , el pais de Vaud era vasallo del canton de Berna. El Valais bajo lo era del

Valais alto , y la Valtelina de las ligas grisonas. Estas tiranías republicanas iban á desaparecer. Los Valtelinos se sublevaron en el mes de mayo , y siguiendo la marcha comun , enviaron diputados al gran regulador de las democracias ; otro tanto hicieron los Grisones por su parte ; de manera que el general Bonaparte se halló expuesto , repentinamente , á ser árbitro en una discusion que tocaba los intereses fundamentales de la union helvética. La política de la Francia , y la prudencia de su general debian pues necesariamente titubear , antes de tomar en consideracion semejante pleito ; pero se descubrió en los archivos de Milan , que por el tratado de cesion de la Valtelina á los Grisones , el gobierno lombardo quedaba con el derecho de garantía á favor de aquella. En consecuencia , Bonaparte aceptó la mediacion y propuso hacer con la Valtelina una cuarta liga grisona , á lo que se negaron las otras tres. Algunos meses despues ( 10 de octubre ) Bonaparte llamó á los diputados de los Grisones y de la Valtelina ; pero los primeros , habiéndose desdeñado de concurrir á la junta , fueron sentenciados por contumacia , y un juicio celebrado en

Montebello , autorizó la reunion de la Valte-  
lina á la república cisalpina.

El 9 de julio , fue proclamada la nueva re-  
pública cisalpina , compuesta de la Cispadana  
y de la Transpadana , es á decir : de la Lom-  
bardia austriaca , del territorio de Bergamo y  
del de Mántua , uniéndosele el, 24 del mismo  
mes, la Romaña cedida por el tratado de To-  
lentino. La Romaña habia declarado su inde-  
pendencia bajo el nombre poco conocido de  
*República Emilia*. La Cispadana, que contenia  
varias capitales de antiguos Estados , entre  
ellas Bolonia , Módena , Reggio y Ferrara ,  
se hallaba por lo mismo mas sujeta al influjo  
del espíritu aristocrático , y tenia repugnancia  
en confundirse con la Transpadana; pero es-  
tos pequeños intereses de supremacías pasadas  
no pudieron sostenerse delante de la esperanza  
que Bonaparte dió á estas ciudades , con el  
proyecto de reorganizacion de la gran fami-  
lia italiana. El patriotismo triunfó de todas  
las oposiciones de la nobleza y del clero. La  
Cisalpina recibió la constitucion francesa; el  
14 de julio , Bonaparte nombró los cinco di-  
rectores , y treinta mil guardias nacionales ,  
diputados por los diez departamentos de aque-

lla república , juraron una fraternidad reci-  
proca sobre los altares de la libertad. Por  
el tratado de Campo-Formio , esta república  
debía aumentarse aun con la tierra-firme ve-  
neciana , situada sobre la orilla izquierda del  
Adige , y representar cerca de cuatro mi-  
llones de Italianos libres , cuyas miradas se  
dirigian sobre Roma , capital de la madre  
patria. Roma tambien dirigia entonces sus  
miradas sobre la nueva república ; pero  
era la Roma papal que no quiso reconocerla.  
Excitada , debajo de mano , por la corte  
de Nápoles , que parecia no querer confor-  
marse con el convenio de 10 de octubre de  
1796 , la Santa Sede , á pesar de la experien-  
cia hecha en Ancona con el general Colli ,  
pedia todavía otro general al Austria. La corte  
de Viena le envió Provera , dos veces pri-  
sionero en esta guerra , pero el Vaticano solo  
logró ridiculizarse con esta segunda bravata;  
en cuanto á Provera , su campaña se redujo  
á permanecer por algun tiempo en Roma.  
La Cisalpina , soberbia como una república  
que acababa de constituirse , pidió razon al  
Papa de sus dilaciones , y con la esperanza de  
apoderarse de algunas de sus provincias , le

declaró la guerra. El Sumo Pontífice, no teniendo ya que esperar socorros de parte del Austria, porque estaba tratando con la Francia, ni del lado de Bonaparte, porque estaba justamente resentido de estas nuevas hostilidades, ni en fin de Nápoles, que por su conducta y sus pretensiones daba motivos fundados de sospecha al libertador de la Italia, tuvo que acogerse á la humildad cristiana, y dar á la Cisalpina todas cuantas satisfacciones quiso exigir. Esta hermosísima creacion de la república cisalpina, cuyas fronteras se extendian desde los Alpes helvéticos, hasta el Apenino romano, hubiera precisamente envuelto á la Italia entera, si, algunos años mas tarde, el genio monárquico no hubiese destronado el genio republicano, vuelto á establecer reinos sobre las ruinas de unas repúblicas que ya estaban florecientes, y destruido, en fin, las esperanzas y las necesidades de las naciones, restableciendo instituciones despóticas, cuya caída, consagrada por la gloria nacional, era enteramente la obra de la revolucion francesa. En el momento en que escribimos estos renglones, la Italia, apretada entre el

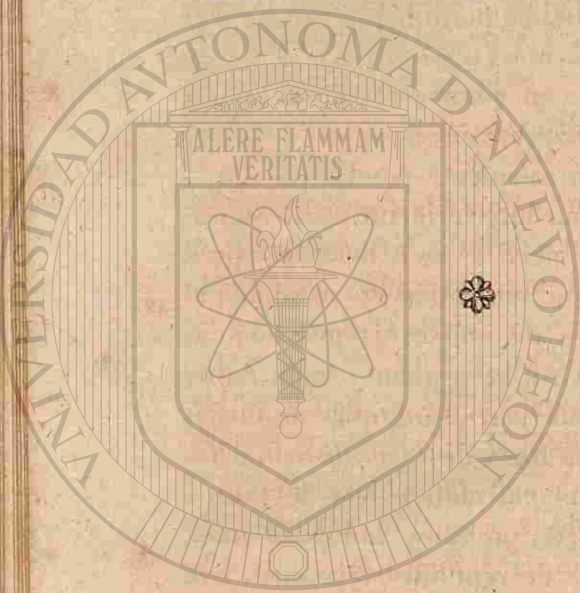
despotismo de Viena y el de Roma, echa sin duda una mirada dolorosa sobre tales recuerdos, comparándolos con la doble esclavitud, bajo la cual ha perdido hasta su nombre de nacion.

Tales fueron, en suma, los intereses que ocuparon á Bonaparte en su corte de Montebello, distraido solamente por las inquietudes que agitaban interiormente á la Francia, y que cundian poco á poco en su ejército. Acaso tambien se aumentaba en su imaginacion, el peligro de una crisis próxima, al ver que el Austria se negaba á ratificar el convenio, firmado con el marques de Gallo, que contenia las bases de una paz definitiva. Este fue el principal motivo que le indujo á crear un Estado poderoso independiente, bajo el nombre de república cisalpina, con el fin de tener siempre á la mano un auxiliar que oponer al Austria, en caso de rompimiento. Con el mismo objeto, habia solicitado con fuerza para que el Directorio ratificase el tratado de Turin de 5 de abril.

En los cuatro meses que Bonaparte permaneció en Montebello, allanó todas las dificultades políticas de su posicion en Italia,



fundando estados y firmando tratados, cuando de repente toda su atencion fue llamada á los negocios interiores de la Francia.

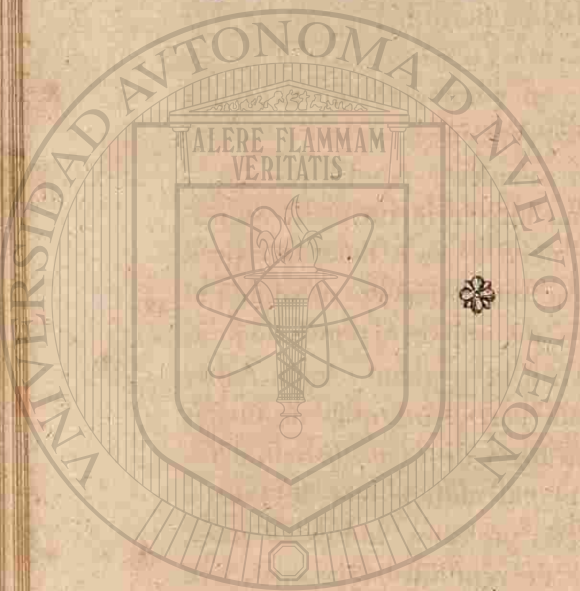


## CAPITULO XIII.

CONSPIRACIONES REALISTAS.—JORNADAS DEL 18 Y 19 FRUCTIDOR.—ROMPIMIENTO DE LAS NEGOCIACIONES DE LILA CON LA INGLATERRA.—PAZ DE CAMPO-FORMIO.—EL GENERAL BONAPARTE SALE PARA RASTADT.

El Directorio imponia la forma de su gobierno á los Estados de Italia, y Bonaparte, para unir aun mas la nueva república cisalpina al sistema de la Francia, señaló el dia 14 de julio para celebrar la solemne federacion que habia de sancionar su establecimiento. Pero tampoco se olvidó de celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla y de la primera federacion francesa. Se valió de la ocasion de aquella gran funcion, para enterar militarmente á sus soldados de las agitaciones políticas que existian en la capital, y, movido del deseo de confundir las dos federaciones en unos mismos sentimientos, eligió este dia para entregar las banderas á las tropas de ambas naciones. Estaban formadas en cuadro alrededor de una pirámide, en la que se leian los nombres de los guerreros muertos en los campos de batalla. Fue en

fundando estados y firmando tratados, cuando de repente toda su atención fue llamada á los negocios interiores de la Francia.



### CAPITULO XIII.

CONSPIRACIONES REALISTAS.—JORNADAS DEL 18 Y 19 FRUCTIDOR.—ROMPIMIENTO DE LAS NEGOCIACIONES DE LILA CON LA INGLATERRA.—PAZ DE CAMPO-FORMIO.—EL GENERAL BONAPARTE SALE PARA RASTADT.

El Directorio imponía la forma de su gobierno á los Estados de Italia, y Bonaparte, para unir aun mas la nueva república cisalpina al sistema de la Francia, señaló el día 14 de julio para celebrar la solemne federación que había de sancionar su establecimiento. Pero tampoco se olvidó de celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla y de la primera federación francesa. Se valió de la ocasión de aquella gran función, para enterar militarmente á sus soldados de las agitaciones políticas que existían en la capital, y, movido del deseo de confundir las dos federaciones en unos mismos sentimientos, eligió este día para entregar las banderas á las tropas de ambas naciones. Estaban formadas en cuadro alrededor de una pirámide, en la que se leían los nombres de los guerreros muertos en los campos de batalla. Fue en

aquella ocasion que, al pasar por delante de los carabineros de la 11.<sup>a</sup> media brigada ligera, Bonaparte les dijo: *Valientes carabineros valeis por tres mil hombres.* En llegando á la 13.<sup>a</sup> que formaba la guarnicion del castillo de Verona: *Veis, les dijo, los nombres de vuestros camaradas asesinados bajo vuestros ojos en Verona; pero sus manes han quedado satisfechos; los tiranos han perecido con la tiranía.* Despues de haber hablado á los *Cisalpinos* el general en gefe dijo á los soldados franceses:

« SOLDADOS!

» Hoy celebramos el aniversario del 14 de  
 » julio; veis delante de vosotros los nombres  
 » de vuestros compañeros muertos en el campo  
 » del honor por la libertad de la patria. Oshan  
 » dado el ejemplo. Todo cuanto podeis, todas  
 » vuestras facultades, todo lo debeis á la Re-  
 » pública, á la felicidad de treinta millones  
 » de Franceses, y á la gloria de este hermoso  
 » nombre, cuya ilustracion se ha aumentado  
 » con vuestras victorias.

» Soldados! Sé que os hallais profundamente  
 » conmovidos por las calamidades que ame-  
 » nazan á la patria; pero los peligros de la

» patria no pueden ser verdaderos; los mismos  
 » hombres que la han hecho triunfar de la  
 » Europa coligada estan aquí. Estais separa-  
 » dos de la Francia por los Alpes; los pasareis  
 » con la rapidez del águila, si es necesario,  
 » para mantener la constitucion, defender la  
 » libertad, proteger al gobierno y á los repu-  
 » blicanos.

» Soldados! El gobierno está celando sobre  
 » el depósito de las leyes que se le ha encar-  
 » gado. Los realistas, con solo dejarse ver, ha-  
 » brán cesado de vivir. No temais, y juremos  
 » por los héroes muertos á nuestro lado por la  
 » libertad, juremos sobre nuestras nuevas ban-  
 » deras guerra implacable á los enemigos de la  
 » República y de la constitucion del año III.»

Tal fue el modo con que Bonaparte hizo entrar el ejército en los intereses políticos de la patria; este fue el primer paso hácia el gobierno militar: en medio del entusiasmo causado por esta proclama, se votaron y se firmaron por divisiones, representaciones enérgicas al Directorio y á los consejos. La centella eléctrica se comunicó con la rapidez del relámpago á los ejércitos del Rhin y de Sambre y Mosa. Hoche se atrevió á pasar los lí-

mites establecidos por el artículo 69 de la constitucion de 1795, con una division que se dirigia á Paris; pero el consejo de los quinientos pudo detenerla en su marcha. Desde aquel momento, el ejército fue un poder del Estado, y Bonaparte un soberano en el ejército.

El Directorio formaba el punto de mira de las tres conspiraciones, que, durante todo el tiempo de su existencia, no han cesado de luchar contra su autoridad; la primera era la de los jacobinos de 1793; la segunda la de los realistas; y la tercera, nacida de las cenizas de los Girondinos, se componia de los filósofos políticos de Clichy; ésta pretendia conservar el arca santa de la libertad, establecida por la Asamblea legislativa. Con el nuevo tercio, se habian introducido en los dos consejos enemigos legales del Directorio. Pichegru, cuyas traiciones nadie sabia, excepto Moreau, habia sido aclamado presidente de los quinientos y dirigia la faccion contrarrevolucionaria. Los generales Willot y Lajolais, cómplices de Pichegru, habian sido nombrados diputados. Los convencionales, cuando dispusieron su propia disolucion, habian cometido la falta

de no reclutarse entre ellos mismos. La division reinaba en el mismo Directorio, en donde Barthelemy acababa de entrar como reemplazante de Letourneur. Las tribunas del cuerpo legislativo y los diarios no cesaban ni un momento de atacar al gobierno y de preparar los espíritus á una gran mudanza, poniendo audazmente pleito á la revolucion. Los oradores y los escritores estaban pagados por la Inglaterra. La conspiracion de Duverne de Presle, Brottier y La Ville-Heurnois, comprimida en el mes de abril anterior, habia proporcionado revelaciones importantes; éstas se comprobaron por las confesiones que D'Antraigues, ministro del pretendiente en Venecia, hizo á Bonaparte, á quien debia la libertad y la vida. Los realistas se portaron con imprudencia en sus hostilidades; atacaron á la vez al Directorio, á la revolucion y á Bonaparte, cuyos enemigos procuraron calumniar hasta sus gloriosas hazañas, con lo que ultrajaron al ejército frances triunfante, cuyo pundonor es tan irritable. Se ha visto con que oportunidad Bonaparte, valiéndose del resentimiento que semejante ingratitude inspiraba á sus soldados, les habia dado la actitud de una

potencia que estaba aguardando sus órdenes para ir á Paris á vengar la libertad y la victoria, ultrajadas por los mismos mandatarios. Sin embargo, no fue con sola la intencion de salvarle que hizo declarar su ejército á favor del Directorio; queria sobre todo combatir la contrarrevolucion, cuya conspiracion fraguada por el gabinete británico, detenia aun, á pesar de los preliminares de Leoben, el gabinete austriaco en unas dilaciones, mas que sospechosas, para la conclusion de la paz. La repugnancia que manifestaba M. de Thugut en firmar las bases convenidas en Montebello entre Bonaparte y el marques de Gallo, no tenia otro objeto ni otro motivo. En efecto, Augereau en su carta de Paris de 16 de agosto, decia al general en jefe: « El elector de Hesse » escribe confidencialmente á su sobrino, que » el Emperador no firmará la paz, porque » parece que no conviene á M. de Clichy, y » porque cree tener el mayor influjo sobre la » capital y los dos consejos.

En tales circunstancias, era natural que se hiciesen proposiciones al que ocupaba entonces todas las voces de la Fama, y que se le instara para que viniese á reemplazar un poder, cuya

caida parecia próxima. Estas instancias y los deseos que expresaban, admitidos acaso un instante, no quedaron enteramente ignorados del director Carnot, cuya carta del 17 de agosto al general Bonaparte acababa así: « Se os suponen mil proyectos mas absurdos » unos que otros. No se quiere creer que un » hombre, que ha hecho cosas tan grandes, » pueda reducirse á vivir como mero ciudano. En cuanto á mí, soy de dictámen que » no hay sino Bonaparte, mero ciudadano, que » pueda representar á Bonaparte con toda » su grandeza.» No se puede asegurar que este último hubiese hallado su seguridad en una condicion privada. Con todo, conoció que era preciso ser el héroe de la Francia entera, y no gefe de una faccion para intentar semejante empresa. Sin duda, tambien, quiso dejar á los gobernantes toda la odiosidad de una revolucion contra la representacion nacional, con el fin de desacreditarlos mas. Por otra parte, juzgó que el Directorio, bien que despreciado por todos los partidos, constituia un poder legal, al paso que él no podia ser otra cosa que un usurpador armado, y responsable de la sedicion militar fomen-

tada por él. En fin , tuvo razon en no contemplarse, por entonces , bastante fuerte para atacar al gobierno con suceso.

El Directorio habia pedido un general á Bonaparte ; envió á Augereau , republicano exaltado , hombre de ejecucion ; aprovechaba con gusto la ocasion de deshacerse de él. Con la llegada de Augereau , el general Hoche , á quien el Directorio habia llamado secretamente en sus apuros , y que los consejos acababan de hacer salir de Paris , fue separado del teatro de los negocios. Hoche era gran político y gran militar , deseoso de gloria , jóven y adorado de las tropas. Entre todos los generales de aquella época , era con respecto á Bonaparte , el competidor de mas peligro. La sed del poder podia ser comun entre unos hombres , á quienes se les habia proclamado tantas veces como los salvadores de la patria. Se acercaban los tiempos en que el ejemplo de César fue mas contagioso que el de Bruto. Pero la hora de la ambicion no habia dado aun , y probablemente fue con el motivo de disipar las sospechas del Directorio , y para indicarle un medio honroso de deshacerse del que escribia desde Milan el

16 de agosto : « No tardaremos en conocer » que para destruir verdaderamente á la Inglaterra , es preciso que nos apoderemos de » Egipto. »

Bonaparte no tenia nada que recelar de parte del general Augereau , cuya nulidad política conocia perfectamente. Le encargó hacer presente al Directorio su adhesion y la de su ejército , á todas las medidas que tuviese á bien adoptar para su conservacion. Augereau tomó el mando de la 17<sup>a</sup> division militar y reunió así bajo sus órdenes todas las tropas comprehendidas en los límites constitucionales. El 18 fructidor ( 4 de septiembre ) la mayoría del Directorio , compuesta de Barras , La Reveillere-Lepaux y Rewbell , dió el golpe de estado que meditaba dos meses hacia. Sus colegas fueron los primeros proscritos ; pero Carnot , habiendo tenido aviso , pudo salvarse á Ginebra. Barthelemy solo fue arrestado. Fueron reemplazados inmediatamente , por Merlin de Douai y por François de Neuf-Château. En aquel mismo instante , Augereau , que se habia apoderado militarmente , durante la noche , de la sala de los consejos , disponia el arresto de los generales Pichegru

y Willot, de cincuenta de los mas honrados individuos de los ancianos y de los quinientos y de ciento y cincuenta otros, casi todos escritores políticos ó diaristas. En seguida, la legislatura reunida recibió, de parte de los tres directores, un mensaje relativo al descubrimiento de la conspiracion contra la República, con la comunicacion de los papeles cogidos por el general Bonaparte en manos de D'Antraigues y las declaraciones de Duverne de Presle. Tal fue la jornada del 18; el día siguiente fue digno de la mas odiosa tiranía. En nombre de la libertad, y en presencia de las leyes de la República, el triunvirato de Barras, Rewbell y La Reveillere, se atrevió á sentenciar sin ninguna formalidad al horrendo suplicio del destierro, en los pantanos pestilenciales de Sinnamary, á los directores Barthelemy y Carnot, cuyo extrañamiento hubiera debido ser decretado por un juicio formal de los dos consejos. Este triunvirato, á quien no arredró la fria crueldad de imponer el mismo castigo á unos ciudadanos, cuales eran: Portalis, Tronçon-Ducoudray, Dumolard, Muraire, Barbé Marbois, Benezech, Pastoret, Simeon, los generales Dumas, Villaret-Joyeuse, ect., se sometió desde aquel

momento á la justicia del ejército, á quien hacia cómplice de su golpe de estado. Bien sabia que sacrificaba la libertad á su propia salvacion, diezmando así á la representacion nacional; pero debia pensar tambien que, con este acto de violencia inaudita, aun en los anales de la Convencion, estaba dando una prenda contra sí mismo y contra la República, al primer ambicioso que tendria el apoyo de los soldados. El 18 fructidor fue mas que el precursor del 18 brumaire; sirvió de ejemplo y de pretexto plausible.

Pero los acontecimientos de la jornada de fructidor tuvieron todavía mas resultados. El Directorio, demasiado débil para mostrarse terrible ó moderado, adoptó un término medio con el cual no supo inspirar temor ni respeto á los partidos; por una parte la resurreccion de las leyes revolucionarias indignó á la masa de los ciudadanos sin satisfacer á los hombres que las votaron. Los veteranos de la República despreciaron con fundamento unos gefes que querian valerse de instrumentos demasiado pesados para sus brazos; se acordaban de que el imperio espantoso de la Convencion no hubiera podido existir ni un solo día sin na-

cionalidad. Los directores calcularon el establecimiento de un nuevo terror, manchado con la sangre de unos pocos emigrados. Creyeron haber salvado la patria, negando á los laureles de Bernardotte la vida de M. D'Amber, su primer coronel. Por otra parte, franquearon el palacio del Luxemburgo á unos favoritos de todas las opiniones, á unos especuladores empresarios y á hombres disolutos. *Todo lo cual*, dice Napoleon, *formaba cinco pequeñas cortes caseras, situadas al lado una de otra, y agitadas por las pasiones de las mugeres, niños y criados.* Sin embargo, la corte de Barras se distinguia de las demas; se parecia á la regencia en miniatura, menos el regente. El Directorio, desde su origen hasta su caida, fue el bajo imperio de la República; pero detras de este bajo imperio se ocultaba un César.

El fatal espíritu de fructidor influyó igualmente sobre una cosa, que, por su naturaleza y su gravedad, debería hallarse al abrigo de las pasiones de todos los gobernantes. Desde el mes de octubre del año anterior, el gabinete de San James, cansado de una guerra demasiado costosa, se habia decidido á tratar. Lord Mal-

mesbury, que habia venido en clase de plenipotenciario, pidió la retrocesion de la Bélgica al Austria; las conferencias, rotas entonces, habian vuelto á entablarse con motivo de los preliminares de Leoben, en que el Austria renunciaba sus derechos sobre la Bélgica. Lord Malmesbury negociaba en Lila con Letourneur, Pleville-le-Peley y Maret, que fue despues duque de Basano. Éste se habia grangeado en 1792, en su mision de Londres, una consideracion que no habia sido olvidada. Habia trabajado abiertamente para mantener la paz y salvar al rey. Maret, encargado de corresponder con el general Clarke, plenipotenciario en Italia para la paz del Austria, habia logrado concluir la de Lila, cuando el 18<sup>o</sup> fructidor vino de repente á trastornar el sistema del gobierno, al momento en que iba á hacerse el pacificador de la Europa entera en Lila y en Milan. El Directorio hubiera vuelto á tomar las armas contra el Austria, si hubiera podido mandar á su general de Italia como á su ministro en Lila. Llamó á Maret y dejó á Treilhard y á Bonnier el encargo del rompimiento. En efecto, recibieron la órden de pedir que la Inglaterra restituyese todas sus conquistas



sobre la Francia, la España y la Holanda sin compensacion, y dieron al embajador ingles veinte y cuatro horas para contestar, tratándole como á un general obligado á capitular. Lord Malesbury salió de Lila el 17 de septiembre, haciendo aguardar hasta el 5 de octubre su respuesta negativa á los embajadores franceses, dirigiéndosela desde Londres. De manera que la victoria del 18 fructidor vino á ser el manifiesto de la guerra con toda la Europa. El Directorio sacrificó el porvenir de la Francia al orgullo criminal de arreglar sus destinos, así al exterior como en el interior. Pero, pocos dias despues de la nueva revolucion, este gobierno, tan severo, se vió atajado por su propio triunfo; se halló como reducido á sus solas fuerzas en medio de algunos satélites, á quienes no podia dispensar ninguna consideracion y que tampoco le proporcionaban crédito ninguno. Se quedó colocado entre la venganza, hecha elgítima, del gabinete de San James, y el descontento de su general del ejército de Italia, quien pudo preveer todas las dificultades, que resultaban de este rompimiento, con respecto á sus negociaciones con la casa de Austria; en fin entre las justas recriminacio-

nes que le dirigió este mismo general, por las proscripciones del 19 fructidor, y el ódio de los ciudadanos, resentidos de la violacion de la representacion nacional, y de las mismas jornadas de fructidor. Sin embargo, el gobierno hubiera podido hacerlas igualmente memorables con ejercer una justicia recta. Le hubiera bastado aplicar la ley á los conspiradores y á los demas ciudadanos, á quienes sentenció sin oirlos. Las disposiciones legales sobran para castigar todos los delitos contra el Estado y para satisfacer todos los resentimientos. Una carta escrita por el general Moreau al Director Barthelemy, cayó entre las manos de los otros directores; esta carta denunciaba una conspiracion, antigua ya, que les importaba poner ante la justicia; y acaso sus ramificaciones hubieran conducido al pie de los tribunales, á muchos reos en compañía de Pichegru, su gefe.

En efecto, los documentos hallados en el furgon de Klinglin hubieran podido comprometer á Moreau. Este general estuvo, en una época anterior á las relaciones misteriosas de Pichegru con el príncipe de Condé, metido en una correspondencia de un órden mas elevado,

cuyo objeto era la restauracion de la familia real. Se descubrió en los papeles de Klinglin, un plan de contrarrevolucion, cuya ejecucion estaba encargada á la direccion de Pichegru, por el intermedio del conde de Mongaillard, y de Fauche Borel, impresor de Neufchâtel, y con el auxilio de las guineas inglesas. Esta maquinacion habia empezado en el año 1795. Se trataba de devolver á Luis XVIII el trono de sus mayores. El príncipe ofrecia á Pichegru el baston de mariscal de Francia y el gobierno de Alsacia, sin duda con el fin de consagrar la traicion con el nombre del departamento, en el que se hallaba el ejército del Rhin, mandado por el general. Se le daba ademas la gran banda encarnada, el castillo de Chambord, que se da en todas las ocasiones, doce cañones cogidos á los Austriacos; un millon en dinero, doscientos mil francos de renta y una gran casa en Paris; la villa de Arbois, en donde habia nacido Pichegru, debia tomar su nombre, etc. El príncipe de Condé habia confirmado por una carta escrita de su propio puño, todas estas promesas; pero exigia que Pichegru proclamase al rey en Huninga; Pichegru se habia negado á ello diciendo: « No haré nada

» que no sea completo; no quiero ser el tercer  
 » tomo de la historia de Lafayette y de Du-  
 » mouriez; conozco mis medios, son tan segu-  
 » ros como vastos; tienen sus raices, no solo en  
 » mi ejército, sino tambien en Paris, en la Con-  
 » vencion, en los departamentos y en los gene-  
 » rales, mis compañeros, que piensan como  
 » yo..... El plan del príncipe no vale nada, se  
 » le echaria de Huninga en cuatro dias, y yo  
 » me perderia dentro de quince..... Ofrezco  
 » pasar el Rhin en el punto que se me señale.  
 » Pondré antes oficiales seguros en las plazas.  
 » Luego que me halle al otro lado del Rhin,  
 » proclamo al rey, enarbolo la bandera blanca,  
 » el cuerpo de Condé y el ejército del empera-  
 » dor se reunen á nosotros y todos juntos mar-  
 » chamos sobre Paris á donde llegamos en ca-  
 » toree dias. » Tales fueron las proposiciones  
 de Pichegru. El príncipe de Condé se mostró  
 mejor Frances negándose á admitir la coope-  
 racion de los Austriacos.

Wickam, ministro de Inglaterra en Suiza, ofreció doce millones; Pichegru, denunciado al Directorio, salió para Paris con 900 luises que Wickam le envió. El gobierno no se atrevió á desatar los hilos de una intriga, en la

que Pichegru se hallaba implicado. Se contentó con nombrarle embajador cerca de la corte de Suecia; volvió con licencia á pasar un mes al ejército del Rhin, cuyo mando acababa de recibir Moreau. Allí Pichegru, abandonando su primer proyecto, aconsejó al príncipe de Condé el que procurase inducir á los Austriacos á romper el armisticio y á atacar con vigor á los Franceses, que serian batidos, en cuyo caso no dudaba de que el Directorio le volveria á dar el mando. Tambien advertia que el general austriaco declarase no querer tratar sino con él, y Pichegru habia reusado la embajada de Suecia, con el fin de poder ocuparse exclusivamente y con mas libertad en el nuevo plan de conspiracion. Pero los Austriacos, habiendo sido constantemente batidos, Pichegru se vió en la precision de replegarse sobre su influencia política en el interior y de buscar un asilo en la representacion nacional.

Entretanto, Moreau, en cuyo poder estaban las pruebas escritas de las inteligencias de Pichegru con el príncipe de Condé y con el inglés Wickam para hacer la contrarrevolucion en Francia, habia sacrificado su honor, y las

obligaciones á su amistad para el pérfido; y un mes mas tarde, el 20 de mayo, Pichegru y su cómplice el general Willot, denunciado al Directorio por Bonaparte, desde su llegada á Niza, habian entrado en el cuerpo legislativo, como se ha visto antes. De manera que Moreau, obligado ya por su juramento de general en jefe, de vigilar sobre la patria, habia incurrido ademas en la responsabilidad de dejar sentar en medio de los legisladores de la República á un hombre que sabia ser un traidor como general y como ciudadano. Y en efecto, tres meses despues de la eleccion de Pichegru, en los primeros dias de fructidor, habiéndose notado síntomas contrarrevolucionarios en la capital y en los consejos, estas inquietudes llegaron hasta Estrasburgo, cuartel general de Moreau. Entonces varios oficiales, á quienes habia encargado el descifrar los documentos del furgon de Klinglin, y que no tenian parte en los secretos de su gefe, manifestaron la resolution de denunciar al Directorio la correspondencia de Pichegru con el enemigo. Moreau, receloso de su propio silencio y de los discursos del cuartel general, y temeroso de que alguno se le adelantase, dando parte al go-

bierno, se decidió á escribir á Barthelemy, antes embajador en Suiza y último director nombrado. La fecha de la carta de Moreau prueba que no la escribió sino cuando no pudo excusarse mas de dar este paso.

*El general en gefe del ejército del Rhin al director Barthelemy.*

Estrasburgo, 17 fructidor, año V.

« CIUDADANO DIRECTOR ,

» Seguramente os acordareis que en mi último viage á Basilea, os di parte de que, al pasar el Rhin, cogimos un furgon al general Klinglin, en el que se hallaron doscientas á trescientas cartas de su correspondencia; entre ellas las de Wetterbach, pero eran las de menos importancia. Varias cartas están escritas en cifra; pero hemos hallado la llave y se estan descifrando, lo que es muy largo. Nadie está llamado por su nombre, de manera que muchos Franceses que corresponden con Klinglin, Condé, Wickam, d'Enghien y otros se descubrirán con dificultad; sin embargo tenemos tales indicaciones que ya conocemos á varios de entre ellos. Pen-

» saba no dar publicidad ninguna á esta correspondencia, por la probabilidad de la paz, después de la que no habia peligro para la República, y por otra parte no se podia probar nada á nadie, pues ningun individuo se halla nombrado. Pero, viendo á la cabeza de los partidos que en el dia hacen tanto daño á nuestro pais, y colocado en un puesto eminente, á un hombre muy comprometido en esta correspondencia y destinado á hacer un gran papel en la restauracion del pretendiente que es su objeto, he tenido por conveniente daros parte de este descubrimiento, con el fin de que no os dejéis alucinar por su republicanismo fingido; y para que hagáis vigilar su conducta y sus pasos, y os opongais á los golpes funestos que puede dar á nuestro pais, supuesto que el objeto que se propone no puede ser otro que la guerra civil.

» Os confieso, ciudadano director, que me es muy penoso haceros conocer semejante traicion, pues el que os estoy señalando ha sido mi amigo y lo seria aun sin duda, si no hubiera descubierto su delito. Quiero hablar del representante del pueblo Pichegru, que

» ha sido bastante prudente por no escribir  
 » nada. Comunicaba verbalmente con los que  
 » estaban encargados de la correspondencia;  
 » éstos daban parte de sus proyectos y llevaban  
 » sus respuestas. Está designado con varios  
 » nombres, entre otros con el de *Bautista*; se  
 » valia de un gefe de brigada llamado Radou-  
 » ville, el que lleva el nombre de *Coco* en la  
 » correspondencia; este era uno de los correos,  
 » de quienes él y sus corresponsales se valian.  
 » Es regular que le hayais visto frecuente-  
 » mente en Basilea. Debia hacerse un gran mo-  
 » vimiento á principios del año IV. Se con-  
 » taba con las desgracias del ejército, el que,  
 » descontento con haber sido batido, hubiera  
 » vuelto á pedir á su antiguo gefe, *quien en-*  
 » *tonces hubiera obrado segun las instruccio-*  
 » *nes que le hubiesen sido comunicadas. Ha*  
 » *debido recibir 900 luises para el viage que*  
 » *hizo á Paris al tiempo de su dimision; de*  
 » *ahí viene naturalmente el que se haya ne-*  
 » *gado á admitir la embajada de Suecia.*  
 » Tengo sospechas de que la familia de Lajo-  
 » lais está metida en esta intriga.  
 » Solo la gran confianza que me inspiran  
 » vuestro patriotismo y vuestra decision, han

» podido obligarme á daros este aviso. *Las*  
 » *pruebas son mas claras que el Sol*; pero  
 » dudo que puedan justificarse ante un tri-  
 » bunal.

» Os ruego, ciudadano director, tengais la  
 » bondad de ilustrarme con vuestros consejos  
 » en un negocio tan árduo; me conoceis bas-  
 » tante para imaginar cuanto ha debido cos-  
 » tarme el haceros esta comunicacion. Ha sido  
 » preciso para ello hacerme cargo de todos los  
 » peligros que amenazan á mi pais. Este se-  
 » creto queda entre cinco personas que son:  
 » yo, los generales Desaix y Regnier, uno de  
 » mis edecanes y un oficial encargado de la  
 » parte secreta del ejército, que sigue to-  
 » mando los informes sacados de las cartas  
 » que se van descifrando.»

El Directorio envió esta carta al consejo de  
 los quinientos el dia 10 de septiembre. Moreau  
 hubiera debido escribirla inmediatamente de  
 haberse cogido el furgon de Klinglin; es á de-  
 cir, el 23 ó el 24 de abril; entonces acaso el  
 golpe de estado del 18 fructidor, que estalló  
 cuatro meses mas tarde, se hubiera podido evi-  
 tar; la ley política de la Francia no hubiera  
 sido quebrantada por esta revolucion, y el

traidor Pichegru, alcanzado por la justicia, quizás hubiera con su castigo cerrado la carrera de las conspiraciones. Moreau queda responsable de su silencio ante la inflexible historia.

El 25 fructidor (11 de septiembre), el general Moreau, al recibir la proclama del Directorio, relativa á la jornada del 18, se atrevió también á descubrir á la Francia por una proclama dirigida á su ejército, esta traicion de Pichegru, de la que no se hallaba del todo ageno.

« SOLDADOS!

» Recibo al instante la proclama del Directorio ejecutivo, del 18 de este mes, que da á  
 » conocer á la Francia, que Pichegru se ha hecho indigno de la confianza que por tanto  
 » tiempo hicieron de él la República, y sobre todo, los ejércitos. Se me ha dado parte igualmente que varios militares, fiándose demasiado en el patriotismo de aquel representante con motivo de sus servicios anteriores, dudaban de la realidad de esta asercion. Debo á mis compañeros de armas y á mis conciudadanos toda la manifestacion de la verdad.  
 » Demasiadas pruebas tenemos de la traicion

» de Pichegru. He dado parte á uno de los directores con fecha del 17 de este mes, de haber caido entré mis manos una correspondencia con Condé y otros agentes del pretendiente, que no me permiten dudar ni un solo instante de tan horrenda traicion. El Directorio me llama á Paris, y desea probablemente tener informes mas extensos sobre esta correspondencia. Soldados! no os alarmeis sobre los acontecimientos del interior, creed que el gobierno, al paso que tratará de comprimir á los realistas, sabrá mantener la constitucion republicana que habeis jurado defender.»

Al dia siguiente de una declaracion tan manifiesta, que al parecer establecia para siempre una barrera en Pichegru y Moreau, éste escribia al Directorio:

« No he recibido hasta el 22 muy tarde, y á diez leguas de Estrasburgo, vuestra orden de ir á Paris. He necesitado algunas horas para preparar mi salida, asegurar la tranquilidad del ejército y mandar arrestar algunos hombres comprometidos en una correspondencia interesante, que os remitiré yo mismo. Os confieso que era difícil creer que el hombre

» que habia hecho tantos servicios á su pais,  
 » y que no tenia interes ninguno en ser trai-  
 » dor, haya podido entregarse á semejante in-  
 » famia. Se me consideraba como amigo de Pi-  
 » chegru, y mucho tiempo hace, habia dejado  
 » de estimarle. Vereis que nadie ha sido mas  
 » comprometido que yo, y que todos los pro-  
 » yectos estaban fundados sobre las desgracias  
 » del ejército de mi mando, cuyo valor ha  
 » salvado á la República. » Desde aquel dia,  
 Moreau, único émulo que por la muerte tan  
 imprevista de Hoche hubiera podido competir  
 con Bonaparte, perdió su consistencia y todo  
 porvenir político.

Bonaparte escribia el 26 fructidor al minis-  
 tro de relaciones exteriores, desde el cuartel  
 general de Paseriano, en donde se habia si-  
 tuado, con el fin de dar mas actividad á las ne-  
 gociaciones de paz: « Es preciso ser enérgico  
 » sin fanatismo, republicano y no demagogo,  
 » severo sin ser cruel, y no manifestar miedo  
 » ni debilidad, sino un republicanismo franco,  
 » echando fuera de Francia á esa turba de es-  
 » clavos conjurados contra nosotros, y la  
 » suerte de Europa quedará fijada. El go-  
 » bierno, los ministros, y los primeros agen-

» tes de la República deben oír solamente la  
 » voz de la posteridad. » Era difícil regentar  
 al Directorio de un modo mas enérgico; pero  
 escribia á Talleyrand y conocia desde enton-  
 ces al hombre á quien dirigia semejantes co-  
 municaciones. El dia siguiente, y á medida que  
 veia acercarse el momento en que se iba á con-  
 cluir el tratado de Campo-Formio, dominado  
 mas que nunca por el proyecto de una expe-  
 dicion á Egipto, de que habia hablado al direc-  
 tor Carnot, escribia al mismo ministro de re-  
 laciones exteriores: « ¿ Por qué no nos apode-  
 » ramos de la isla de Malta?... Si llegase á  
 » suceder, al tiempo de la paz con la Inglaterra,  
 » que nos viésemos en la precision de cederla  
 » nuestro Cabo de Buena-Esperanza, entonces  
 » tendríamos que apoderarnos de Egipto....  
 » Podríamos hacer salir la expedicion de aquí  
 » con veinte y nueve mil hombres, ocho ó  
 » diez navíos de línea ó fragatas venecianas, y  
 » apoderarnos de aquel pais. *El Egipto no per-  
 » tenece al gran Señor.* Deseo, ciudadano mi-  
 » nistro, que tomeis en Paris algunos infor-  
 » mes y me hagais conocer vuestro dictámen  
 » sobre el efecto que produciria en Constan-  
 » tinopla la expedicion de Egipto. » No se

puede menos de notar con que facilidad el general del ejército de Italia salia del círculo constitucional de sus atribuciones, hasta en su correspondencia de oficio con su gobierno. Habia conquistado la impunidad del ingenio.

Con esta misma autoridad, escribia al Directorio el 23 de septiembre: « Ha llegado antes » de ayer al ejército de Italia un oficial que » viene de Paris, de donde ha salido el 29 de » fructidor, y ha hecho correr la voz de que en » la capital se tiene recelos sobre mi modo de » pensar acerca de los acontecimientos del 18. » Traia una especie de circular del general » Augereau á todos los generales de division » del ejército... Estos hechos prueban que el » gobierno tiene conmigo la misma conducta » que se tuvo con respecto á Pichegru despues » del 13 de vendemiaire. Os ruego, ciudada- » nos directores, me exonoreis del mando; » ningun poder sobre la tierra será capaz de » obligarme á continuarsirviendo, despues de » esta horrible señal, que estaba muy ageno de » imaginar, de la ingratitud del gobierno.... » La situacion de mi espíritu necesita volver á » templarse, viviendo entre mis conciudada- » nos. Hace mucho tiempo que un gran poder

» se me ha confiado; he usado de él en todas » las circunstancias para el bien de la patria. » Tanto peor para los que no creen en la vir- » tud y que podrian haber sospechado la mia, » hallaré mi recompensa en mi conciencia y » en la opinion de la posteridad. »

Al recibir esta carta el Directorio tuvo una junta extraordinaria; hizo redactar, bajo sus propios ojos, una larga justificacion, por la que se entregaba á disposicion de su general. *La tranquilidad de la República nos quita la posibilidad de pensar en la vuestra.... El Directorio ejecutivo no duda de las virtudes del general Bonaparte y confia en ellas... El 18 fructidor, la Francia ha vuelto á tomar en la Europa el lugar que la corresponde, y necesita de vos para mantenerse en él....* » Lo que significaba que el Directorio necesitaba de Bonaparte para hacer la guerra. El general se prometió á sí mismo aprovechar, sin reserva ninguna, la nueva confianza que se hacia de él, y para imitar al Directorio, cuya política se habia vuelto de repente tan belicosa, se propuso arreglar por sí los destinos de la Francia, con relacion al Austria, en virtud del poder de dictador, que se le conferia con liberalidad.



He aquí la marcha de las conferencias desde los preliminares de Leoben, firmados el 18 de abril. Bonaparte, valiéndose de Clarke, había dado un movimiento tan rápido á la negociacion con el marques de Gallo, que desde el 6 de mayo se determinaron las bases del tratado de paz, que se concluyó el 9 de octubre siguiente. Estas bases eran: 1ª los límites del Rhin para la Francia; 2ª Venecia y los límites del Adige para el Emperador; 3ª Mántua y los límites del Adige para la república cisalpina. El 19 de junio, el Austria, desmintiendo al marques de Gallo, había enviado al conde de Meerweldt, y no quería tratar sobre la paz, como no fuese en el congreso de Berna abierto igualmente á sus aliadas la Rusia y la Inglaterra. Bonaparte no habiendo admitido la proposicion, el ministro Thugut renunció al congreso. Bonaparte residia en Montebello, donde se siguieron las conferencias empezadas el 1º de julio en Udina, entre el general Clarke y el conde de Meerweldt. En aquella época, el Directorio deseaba la paz con ansia, al paso que el Austria no manifestaba mucha impaciencia. Los meses de julio y agosto pasaron en conferencias, en fin la

jornada del 18 fructidor desvaneció las esperanzas que el Austria había formado desde la firma de los preliminares, con los síntomas de una revolucion contra el Directorio; pero viendo con espanto la terrible victoria conseguida por el republicanismo, se apresuró á enviar su plenipotenciario, el conde de Cobentzel, que llegó de repente á Udina con plenos poderes. Clarke, habiendo sido llamado á Paris, Bonaparte se trasladó á Paseriano, á cuatro leguas de Udina, y el 29 de septiembre empezaron las negociaciones con el conde de Cobentzel, que se presentaba asistido del marques de Gallo, del conde de Meerweldt y del baron de Engelmann. Bonaparte era solo; el Austria y el Directorio habían mudado papeles; mientras Cobentzel instaba á Bonaparte para que concluyese el tratado, el Directorio, por su correspondencia secreta y con insinuaciones indirectas, procuraba inducirle á que rompiese las hostilidades, pero se negaba á enviar refuerzos al ejército de Italia y á ratificar el tratado de Turin, y sin embargo pretendia firmar la paz de Viena.

La posesion de Venecia se ofrecia naturalmente como campo de discusion, en que el ga-

binete de Luxemburgo desafiaba al de Viena. Esta alta cuestion, pendiente todavía para los que opinan que ninguna potencia tiene el derecho de traficar de un pueblo, agitaba entonces con violencia los espíritus republicanos, y el Directorio era un eco fiel de la opinion de la capital y de los principios de toda la Francia, cuando, el 8 de vendemiaire (29 de septiembre), contestaba á Bonaparte con relacion á las bases de la paz: « Tratarémos como vencidos independientemente de » la vergüenza que recaerá sobre nosotros por » haber abandonado á Venecia, á quien vos » mismo juzgais tan digna de ser libre..... » Calculemoslo todo á lo peor; admitamos la » hipótesis que alejan sin duda vuestro ingenio y el valor de vuestro ejército; suponémosnos vencidos y echados de la Italia..... » á lo menos no habremos tenido parte en una » perfidia que no tiene disculpa. » El mismo dia, el ministro de las relaciones exteriores envió al general Bonaparte el *ultimatum* del Directorio. « El Emperador tiene que renunciar » á Mantua, á la tierra-firme y al Friul veneciano. » Esto equivalia á una declaracion de guerra. El Directorio anunciaba su intencion

de dar al Austria la Istria y la Dalmacia veneciana con Trieste, y en lugar del Adige, señalar el Lisonzo, como límite; lo que queria realmente, y habia en esto mucha generosidad de su parte, era la libertad de la Italia entera. Al mismo tiempo tambien, queria que siguiesen las hostilidades, y conforme á este plan, el ministro Talleyrand añadia: « Haced » ver á los Venecianos que sus intereses son » los que se discuten aquí, y que queremos » continuar la guerra únicamente para asegurar su libertad y sustraerlos al dominio de » la casa de Austria..... » De manera que Venecia, con quien se acababa de ajustar la paz en Milan, Venecia constituida de nuevo sobre unas bases enteramente democráticas, y arrancada en nombre de la libertad, por la victoria francesa, al yugo de la oligarquía despótica, ocupaba profundamente el pensamiento del gobierno.

Entretanto, si la cesion de Venecia daba lugar de parte del Directorio á una grande oposicion, la cesion de Maguncia repugnaba tanto ó mas al Austria, y el conde de Cobentzel pedia en lugar de la línea del Adige la del Mincio. « *Este es nuestro ultimatum*, decia,

*pues si el Emperador mi amo consiente en daros las llaves de Maguncia, la plaza mas fuerte del mundo, le seria muy vergonzoso el no cambiarlas contra las de Mántua: »* Esta ciudad, de la que el Austria no queria disponer, sin creer su honor comprometido á los ojos de la Alemania, no le pertenecia de ningun modo, ni siquiera por derecho de conquista; por consiguiente no habia comparacion entre Mántua y Maguncia. Y como el plenipotenciario se empeñaba en sostener que esta proposicion era el *ultimatum* de su corte, despues de haber apurado todos los recursos de la cancillería y tambien las conferencias confidenciales, fue preciso, por ambas partes, recurrir á la suerte de las armas. En efecto, las tropas francesas pasaron el Piave y ocuparon la orilla derecha del Lisonzo. Los Austriacos, por su lado, se acamparon sobre el Drave. *Se conferenciaba, dice Bonaparte, al ruido del tambor.* El 16 de octubre, las palabras fueron tan vivas en Udina en casa del conde de Cobentzel, que Bonaparte se levantó y le dijo: *« Y bien, rompase la tregua y declarese la guerra; pero acordaos que antes que se acabe el otoño romperé vuestra monarquía como*

*rompo esta porcelana.»* Y, diciendo esto, tiró al suelo un juego de porcelana que Catalina II habia regalado al conde de Cobentzel, saludó al congreso, y volvió á Paseriano. La accion era algo violenta en una ocasion tan grave; pero Bonaparte acaso se dejó llevar de este movimiento de cólera, por la amenaza que le hizo el conde de Cobentzel de la reunion del ejército ruso, con el ejército austriaco. Al subir al coche, envió un oficial á dar aviso al archiduque Carlos que las hostilidades volverian á empezar dentro de veinte y cuatro horas. El conde de Cobentzel, habiéndolo sabido, despachó tras Bonaparte al marques de Gallo, autorizándole con un poder firmado para admitir las condiciones de la Francia. El dia siguiente, 17 de octubre, el tratado se concluyó en Paseriano, en casa del general Bonaparte, aunque con la fecha de Campo-Formio, aldea situada entre Udina y Paseriano que habia sido declarada neutral. Al redactar el primer artículo del tratado, el secretario habiendo puesto: *« El Emperador de Alemania reconoce la República francesa,* Bonaparte le dijo, *borrad este artículo; la República francesa es como el sol; el que no la ve es*

*ciego. El pueblo frances es dueño en su casa ; ha hecho una República ; acaso mañana hará una aristocracia ; pasado mañana una monarquía , tiene para hacerlo un derecho imprescriptible ; la forma de gobierno es un mero asunto de ley interior.* » Bonaparte se mostraba guerrero, diplomático y hombre de doctrinas á su modo. Semejante profesion de principios caracteriza singularmente un tratado conquistado, las armas en la mano, sobre el Austria y sobre el mismo Directorio, cuyos destinos pesaba su general en gefe con estas palabras tan extrañas. La firma puesta en este tratado infringia completamente las instrucciones del 29 de septiembre. Bonaparte, usando del poder discrecionario que le habia concedido el Directorio, despues de la jornada del 18 fructidor, enmedio de los embarazos en que se hallaba, y en contestacion al pliego en que pedia la exoneracion, no quiso acordarse sino de las instrucciones del 6 de mayo, y de las bases de Montebello, aprobadas por el Directorio.

Esta gran campaña hizo firmar al Emperador, sobre los restos de seis ejércitos austriacos, y fuera de las puertas de esa hermosa

Italia, un convenio, por el cual reconocia como límites naturales de la Francia, el Rhin, los Alpes, los Pirineos, y el Océano; la existencia política de la república cisalpina y la cesion del Brisgaw, dado al Margravio de Baden, con el fin de alejar los Estados hereditarios del Austria de las fronteras de la Francia. El tratado sometia tambien á la República el archipiélago veneciano. En fin, en Radstadt, en donde debia negociarse la paz de la Europa, una estipulacion militar entre el general Bonaparte y el conde de Cobentzel, iba á éncerrar en la nueva línea del Rhin la gran fortaleza de Maguncia, el territorio prusiano y los Estados laicos y eclesiásticos, situados sobre la orilla izquierda. En cuanto al Austria, recibia Venecia, la Istria, la Dalmacia y las provincias de tierra-firme hasta el Adige. Debia ademas ser indemnizada en Alemania, de todo cuanto perderia la Prusia sobre la orilla izquierda del Rhin. Tal fue el decreto de la justicia diplomática que presidió á las estipulaciones de Campo-Formio, de las que resultaban: tres millones y quinientos mil habitantes para la Cisalpina, sucursal en Italia de la República francesa, cuatro millones para

la Francia, y dos millones para el Austria. El general Bonaparte dió el encargo al general Berthier, gefe del estado mayor, y al sabio Monge, de llevar el tratado al Directorio. El uno representaba al ejército y el otro á las ciencias; lo que era honrar á un tiempo á la patria de las artes y al valor nacional.

La posicion de Bonaparte en Paseriano era tanto mas difícil, quanto la cuestion que se trataba de resolver le interesaba doblemente, como general en gefe y como plenipotenciario, y era el único juez del partido que habia que tomar. Hasta la toma de Mántua, siempre habia querido continuar la guerra, y despues siempre habia deseado la paz. Sin embargo, el conde de Cobentzel se engañó sobre esta intencion, y en la conferencia del 16 de octubre le habia dicho con orgullo que su corte preferiria huir de Viena, antes que firmar semejante paz, y que él (Bonaparte) sacrificaba sus deberes de negociador á sus deseos de general, y que seria responsable de toda la sangre que iba á derramarse. Con todo, fue por haber tomado una actitud hostil, que Bonaparte arrancó al Austria el tratado, cuyas bases ha-

bian sido fijadas por él mismo en Montebello, hacia mas de cuatro meses. Reducido á ser solo árbitro en un asunto, del que, segun su opinion, dependia la seguridad de la República, mucho mas que la de la corte de Viena, quedó convencido que una buena paz valia mas para la Francia que nuevas victorias. « *No dudo, escribia al ministro Talleyrand, que la crítica procurará despreciar por todos los medios posibles el tratado que acabo de firmar.* » Hizo valer la necesidad en que se hubiera hallado de conquistar dos ó tres provincias austriacas. El Emperador podia oponerle ciento y cincuenta mil hombres y cuarenta mil que tenia en reserva; mientras él apenas podia oponer cincuenta mil soldados, y ademas siempre le hubiera dado cuidado el tener Venecia á sus espaldas. Las montañas ya estaban intransitables con motivo de las nieves; las conferencias de Lila con la Inglaterra se habian roto; otra coalicion se preparaba; la guerra con el Austria cesaba de ser una guerra nacional y popular; habia parado en guerra de gobierno, etc. Tales son las consideraciones que Bonaparte alegaba para justificar su conducta diplomática; la

mas grande, sin duda, era el rompimiento de las conferencias de Lila, acontecimiento cuyo influjo sobre la política de Viena podia cortar la negociacion, é imponia acaso la obligacion de algunos sacrificios. El Estado de Venecia era el solo que podia ser ofrecido; se repartió entre la Francia, el Austria y la Cisalpina. Bonaparte parecia no dar la menor importancia á la conservacion de aquel gobierno, á quien habia establecido sobre unas bases democráticas para los intereses de la Francia, y le sacrificó á la paz. He aquí lo que escribia al secretario de la legion francesa en Venecia. « La nacion veneciana no existe. » El pueblo veneciano, dividido en tantos intereses como ciudades, afeminado y corrompido, cobarde é hipócrita, no es digno de la libertad. Si tiene la virtud necesaria para adquirirla, á él le toca defenderla! No ha tenido valor para conquistarla sobre algunos oligarcos..... La República francesa no puede dar los Estados venecianos porque no está en los principios del gobierno dar ningún pueblo..... Si los ejércitos de la República continuaban siendo felices contra una potencia que ha sido el nervio y la caja

» de todas las coaliciones, acaso Venecia hubiera podido esperar en lo futuro su reunion á la Cisalpina; pero veo que son unos cobardes. Y bien! que huyan; no necesitan de ellos. »

El 18 de enero, las tropas francesas evacuaron á Venecia y el mismo Pésaro vino á establecer la autoridad austriaca en calidad de comisionado del Emperador. El antiguo Dux Marini cayó muerto al momento en que iba á prestar juramento en manos de su compatriota. El ejemplo de Marini es mas raro en la historia moderna, que no el de Pésaro.

Asi pereció despedazada, despues de catorce siglos de independencia, y probablemente para no volverse á levantar jamas, la reina del Adriático, que por tanto tiempo tuvo entre sus manos el cetro del comercio del mundo; que cubrió todos los mares con sus flotas de guerra y de comercio, y que en otros tiempos, dueña por sus armas de Constantinopla, tuvo la idea de trasladar á esa ciudad la silla de su dominio y de continuar el imperio de Oriente. La disolucion de esta república gloriosa no fue solamente una concesion hecha á la razon de estado, fue tambien

de parte de Bonaparte un cálculo militar. « *La ciudad de Venecia, decia al Directorio, encierra á la verdad trescientos patriotas..... El deseo de algunos centenares de hombres no vale la muerte de veinte mil Franceses.* » Con todo, el consejo de los quinientos se honró levantando la voz contra la destruccion del Estado de Venecia, y se oyeron en su tribuna estas hermosas palabras tan olvidadas en el dia: « *¿Cómo se puede hacer el comercio de los pueblos, en nombre de una nacion que ha prohibido el comercio de los hombres?* »

« *Jamas, desde muchos siglos, se ha hecho una paz tan brillante como la que hacemos.* (Carta de Bonaparte á Talleyrand.) En efecto, la paz con el Austria ofrecia unacompensacion inmensa al descontento de la Francia, que generalmente habia visto con indignacion la revolucion del 4 de septiembre, y que desaprobaba el rompimiento de las negociaciones de Lila, atribuido al Directorio. Los ánimos estaban exasperados tambien por la publicacion de las dos leyes del 30 de septiembre que aruinaban á todas las clases de la nacion, la una con la reduccion de las rentas sobre el Estado á una tercera parte del valor primitivo, y la

otra con el restablecimiento infame de las loterías en la República. El tratado nos daba los grandes límites del Rhin, señalados tanto por la naturaleza, como por la política, y obligaba á la orgullosa casa de Austria á reconocer la república cisalpina, formada casi enteramente con sus antiguos dominios de Italia. El orgullo nacional vino, como siempre ha sucedido, al socorro del gobierno perseguido por los clamores de la miseria y del odio público. Solamente se notaba repugnancia en partir con el Directorio el honor de semejante triunfo, y se atribuia á Bonaparte solo todo el mérito de esta paz con el mismo entusiasmo de admiracion que inspiraba, dos años hacia, esta maravillosa guerra de Italia. Pero enmedio de una alegría tan viva, la Francia se mantuvo justa; y consideró la cesion de Venecia como un delito contra ella misma. Desde entonces, empezaron, sobre todo en el Estado de Venecia, los derechos que la casa de Austria hizo valer despues con tanto suceso en el congreso de Viena, en 1814, sin recordar su origen. Desde aquel dia, tambien, empieza la inexplicable debilidad de Bonaparte con respecto á la corte de Viena, que se dejará notar en

todo el discurso de esta historia. Parece que se ha complacido constantemente, mas en dar la paz á aquella potencia, que no en vencerla y desgraciadamente con reciprocidad.

Despues de la conclusion del tratado de Campo-Formio, que nos aseguraba una preponderancia de primer órden en la balanza de la Europa, el Vaticano, siguiendo las fases del astro austriaco, reconoció, no solo á la República francesa, sino tambien á la república cisalpina. Este doble reconocimiento tuvo, de parte del Vaticano, todo el carácter de un doble sacrificio á la necesidad. Su poca sinceridad no dejó mucho tiempo en la duda á la Francia y á su general.

El 18 de septiembre, Hoche murió envenenado, á la edad de 29 años; Moreau, el denunciador de Pichegru, estaba retirado y reemplazado por el héroe del 18 fructidor, por Augereau, que, el 23 de septiembre, pasó de repente de un mando subalterno del ejército de Italia, al mando en gefe de los ejércitos del Rin y Mosela, y de Sambre y Mosa reunidos bajo el nombre de ejército de Alemania. El Directorio aprovechaba la paz para hacerla guerra á las superioridades militares. Tenia en re-

serva un destierro diplomático para Bernadotte, y escribia al general Bonaparte: «Si solo  
» hubierais sabido ganar batallas, no seriais  
» sino un gran general; pero habeis aspirado á  
» ganar un título mas hermoso, habeis querido  
» ser un general ciudadano; sea pues este nombre glorioso vuestra primera recompensa! El  
» Directorio ejecutivo os prepara otro que cree  
» tambien digno de vos; y es poner vos mismo  
» la última mano á la grande obra en que habeis ya trabajado tanto.... En dejando,  
» luego que las consecuencias del tratado os  
» lo permitan, el mando del ejército de Italia,  
» habeis de tomar el mando del ejército de Inglaterra.... El Directorio ejecutivo desea ademas, que logreis acelerar las operaciones que  
» os quedan por acabar en Italia, para que podais ir á Rastadt..... Os presentareis al congreso de Rastadt en calidad de plenipotenciario de la República francesa. Tendreis  
» por auxiliares á los ciudadanos Treilhard y Bonnier á quienes el Directorio ha nombrado  
» plenipotenciarios en el mismo congreso, y  
» que formarán de acuerdo con vos una comision que presidireis.» El fin con que estaba escrita esta carta no podia escapar á la pene-



tracion de Bonaparte, quien por otra parte no ignoraba que Bonnier, su nuevo colega, habia sido enviado á Lila á propósito con el fin de romper la negociacion con el lord Malmesbury. El destino ilusorio del mando de un ejército llamado de Inglaterra, estaba muy lejos de contentar á un general, cuya costumbre era ver á su enemigo, seguirle y batirle, y que de repente se hubiera visto reducido á pasar revistas militares á un ejército de tierra en las orillas del mar. Sin embargo, algunos años despues, el primer cónsul se acordó de esta pantomima militar del general Bonaparte, y se aprovechó del pensamiento en su proyecto de expedicion británica, cuyo desenlace, por una de las maravillas de la época, se efectuó en los campos de Austerlitz.

El 26 de octubre, Bonaparte fue nombrado por un decreto del Directorio, general en gefe del ejército de Inglaterra, y Desaix recibió la orden de ir á reemplazarle provisionalmente. En fin, el 15 de noviembre, Bonaparte despues de haber evacuado enteramente todos los asuntos de su comision militar y política en Italia, se despidió de sus tropas con la proclama siguiente:

« SOLDADOS !

« Salgo mañana para Rastadt. Al separarme » del ejército, me consuelo la esperanza de vol- » ver luego á unirme con vosotros para aco- » meter nuevos peligros. Sea cual fuere el » puesto que el gobierno tenga á bien señalar » al ejército de Italia, siempre seremos los dig- » nos defensores de la libertad y del nombre » frances. Soldados! Cuando os recordeis los » príncipes que hemos vencido, los pueblos á » quienes hemos dado la libertad, y los com- » bates gloriosos de estas dos campañas, de- » cios unos á otros: *Dentro de dos campañas » habremos hecho mas todavía.* »

Era difícil de tomar posesion de un ejército con mas autoridad al momento mismo de separarse de el. La orden del dia, que siguió á esta proclama, es sin disputa la página mas hermosa de nuestra historia militar. Bonaparte es el inventor de estos diplomas de gloria que ennoblecian á los soldados franceses; es cierto tambien que inventaba la victoria, cuyos laureles les dedicaba.

Cuarte general de Milan, 26 de brumaire (16 de noviembre) año VI de la República.

### ORDEN DEL DIA.

« El general Bonaparte ha salido de Milan,  
 » ayer por la mañana, para presidir á la lega-  
 » cion francesa en el congreso de Rastadt.  
 » Antes de salir ha enviado al Directorio eje-  
 » cutivo la bandera del ejército de Italia que  
 » será presentada por el general Joubert. En  
 » un lado de la bandera se leen estas palabras:  
 » *Al ejército de Italia, la patria agradecida.*  
 » En el otro, estan escritos los nombres de to-  
 » dos los combates dados, y de todas las ciu-  
 » dades conquistadas por el ejército de Italia.  
 » Se notan entre otras las inscripciones siguien-  
 » tes: ciento y cincuenta mil prisioneros; diez  
 » y siete mil cañones de batir; seiscientos ca-  
 » ñones de campaña; cinco equipages de  
 » puente; nueve navíos de cincuenta y cua-  
 » tro cañones; doce fragatas de treinta y dos;  
 » doce corbetas; diez y ocho galeras; armis-  
 » ticio con el rey de Cerdeña; convenio con  
 » Génova; armisticio con el duque de Parma,  
 » con el duque de Módena, con el rey de Ná-

» poles y con el Papa; preliminares de Leo-  
 » ben; convenio de Montebello con la repú-  
 » blica de Génova; tratado de paz con el Em-  
 » perador en Campo-Formio. Libertad dada  
 » á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena,  
 » Masa-Carrara, de la Romaña, de la Lom-  
 » bardia, de Brescia, de Bergamo, de Mán-  
 » tua, de Crema, de una parte del Veronés.  
 » de Chiavena, Bormio y de la Valtelina; al  
 » pueblo de Génova, á los feudos imperia-  
 » les, á los pueblos de los departamentos de  
 » Córcega, del mar Egeo y de Itaca.

» Enviadas á Paris las obras maestras de Mi-  
 » guel Angelo, de Guerchino, del Ticiano, de  
 » Pablo Verones, Corregio, Albano, los Car-  
 » raches, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.

» Este monumento de la gloria del ejército  
 » de Italia, colgado de las bóvedas de la sala  
 » de sesiones públicas del Directorio ejecutivo,  
 » conservará la memoria de las hazañas de  
 » nuestros guerreros, cuando la presente ge-  
 » neracion haya desaparecido. »

Así se despidió el general Bonaparte del  
 » ilustre ejército de Italia. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## LIBRO CUARTO.

---

### CAPITULO PRIMERO.

CONGRESO DE RASTADT.—BONAPARTE VUELVE A PARIS.—SALE PARA EL EJÉRCITO DE INGLATERRA.—ESTA NOMBRADO GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE TOLON.—BERNARDOTTE EN VIENA.—BONAPARTE SALE PARA TOLON.

BONAPARTE salió de Milan el 15 de noviembre, y el mismo día se apeó en Turin en casa del ciudadano Ginguené, ministro de la República. Tuvo por conveniente no presentarse en la corte, para evitar las demostraciones de agradecimiento del rey de Cerdeña, cuyo tratado, por fin, acababa de ser ratificado por el Directorio. Atravesó el Moncenis y se dirigió á Rastadt, pasando por Ginebra y el pais de Vaud, donde se le tributaron honores políticos en memoria de la independenciam que habia proporcionado á la Valtelina. Estos homenajes eran interesados por parte de los habitantes del pais de Vaud; luego pasó por

Berna, donde no podia hallar la misma acogida, atravesó el Rhin en Basilea y entró en Rastadt donde le recibieron los plenipotenciarios en el congreso; el conde de Metternich por el Emperador de Alemania; el conde de Lerbach por el círculo de Austria, y el conde de Cobentzel por el emperador de Austria. Todos los príncipes de Alemania tenían tambien sus encargados de poderes. La Suecia, que se presentaba como mediadora y garante del tratado de Westfalia, no habia tenido acierto en la eleccion de su embajador el conde de Fersen, antiguo coronel del regimiento frances Real-Sueco, y conocido de todos por su oposicion á la revolucion; el general Bonaparte no quiso admitirle. Se preparaban grandes dificultades con las muchas quejas y con las reclamaciones que formaban los príncipes desposeidos de la orilla izquierda del Rhin. El pleito empezó con la cesion de Maguncia y fue preciso usar de todo el influjo austriaco, para imponer silencio á esta reclamacion, cuya justicia no podía contestarse. Cansado con la perspectiva de los obstáculos que debian á cada paso poner trabas á la negociacion, á quien presidia en nombre de la República francesa, Bo-

naparte se apresuró en concluir, el 1º de diciembre, el convenio por la entrega de Maguncia á las tropas de la República, y de Palma-Nova y de Venecia á las tropas austriacas. Despues de haber firmado un tratado meramente militar, que completaba el de Campo-Formio, notificó á Treilhard y á Bonnier que consideraba su comision como enteramente evacuada. El 5 de diciembre llegó á Paris incógnito y se apeó en su pequeña casa de la calle Chantereine, á la que, por deliberacion espontánea, la municipalidad de la capital dió el nombre de *calle de la Victoria*.

El consejo de los ancianos, menos independiente, no pudo expedir el decreto, por el cual queria regalar, á título de recompensa nacional, la hacienda de Chambord y una gran casa en Paris al héroe pacificador. El Directorio quiso encargarse solo del agradecimiento público; pero luego conoció cuan peligrosa era para él la presencia del general en jefe del ejército de Italia en Paris, viendo el entusiasmo que se manifestó á favor de Bonaparte. Cuando pasaba por las calles, el pueblo y los soldados manifestaban su júbilo con vivas y cantares que celebraban sus hazañas. El

Directorio se espantó con razon de aquel poder de la gloria, al que tuvo que someterse él mismo, hallándose demasiado débil para honrarlo dignamente ó para contenerlo. Toda su política consistió en una funcion extraordinaria, triunfal y desusada, cuya pompa excesiva dejó ver otra cosa que la grandeza. Esta exageracion de la gratitud directorial no engañó á nadie, ni al que era el objeto de la fiesta, ni á los expectadores. La entrega del tratado por Bonaparte sirvió de pretexto para esta funcion que se celebró el 20 de frimaire (10 de diciembre) en el palacio del Luxemburgo, en presencia de los embajadores de España, de Nápoles, de Cerdeña, de Prusia, de Dinamarca, de la Puerta Otomana, de los ministros de las repúblicas báltava, cisalpina, helvética, liguriana, ginebresa, y de los enviados de Toscana, Wurtemberg, Baden, Francfort y Hesse-Cassel. El patio inmenso del palacio fue dispuesto para esta solemnidad sin ejemplar, por no hallarse ningun edificio de bastante cabida. Los generales Joubert y Andreosy llevaban la bandera dedicada por el cuerpo legislativo al ejército de Italia, y devuelta cargada de inscripciones en que se leian en letras de

oro los nombres de sesenta y siete combates y de diez y ocho batallas campales ó encuentros de importancia en que habiamos quedado vencedores; Montenote, Milesimo, Mondovi, Lodi, Borghetto, Lonato, Castiglione, Roveredo, Basano, San Jorge, Fontana-Viva, Caldiero, Arcola, Rivoli, la Favorita, el Tagliamento, Tarvis, en fin, Neumark, en las campañas de 1796 y 1797. En medio del patio se levantaba el altar de la patria con las estatuas de la libertad, de la igualdad y de la paz. Las banderas conquistadas en Italia se despleaban en forma de dosel encima de los cinco Directores (espada de Damocles para ellos). Los directores, vestidos con un traje antiguo y una magnificencia teatral, quedaban eclipsados, á pesar de su lujo, delante del general Bonaparte, vestido con el uniforme de Lodi y de Arcola, que por su modestia dejaba ver enteramente al héroe que lo llevaba. Su comitiva se componia de unos pocos oficiales de su estado mayor, cubiertos como él, con el vestido del campo de batalla. Al llegar al altar, Talleyrand Perigord, ministro de relaciones exteriores, presentó Bonaparte al Directorio, y le dirigió un discurso en que ardia el mas puro

republicanismo, lleno de admiracion para el vencedor, y entremezclado de elogios para el gobierno que habiasabido adivinarle y elegirle. Se notó el párrafo siguiente: « Así todos los » Franceses han vencido en la persona de Bonaparte; así su gloria es la propiedad de todos, de manera que no hay un republicano que no pueda entrar á la parte con él.

» A la verdad, á él solo pertenece este golpe de vista que nada dejaba á la casualidad, y esta prevision, que le hacia dueño del porvenir, y estas inspiraciones espontáneas, que desconcertaban, con recursos inesperados, las mas sabias combinaciones del enemigo, y aquel arte de reanimar en un instante, y sin alterarse por nada, el valor abatido, y aquellos rasgos de una audacia sublime, que nos hacia temblar por su vida, mucho despues de la victoria, y aquel heroismo tan nuevo, que mas de una vez ha puesto un freno á la victoria, al momento mismo en que se prometia nuevas palmas triunfales. Todo esto, sin duda, era suyo; pero tambien resultaba de aquel amor insaciable de la patria y de la humanidad.... » La Francia entera será libre; pero él, acaso,

» nunca lo será. En este mismo instante un nuevo enemigo le llama; este enemigo se ha hecho célebre por su ódio profundo á los Franceses, y por su insolente tiranía para con todos los pueblos de la tierra. El ingenio de Bonaparte prepara su castigo, y ojalá una paz digna de la gloria de la República, se imponga á esos tiranos de los mares vendiendo á la Francia y afianzando la tranquilidad del mundo. »

Este discurso, aunque muy á propósito para herir los espíritus, fue escuchado con una viva impaciencia. Se queria oír al héroe; así es que, luego que hizo ademan de hablar, un silencio religioso reinó en toda la asamblea. Bonaparte dió algunos pasos adelante, entregó al presidente el tratado de Campo-Formio, y tomó la palabra. He aquí los principales rasgos de su arenga: « El pueblo frances para ser libre tenia que combatir á los reyes; para lograr una constitucion fundada sobre la razon, tenia que vencer á diez y ocho siglos de preocupaciones. La religion, la feudalidad, el despotismo, han gobernado sucesivamente á la Europa de veinte siglos á esta parte; pero la paz que acabais de concluir

» será en adelante la fecha de los gobiernos  
 » representativos. Habeis logrado organizar la  
 » gran nacion, cuyo vasto territorio se halla  
 » circunscripto únicamente porque la natura-  
 » leza misma ha señalado sus límites. Os en-  
 » trego el tratado de Campo-Formio ratificado  
 » por el Emperador. Esta paz asegura la liber-  
 » tad, la prosperidad y la gloria de la Repú-  
 » blica. Cuando la felicidad del pueblo fran-  
 » ces se hallará establecida sobre mejores leyes  
 » orgánicas, la Europa entera logrará ser li-  
 » bre. » Esta profecía de Bonaparte está muy  
 lejos todavía de realizarse. Barras, que presidia  
 al Directorio, habló con mucho calor, en su  
 contestacion al general, sobre el 18 fructidor,  
 del cual éste no habia hablado en su discurso,  
 mezclando los elogios del ejército de Italia á  
 los del gran capitán. « La naturaleza, dijo, ha  
 » agotado todas sus riquezas para crearle; Bo-  
 » naparte ha meditado sus conquistas con  
 » el pensamiento de Sócrates; ha reconci-  
 » liado el hombre con la guerra. » Barras,  
 en seguida, convidaba á Bonaparte á que  
 fuera á enarbolar el estandarte tricolor sobre  
 la torre de Londres. Esta parte del discurso  
 respiraba el ódio el mas fuerte contra la Ingla-

terra con un lujo de palabras y de declama-  
 ciones que olia á retórico y convenia mal al  
 gefe del gobierno. El general Joubert y el gefe  
 de brigada Andreossy, presentados por el mi-  
 nistro de la guerra, recibieron las felicitaciones  
 del Directorio; pero el verdadero objeto de  
 todos los elogios, los triunfos de Bonaparte,  
 llenaba todos los corazones. El ilustre gefe del  
 ejército de Sambre y Mosa, el modesto Jourdan,  
 inmortalizado con el nombre de Fleurus, dió  
 el último remate á esta especie de apoteosis,  
 celebrando con candidez la gloria de los sol-  
 dados de Italia, que parecia en aquel momento  
 eclipsar la suya propia.

El cuerpo legislativo dedicó tambien una  
 gran funcion al vencedor del Austria; pero la  
 mas brillante fue, sin comparacion ninguna, la  
 del ministro de relaciones exteriores, Talley-  
 rand. La hermosa cantora Grasini cantó en  
 honor de las victorias, de que ella misma era  
 uno de los trofeos. Las letras y las artes ofre-  
 cian sus tributos al héroe de la patria. El Ins-  
 tituto eligió á Bonaparte para reemplazar á  
 Carnot, proscripto el 18 fructidor. El realista  
 Bonald le ofreció su libro; y el republicano  
 David sus pinceles. El pintor quiso retratarle

en el puente de Arcola ó de Lodi. « *No, con-*  
 » *testó Bonaparte, allí, servia con todo el ejér-*  
 » *cito, retratadme sereno sobre un caballo*  
 » *fogoso* » El entusiasmo exaltaba todas las  
 cabezas, el grito *viva Bonaparte* habia lle-  
 gado á ser un grito patriótico.

El Directorio hubiera querido que Bona-  
 parte volviese á tomar, en el congreso de  
 Rastadt, la direccion de las negociaciones, y el  
 general del ejército de Italia no se hallaba  
 dispuesto á dejar desterrar en una comision  
 semejante su fortuna y su popularidad. Adi-  
 vinó la cuestion de Rastadt con la misma pe-  
 netracion que, desde el 18 fructidor, le tenia  
 tan justamente alarmado sobre la política del  
 Directorio. Ya no veia sino enemigos en todos  
 los soberanos que acababa de someter por sus  
 armas ó de sujetar por los tratados. Nombrado  
 al mando ilusorio de un nuevo ejército, pero  
 ocupado mas que nunca en buscar los medios  
 de hacer adoptar el proyecto que tenia for-  
 mado, desde algunos meses, de una expedicion  
 á Egipto, Bonaparte salió con mucho ruido  
 para inspeccionar las tropas que ocupaban,  
 bajo el nombre de ejército de Inglaterra, la  
 Normandia, la Picardia y la Bélgica. De este

modo engañaba la inquieta observacion del  
 gabinete de Londres. Tenia suspensa la de la  
 Europa, y proporcionaba descanso á los zelos  
 del Directorio. Esta excursion en la Bélgica ha  
 sido el primer origen de los grandes estable-  
 cimientos marítimos que le debió la Francia,  
 y que solos bastarian para ilustrar su reinado.  
 Bonaparte visitó á Amberes. Él mismo dice  
 que el canal de San Quintin, abierto bajo el  
 consulado, fue uno de los resultados de su  
 viage, y que notó tambien entonces la supe-  
 rioridad que daba la marea al puerto de Bo-  
 loña sobre el de Calais, para una expedicion  
 á Inglaterra. Así, en el momento en que solo  
 debia pensar en llevar á las orillas del Nilo la  
 gloria de su nombre, parece que preveia su  
 vuelta triunfal, y preparaba los fundamentos  
 del edificio que su penetracion le indicaba en  
 el porvenir. Mientras la Francia y la Europa  
 estudiaban á Bonaparte, él meditaba sobre sí  
 mismo, y acaso no descubriría, sin alguna  
 emocion, el destino que le imponia la fuerza  
 de un ingenio tan feliz entonces con el agra-  
 decimiento de la patria.

Entretanto, el Directorio, como si hubiese  
 querido vengarse del tratado de Campo-For-



mio, y preparar su rompimiento, seguía en sus proceder belicosos, y mientras sus plenipotenciarios estaban negociando en Rastadt, ponía en movimiento á dos ejércitos; el uno se dirigía á la Helvecia para devolver, segun decia, la independencía al pais de Vaud, cuyo descontento fomentaba; pero sobre todo, para poner tambien á esa antigua república bajo el nivel del gobierno directorial. La otra marchaba sobre Roma, menos con el fin de castigar á los autores de la muerte del general Duphot, asesinado el 28 de diciembre en un motin, delante del palacio, y bajo los ojos de José Bonaparte, embajador de Francia, que para destruir el poder papal, cuya conservacion habia sido reprochada con mucho rencor al general en gefe. El director Reveillere-Lepaux, en su calidad de sumo pontífice de la Teofilantropía, profesaba un odio de partido para con el Santo Padre, y habia hecho resolver el restablecimiento de la república romana. El director Rewbell se habia encargado de la revolucion helvética. Las dos operaciones se hicieron al mismo tiempo. El 28, el Directorio concedió su mediacion al pais de Vaud, para sustraerle á la tiranía de Berna,

y luego despues, el general Berthier recibió la órden de dirigirse á Roma. El 25 de enero de 1798, el pais de Vaud se constituyó en república independiente, y el ducado de Urbino, legacion papal, se reunió á la Cisalpina. Dos dias despues, el ejército frances invadió la Suiza, cuya antigua aliada, la pequeña república de Mulhausen, encerrada en la alta Alsacia, se reunia al departamento del alto Rhin.

Todo respiraba la guerra en medio de los acuerdos de la paz germánica. El 4 de febrero, el Directorio hacia proclamar unaley que abria un empréstito de 80 millones para la expedicion de Inglaterra. En todos los astilleros de nuestros puertos se hacian preparativos inmensos; el público adoptaba con el mayor entusiasmo esta expedicion ilusoria, á cuya cabeza aparecia el invencible Bonaparte. En pocas semanas, todá la obra de la conquista directorial fue consumada, Reveillere destronó á su rival. El 19 de febrero, el Capitolio volvió á ser republicano, y la república romana fue consagrada en la basilica de San Pedro por catorce Cardenales. El Papa se refugió á la Cartuja de Pisa. Berthier ocupó el

Foro, el fuerte San-Angelo, y se vió saludado con el nombre de libertador por otro pueblo romano, repentinamente creado. En Suiza, los espíritus manifestaban menos docilidad; los recuerdos eran menos antiguos; pero el valor era mas ardiente, y la contrarrevolucion directorial, proclamada el 22 de marzo, fue cimentada con sangre. Esta mudanza violenta sirvió de prelude á la nueva contrarrevolucion consular que debia experimentar mas tarde. No son nuestras armas solas las que sujetaron á la Suiza; tuvo que ceder á la política de la Francia en Rastadt. El 2 de abril, la república de Ginebra se incorporó á la gran República, bajo el nombre de departamento del Lemán. Desde el 1º de marzo, la diputacion del imperio habia reconocido en el congreso á toda la orilla izquierda del Rhin como límites de la Francia, y el 8 de abril siguiente, el Directorio, ensobrevencido con tantos y tan felices sucesos, hacia declarar por su legacion que sus ejércitos no evacuarian la orilla derecha, sino hasta despues de la pacificacion de la Alemania.

Nunca los esfuerzos de una gran nacion que ha conquistado su independencian con las ar-

mas de su libertad, produjeron destinos mas hermosos y mas sólidos. Semejante fortuna debia parecer completa; invulnerable por su naturaleza, establecia acaso para siempre el poder de la revolucion francesa, si el Directorio hubiese tenido la conciencia de su propia fuerza, y la probidad de su triunfo; pero abandonándose á unos consejos maquiavélicos, solo pensaba en hacer brotar la guerra de la obra de la paz. Un acontecimiento, cuya causa se le acumuló, por el poco disimulo de que usaba en la manifestacion de sus miras hostiles, estuvo para volver á encender la guerra entre el Austria y la Francia. Bernardotte, embajador en Viena, donde se odiaba á los Franceses con toda la energía de la pasion-popular, habia, por orden del Directorio, enarbolado de repente, despues de algunas semanas de residencia, la bandera tricolor sobre las puertas del palacio de Francia, con todas las insignias republicanas de aquella época, particularmente la gorra encarnada y la inscripcion de *Libertad é Igualdad*. Esta novedad, cuyo principio sin embargo existia en las costumbres diplomáticas, fue mirada por el pueblo de Viena como una

provocacion ó un abuso de la victoria. La casa de Bernardotte fue acometida inopinadamente por el populacho, y las insignias republicanas arrancadas y holladas. El carácter del embajador pareció comprometido con tanta gravedad, que se apresuró á salir de Viena, lo que dió un pretexto al Directorio para pedir un desagravio, cuyo *ultimatum* era la guerra ó la paz. Deseaba la guerra, y no quedó duda sobre esta disposicion, cuando se supo, que despues de haber llamado á Bonaparte para asistir á un consejo que se juntó de repente para deliberar sobre este negocio, le propuso el mando del ejército de Alemania. Bonaparte no lo admitió porque queria ir á conquistar el Egipto; pero admitió la comision de corresponder sobre el particular con el conde de Cobentzel, que tenia órden de su corte de alejar la tempestad y abrir negociaciones en Saltz con François de Neufchâteau.

La desconfianza mútua que reinaba entre el Directorio y Bonaparte, en las conferencias del Luxembourg, probaba cada dia mas la necesidad de dar fin á una rivalidad que dividia la Francia y el Directorio. Con este motivo, el gobierno se daba prisa en disponer con mucho

secreto los preparativos de la expedicion de Egipto, no sin agradecer al general su constancia en una resolucion que, asegurando su propia independenciam con una expedicion lejana, afianzaba en realidad la seguridad del Directorio.

La Francia supo de repente que treinta mil hombres y diez mil marineros se hallaban reunidos en los puertos del Mediterráneo, y que un armamento inmenso se estaba preparando en Tolon. Trece navíos de línea armados en guerra, dos de segunda clase, catorce fragatas y cuatrocientos buques de transporte, se equipaban para llevar á unos parajes, todavía desconocidos, á este numeroso ejército, cuyos generales habian sido elegidos entre los mas ilustres de la Francia, perteneciendo los mas de ellos al glorioso ejército de Italia. Basta nombrar á Berthier, Caffarelli, Kleber, Desaix, Reynier, Lannes, Damas, Murat, Andreossy, Belliard, Menou, el Mulato Dumas, Baraguay d'Hilliers, Vaubois, Bon, Dugua, Dombrowski y Zayonscheck, hoy virey de Polonia. Conducia la escuadra aquel mismo almirante Bruyeis que mandaba en el Adriático durante la campaña de Italia; y tenia bajo

sus órdenes á los contra-almirantes Ville-neuve, Duchayla, Decrès y Gantheaume. La nacion, viendo que la comision de las artes y de las ciencias enviaba á Tolon á cien de sus individuos elegidos en cada clase, preguntaba si la Francia iba á fundar un nuevo Estado adónde queria llevar á la vez su libertad y su civilizacion? Se hablaba igualmente entonces de la Grecia, de la India y de Egipto.

Bonaparte formó su estado mayor. Sus edecanes fueron su hermano Luis, Eugenio Beauharnais, Duroc, Croisier, Julien, Lavalette, el hijo del Director Merlin, y el valiente Sulkowski noble polaco, que habia unido su suerte á la del gran capitán. Los comboyes de Génova, Civita-Vecchia y Bastia, tenian órden de reunirse á la escuadra de Tolon. Bonaparte todo lo arregló. Los puntos de reunion y de desembarco, las plazas en que se hicieron los preparativos, los proyectos actuales y futuros de la misteriosa expedicion, nada dejó al cuidado de otro, y nada se olvidó de lo que podia contribuir al feliz éxito de la empresa. Se cree que Barras, cuyos deseos secretos eran acaso el alejar cuanto antes al vencedor de vendemiaire, escribió de su propio

puño todo lo relativo á la expedicion, notándoselo Bonaparte. En fin el ministro Talleyrand debia, despues de la salida del ejército, ir á Constantinopla, en clase de embajador extraordinario, para presentar la empresa á aquella corte bajo un aspecto ventajoso para la Turquía, y con el fin de interesarla en unirse con la Francia, cuyo proyecto era romper el yugo de la dominacion británica sobre el comercio de la India y del Mediterráneo. Esta mision era la condicion principal de la admision del mando por el general Bonaparte, y el Directorio prometió cumplir con ella. Bonaparte apuraba al gobierno para que le hiciese salir con el socorro de los elementos de suceso, creados por él mismo, auxiliados por las revoluciones que acababan de destruir la aristocracia helvética y el poder pontifical. La Helvecia y el patrimonio de San Pedro habian sido constituidos en democracia para abrir el camino de Egipto; y los tesoros de tres repúblicas iban á franquearle las puertas del Cairo. Los caudales de Berna costearon los gastos de la escuadra de Tolon, los de Génova fueron invertidos en el comboy que se hallaba en el puerto de aquella ciudad, y los de Roma tu-

vieron el mismo destino en Civita-Vecchia. Otro armamento se preparaba en Marsella para la division Reynier. La República francesa añadió una corta cantidad á las contribuciones suministradas por las repúblicas vasallas. Jamas mayor y mas importante expedicion, en los tiempos modernos, costó tan poco á un grande Estado. Todos los obstáculos se allanaron, menos las dilaciones con que el Directorio parecia complacerse en estorbar los desigñios de Bonaparte. Este, cansado de este sistema de tergiversacion que le detenia en Paris, mientras la gloria le llamaba á Tolon, no podia contener su impaciencia, y exigió imperiosamente del Directorio la órden de salir. En una de las conferencias acaloradas que tuvo con los directores, los amenazó con su dimision; el director Rewbell presentándole con serenidad una pluma le dijo : *Firmadla, general.* Tal era la posicion respectiva del Directorio y de Bonaparte cuando se recibió en Paris la noticia del tumulto de Viena y del ultraje hecho al embajador Bernardotte.

Este miserable acontecimiento podia de repente aniquilar la grande obra de Campo-Formio, comprada al precio de tantas victorias y

de tantos sacrificios, é imposibilitar el proyecto de la conquista de Egypto. Sin embargo, la fortuna de Bonaparte quiso que el Directorio se decidió repentinamente á oponer á la corte de Viena, á este mismo general, cuyo ardor impaciente estaba conteniendo, temiendo á la par á su venganza y á su fama resplandeciente. Bonaparte solo pareció á propósito para pedir razon á la orgullosa casa de Austria de la injuria recibida por el que ya era enemigo del héroe de la Italia. Bonaparte, que la víspera se hallaba casi caido en la desgracia, volvió á hallarse en un solo dia el árbitro de los destinos de su patria. Autorizado con unos poderes sin límites, sin duda se le ofreció entonces á la imaginacion la soberanía que el Directorio abdicaba en sus manos en los momentos de peligro. Pero, con todo, el Directorio mitigaba su confianza con todas las precauciones de un mandato inquieto y zeloso. La correspondencia de Bonaparte con el conde de Cobentzel presentaba un carácter de supremacia, menos extraño sin duda para la corte de Viena, que para los directores. Así es que el gobierno frances, alarmándose de la naturaleza de las comunicaciones, cuya confidencia sorprendió,

abandonó muy pronto la idea de poner á Bonaparte á la cabeza de un ejército contra el Austria, se apresuró á admitir las satisfacciones de aquella corte, y dió al general en jefe del ejército de Egipto la orden de salir inmediatamente para Tolon.



## CAPITULO II.

## EXPEDICION DE EGYPTO.

(Del 9 de mayo al 9 de octubre de 1798.)

DURANTE su permanencia en Paseriano, donde se arregló el tratado que se firmó después en Campo-Formio, Bonaparte habia dirigido á la escuadra del almirante Brueys, estacionada en el mar Adriático, esta corta y expresiva proclama: « Camaradas, luego que hayamos » pacificado el continente, *nos reuniremos á vosotros para conquistar la libertad de los mares.* » Sin vosotros no podemos llevar la gloria del nombre frances *sino en una pequeña parte del continente.* Con vosotros atravesaremos los mares, y la gloria nacional *verá á las regiones las mas remotas.* » Estas palabras eran una orden del dia amenazadora para la Inglaterra; expresaba con energía el designio de ir á renovar en la India la gloria de Alejandro. El vencedor de la Italia pedía un teatro

abandonó muy pronto la idea de poner á Bonaparte á la cabeza de un ejército contra el Austria, se apresuró á admitir las satisfacciones de aquella corte, y dió al general en jefe del ejército de Egipto la orden de salir inmediatamente para Tolon.



## CAPITULO II.

## EXPEDICION DE EGYPTO.

(Del 9 de mayo al 9 de octubre de 1798.)

DURANTE su permanencia en Paseriano, donde se arregló el tratado que se firmó después en Campo-Formio, Bonaparte habia dirigido á la escuadra del almirante Brueys, estacionada en el mar Adriático, esta corta y expresiva proclama: « Camaradas, luego que hayamos » pacificado el continente, *nos reuniremos á vosotros para conquistar la libertad de los mares.* » Sin vosotros no podemos llevar la gloria del nombre frances *sino en una pequeña parte del continente.* Con vosotros atravesaremos los mares, y la gloria nacional *verá á las regiones las mas remotas.* » Estas palabras eran una orden del dia amenazadora para la Inglaterra; expresaba con energía el designio de ir á renovar en la India la gloria de Alejandro. El vencedor de la Italia pedía un teatro

mas extenso que el en que se habia ilustrado hasta ahora; pues á pesar de las grandes cosas que Bonaparte, cónsul y emperador, ejecutó despues por la fuerza de sus armas y por la omnipotencia de su dominacion sobre la Europa continental, jamás su pensamiento fue tan vasto como en la época de sus triunfos de Italia, en que su única política consistia en su ingenio; la toga consular y el manto imperial encerraron mas tarde su pasion para las grandes empresas en aquella pequeña parte de la tierra que desdeñaba entonces. Detenido, de repente, delante de una fuerte ciudadela turca, en medio de su carrera asiática, obligado á replegar su ambicion de conquistador, tuvo luego que someter al yugo de las antiguas tradiciones de la sociedad europea, la independencia desmedida de sus proyectos primitivos, el que habia concebido la idea de hacerse el héroe del mundo sobre las ruinas británicas del Asia! Bonaparte, cuando entró en Tolon, el 9 de mayo 1798, se hallaba bajo el imperio de esta inspiracion gigantesca. Se apeó en el palacio de la marina. El ejército, que podia llamarse suyo, le aguardaba. Saludó á sus valientes de Italia con un discurso enérgico y

conciso. Diez dias despues, al momento de hacerse á la vela, les dijo: «Soldados, sois  
» una de las alas del ejército de Inglaterra.  
» Habeis hecho la guerra de montañas, de llanuras y de sitios; os queda que hacer la  
» guerra marítima. Las legiones romanas, á quienes habeis imitado algunas veces, sin  
» igualarlas todavía, combatian á Cartago, tanto sobre este mismo mar como en las llanuras  
» de Zama. La victoria nunca las abandonó porque fueron constantemente valientes, pacientes para aguantar las fatigas, disciplinadas y unidas entre sí... Soldados, marineros,  
» hasta hoy no se ha cuidado de vosotros; en el dia, la República tiene la mayor solicitud  
» con respecto á vosotros; el genio de la libertad que ha dado á la República, desde que nació, el poder de ser el árbitro de la Europa, quiere que lo sea tambien de los mares y de las naciones mas remotas.» Este es el modo con que el general dio á conocer á su ejército que iba á conquistar nuevos laureles mas allá de los mares. Pero, ¿cuáles eran los mares que iba á atravesar, y que regiones eran las que tenia que conquistar para que se cumpliese la palabra dada por Bonaparte el



día de su llegada á Tolon? «Prometo á cada  
 » soldado que, en volviendo de esta expedicion,  
 » tendrá con que comprar seis fanegadas de  
 tierra.» Las tropas, indiferentes para las pro-  
 mesas, aceptaron únicamente los peligros y la  
 gloria, y se embarcaron llenas de alegría con  
 el gefe que tantas veces las habia conducido  
 á la victoria. Por una de estas casualidades  
 singulares de las grandes fortunas humanas, el  
 navío almirante en el que iba Bonaparte se  
 llamaba el *Oriente*; y el 19 de mayo el Sol  
 que tantas veces se llamó el Sol de Bonaparte  
 alumbró la salida magestuosa de la escuadra  
 francesa. No dejó de haber alarmas en la tra-  
 vesía. A cada instante se temia encontrar á los  
 Ingleses que surcaban los mares en todas las  
 direcciones para encontrarnos. Una vez, Nel-  
 son estuvo á seis leguas de nuestros navíos; pero  
 una niebla muy densa se los ocultó. Bonaparte  
 medía las consecuencias de un encuentro des-  
 graciado, cuyos resultados á mas de destruir  
 los frutos de la victoria de Italia, hubieran  
 imposibilitado la expedicion, cargando toda  
 la responsabilidad al autor de ella; pero Bo-  
 naparte siempre lleno de confianza, como Cé-  
 sar en un caso semejante, estaba arreglando

con sus generales la organizacion de Egipto  
 como si la hubiera conquistado ya, ó discutia  
 con los literatos que le acompañaban. Parecia  
 estar sentado en medio de su nuevo Instituto  
 en Alejandria ó en el Cairo.

El 9 de junio, el ejército se presentó delante  
 de Malta. El comboy de Civita-Vecchia habia  
 llegado al mismo punto tres dias antes. La vis-  
 pera la escuadra maltesa habia vuelto del cru-  
 cero sobre las costas de Berbería; constaba de  
 un navío de 74, y de varios buques de guerra,  
 y podia facilmente destruir el comboy escol-  
 tado por una sola fragata. Esta imprevision  
 entregaba Malta á los Franceses.

Con todo, Bonaparte tuvo por conveniente  
 ensayar los medios de negociacion. Pidió al  
 Gran Maestre la entrada del puerto para nues-  
 tra armada. La contestacion fue que los esta-  
 tutos y las leyes de la órden se oponian á que  
 entrasen mas de cuatro navíos á la vez en el  
 puerto. Bonaparte escribió que la contestacion  
 del consejo equivalia á una declaracion de  
 guerra; que los Franceses no ignoraban la con-  
 ducta parcial de la órden á favor de los Ingle-  
 ses; que la escuadra estaba resuelta á recurrir  
 á la fuerza, y sin perder tiempo, mandó al

almirante Bruyeis que se preparase á atacar los fuertes que defendian el puerto Lavalette. Al mismo tiempo hizo desembarcar las tropas sobre siete puntos diferentes de las islas de Malta y de Gozzo.

Las primeras amenazas de Bonaparte, sus palabras altaneras á los caballeros, y la manifestacion rápida de las demostraciones hostiles, llenaron de confusion á la ciudad de Lavalette, en donde por otra parte teniamos un partido que levantaba la voz á nuestro favor, á medida de las señales de debilidad y de desconfianza que dejaba ver el gobierno. El desorden llegó á colmo, y dos dias antes de la rendicion de Malta, algunos caballeros de la lengua de Francia fueron conducidos ante la presencia de Bonaparte quien les dijo: « Su-  
» puesto que habeis podido tomar las armas  
» contra vuestra pátria, era preciso saber mo-  
» rir; no quiero admitiros en clase de priso-  
» neros; podeis volveros á Malta mientras no  
» me pertenece.» La isla, que resistió durante dos años, á todas las fuerzas del Oriente, mandadas por el invicto Dragut, se halló pronto en poder de Bonaparte. Despues de unos pocos cañonazos que no salvaron el honor

del pabellon maltés, Malta se entregó por medio de una negociacion vergonzosa. La division Reynier se apoderó de la isla de Gozzo. El general Vaubois quedó en Malta con cuatro mil hombres. El general Baraguay d'Hilliers salió para Francia con los trofeos de la nueva conquista, sobre la fragata *la Sensible* que fue apresada por los Ingleses. Así cayó la orden de Malta, doscientos sesenta y ocho años despues de haber sido dada por Carlos V. Su posesion aseguraba á la República el imperio del Mediterráneo; la bandera tricolor libertó entonces á este último asilo de la caballería religiosa, que por otra revolucion ha venido á ser un puerto militar, donde tremola el pabellon luterano. Con todo, no dejaba de ser un preludio singular de la guerra de los Musulmanes de Egypto, la toma del convento, tenido por inexpugnable, de los caballeros de San Juan de Jerusalem. Antes de embarcarse el general en jefe dió la libertad á todos los cautivos Mahometáños que gemian en los presidios de la religion.

Inmediatamente despues de haber entrado en Malta, Bonaparte hizo esparcir la noticia, por todos los agentes franceses, en Grecia, en

las escalas de Levante y en Berbería; les mandó además notificar á los bajaes de Argel, de Tunez y de Trípoli, que en adelante hubiesen de respetar á los habitantes de la Isla, vasallos de la Francia. El general Chabot, comandante de Corfú, recibió instrucciones conformes á las circunstancias. Bonaparte despachó un edecan al famoso Alí Bajá de Janina, con el fin de concertar con él un plan de sublevacion de varias provincias de Grecia. Pero Alí, ocupado en defenderse contra Pasawan-Ogloú, no pudo recibir á tiempo al enviado de Bonaparte, y la ausencia de aquel Bajá pudo considerarse como una desgracia, pues si hubiese persistido en sus buenas disposiciones para con la República francesa, su inteligencia con el general frances hubiera podido producir felices resultados con los auxilios que podia suministrar un aliado poderoso, y capaz de contribuir á la ejecucion de los grandes planes que se proponia Bonaparte.

El 1º de julio, el ejército, al atisbar los minaretes de Alejandria y la torre de los Arabes, conoció el fin de su viage y que la tierra de Egypto era su tierra de promision. Tres dias antes la escuadra de Nelson, aumentada de

diez navíos, habia venido á dar parte á Alejandria de la llegada de los Franceses, á quienes habia buscado en vano, y volvió á perseguirla. Bonaparte lo supo y mandó desembarcar al instante, por no perder este favor singular de la suerte, cuando de repente, se ve una vela á lo lejos. «Fortuna, exclamó Bonaparte, » ¿me abandonarás? No te pido sino cinco dias!» Esta vela era una fragata de nuestra escuadra. Menou que debia salir de Egypto el último, bajó á tierra antes de todos, Bonaparte y Kleber desembarcaron juntos y le alcanzaron, en medio de la noche, en el Marabou donde tremoló, en Africa, la primera bandera tricolor. El general en gefe, impaciente de señalar su llegada, no aguardó la presencia de las demas divisiones; sabia que Alejandria intentaria defenderse, y quiso aturdir á sus nuevos enemigos, con una audacia que les era desconocida, y asegurar la confianza de su propio ejército con una conquista útil. A las dos de la mañana, se puso en marcha con tres columnas y mandó asaltar las murallas que cedieron á la furia francesa. Las tropas, á pesar de las órdenes de Bonaparte, se precipitaron dentro de la ciudad, que no tuvo tiempo para

capitular, y se rindió á los vencedores. La toma de Alejandria costó un corto número de soldados y de oficiales; Bonaparte los mandó enterrar al pie de la columna de Pompeyo, y quiso que sus nombres fuesen esculpidos sobre el mismo monumento. Todo el ejército asistió á la ceremonia; infundió en las filas el entusiasmo que el héroe de Italia procuraba entretenir por todos los medios que le sugeria su ingenio, y la costumbre de ejercer un ascendiente irresistible sobre los demas hombres. Jamas se habian dirigido á los soldados franceses, y á las naciones vencidas proclamas mas adecuadas. A los primeros, les dijo: « Los » pueblos con quienes vamos á vivir son ma- » hométanos; su primer artículo de fé es este: » No hay otro Dios sino Dios, y Mahoma es » su profeta. No hay que contradecirlos; por- » taos con ellos como habeis hecho con los Ju- » dios y con los Italianos. Respetad á los Muf- » tis y á sus Ulemas, como habeis respetado á » los Rabines y á los Obispos; guardad para » las ceremonias que prescribe el Alcoran, y » para las mezquitas la misma tolerancia que » habeis guardado para los conventos y las » sinagógas, para la religion de Moises y para

» la de Jesucristo. Las legiones romanas res- » petaban á todas las religiones. Hallareis aquí » usos diferentes de los de Europa. Es preciso » que os acostumbreis á ellos. Los pueblos que » vamos á encontrar tratan á las mugeres de » otro modo que nosotros; pero en todo pais » el que las fuerza es un monstruo. El pillage » enriquece solamente á un corto número de » hombres, nos deshonra, destruye nuestros » recursos, y nos hace enemigos de los pue- » blos, cuya amistad nos es necesaria. La pri- » mera ciudad que vamos á encontrar ha sido » edificada por Alejandro, hallaremos á cada » paso grandes recuerdos, dignos de excitar » la emulacion de los Franceses. » El 1º de julio decia á los Musulmanes de Alejandria; « Hay demasiado tiempo que los Beyes de » Egypto insultan á la nacion francesa, y ul- » trañan á los comerciantes; ha llegado la hora » de su castigo. Es tiempo que esta caterva » de esclavos, comprados en el Caucasio y en » la Georgia, dejen de tiranizar á la parte » mas hermosa del mundo; pero Dios, de quien » todo depende, ha decretado que su impe- » rio tenga fin. Pueblo de Egypto, se os dirá » que vengo para destruir vuestra religion,

» no lo creais. Contestad que vengo para res-  
 » tituiros vuestros derechos, castigar los usur-  
 » padores, y que respeto á Dios, á su Pro-  
 » feta y al Alcoran, mas que los Musulmanes.  
 » Decidle que todos los hombres son iguales de-  
 » lante de Dios; la única diferencia entre ellos  
 » consiste en los talentos y en las virtudes....  
 » Si hay una buena hacienda pertenece á los  
 » Mamelucos; lo mismo sucede con una her-  
 » mosa cautiva, un hermoso caballo, una  
 » hermosa casa, que siempre caen en manos  
 » de los Mamelucos. Si tienen el Egipto en  
 » calidad de arrendatarios, por qué no os en-  
 » señan la carta de arriendo que Dios les ha  
 » hecho?... Quadhys, Cheicks, Huanes, Tchor-  
 » badyjis, decid al pueblo que tambien nos-  
 » otros somos verdaderos Musulmanes.... ¿No  
 » somos los que hemos destruido al Papa que  
 » decia era preciso hacer la guerra á los Mu-  
 » sulmanes?.... ¿No hemos destruido á los  
 » caballeros de Malta? ¿No hemos sido en to-  
 » dos los tiempos amigos del gran Señor y  
 » enemigos de sus enemigos?... Tres veces fe-  
 » lices los que serán con nosotros! Prospera-  
 » rán en su fortuna y en su rango. Felices los  
 » que serán neutrales! Tendrán tiempo para

» conocernos, y unirse con nosotros. Pero,  
 » desdichados, tres veces desdichados, los que  
 » se armarán á favor de los Mamelucos y pe-  
 » learán contra nosotros. No habrá esperanza  
 » para ellos; habrán de perecer.» Los hom-  
 » bres que han subyugado á los pueblos se han  
 » distinguido eminentemente por una elocuen-  
 » cia popular. Bonaparte poseia en el mas alto  
 » grado esta elocuencia, que es una de las pri-  
 » meras causas de los sucesos de sus semejantes.  
 » Es necesario mucho ingenio para persuadir á  
 » los soldados y á los vencedores que sacan al-  
 » gun provecho de las victorias.

Bonaparte, apenas se vió dueño de Alejan-  
 » dria, que aplicó toda la actividad que le de-  
 » voraba al pronto desembarco de todo su ejér-  
 » cito, comunicando el mismo ardor á cuantos  
 » le rodeaban. El almirante Bruyeis hizo fon-  
 » dear la escuadra en Aboukir, y el comboy en-  
 » tró en el puerto de Alejandria. En cuanto á  
 » la escuadra, debia, segun las instrucciones  
 » de Bonaparte, ó entrar en el puerto viejo de  
 » Alejandria, ó tomar una buena posicion mi-  
 » litar en la rada de Aboukir, ó en fin dirigirse  
 » sobre Corfú. La proximidad de los Ingleses no  
 » permitia atraso ninguno en la ejecucion de

estas disposiciones y la necesidad urgente de prevenirse y de tantear las intenciones de los Beyes. Obligaba á dirigirse cuanto antes sobre el Cairo. El general Desaix con su division, que formaba la vanguardia, se adelantó por el desierto hácia Damanhour. Pero, durante esta marcha de quince leguas sobre unas arenas ardientes y esteriles, nuestras tropas casi enteramente privadas de agua, pasaron unos trabajos tales, que Desaix, tan difícil de conmoverse por los mayores peligros, escribia al general en gefe: « Si el ejército no pasa el » desierto con la rapidez del relámpago, pe- » » recerá. »

El ejército salió de Alejandria el 5 y el 6 de julio. Bonaparte dejó por comandante de aquella ciudad al general Kleber, que habia sido herido en el asalto de las murallas. El general Dugua marchó por otro lado sobre Rosetta con el encargo de proteger la escuadrilla francesa, que debia tomar el camino del Cairo sobre el brazo izquierdo del Nilo, y unirse con el ejército en Ramanieh.

El calor terrible, el hambre y la sed, mas horrorosa todavia, atormentaban á nuestros soldados; muchos perecieron, y para colmo

de males, el fenómeno, desconocido en nuestros países, de la apariencia del agua, producida por los rayos del sol sobre la arena, les presentaba un lago inmenso que iban á alcanzar. La ilusion de este fenómeno es tal, que engaña la vista la décima vez como la primera, y como se manifestaba particularmente por las mañanas, los Franceses apresuraban el paso y se cansaban en vano, para caer mas abatidos que antes, cuando el sol, en toda su fuerza, disipaba las aguas imaginarias en que pensaban apagar la sed que los devoraba. El suelo que pisaban ardia en brasas; tanto dolor causaba el parar como el andar; la noche, en lugar de proporcionar alguna calma, traia nuevos tormentos; un rocío, extremadamente frio, helaba los miembros y penetraba los huesos. ¡ Qué situacion para unos hombres acostumbrados á hacer la guerra en el clima delicioso de la Italia! Así es que la murmuracion empezó á cundir y los mas adictos empezaban á desesperarse.....

El 8 de julio, Bonaparte llegó á Damanhour, donde el ejército reunido olvidaba los padecimientos del desierto, y los gritos de sedicion, amenazadores para su héroe. Bonaparte, por

su lado, lo olvidó todo. El 10 al amanecer, el ejército se puso en movimiento sobre Ramanieh; Bonaparte, acompañado de algunos oficiales del estado mayor, se alejó á alguna distancia de los diferentes cuerpos y no se halló separado de los Beduinos sino por un pequeño cerro que le ocultaba; al instante conoció el peligro á que se habia expuesto y dijo alegremente: « No está escrito en el cielo que » los Arabes me hayan de hacer prisionero. » En fin, despues de algunas horas de camino, apareció el Nilo con sus dos orillas cubiertas de ricas mieses. El primer movimiento de nuestros soldados fue precipitarse en un rio que tambien era un Dios para los Franceses. Apenas refrescado y consolado, el ejército tuvo que volver á sus banderas, atacadas por los Mamelucos á quienes rechazó la artillería del general Desaix. Bonaparte mandó descansar en Ramanieh para aguardar la escuadrilla que llevaba las provisiones. El ejército, descansado y contento, se puso en marcha durante la noche con mucho orden y con la esperanza de dar la batalla que debia abrir las puertas de la capital de su futura conquista. La escuadrilla nos seguia, conducida por el gefe de di-

vision Perrée. Los generales Andreossy y Zayonzcheck estaban á bordo, mandando la artillería y las tropas de á caballo no montadas; de repente la escuadrilla francesa se halló separada por la violencia de los vientos de la izquierda del ejército y llevada enfrente de la escuadrilla enemiga sostenida por el fuego de cuatro mil Mamelucos, de los Felhas y de los Arabes. Al instante se empeña un combate desigual, en que el valor suple el número, y que costó al enemigo sus lanchas cañoneras. En este combate, en que la intrepidez y la serenidad del general Andreossy tuvieron mucha parte en la victoria, Monge y Berthollet, que se hallaban sobre el chabeque de Perrée, manifestaron mucho valor, y fueron muy útiles. Entretanto, Bonaparte, discurriendo por los cañonazos que oia, que su escuadrilla estaba atacada, mandó avanzar el ejército á paso de carga sobre Chebreiss y halló á los Mamelucos en batalla delante de aquel lugar. Reconoció la posicion del enemigo y dispuso sus fuerzas del modo siguiente. Cada una de sus cinco divisiones formaba un cuadro que presentaba por cada lado seis hombres de profundidad. Los equipages y la caballería estaban en el

centro, la artillería en los ángulos. Los granaderos de cada cuadro formaban pelotones que flanqueaban las divisiones y debían reforzar los puntos atacados.

Apenas el ejército llegó á media legua de los Mamelucos, éstos se abalanzaron en tropel é inundaron la llanura, pasaron nuestras alas caracoleando sobre los flancos y á las espaldas de los Franceses, y buscando el punto flaco para penetrar; pero toda la línea francesa les presentó una muralla de hierro echando llamas. Otras partidas iban cargando con ímpetu sobre la derecha y el frente del ejército; se acercaron hasta el alcance de la metralla que los hizo pedazos y los disipó. Entonces los Franceses se pusieron en movimiento y se apoderaron del lugar de Chebreiss. Después de dos horas de una acción muy reñida, el enemigo se retiró en desorden hácia el Cairo dejando á seiscientos muertos sobre el campo de batalla; su escuadrilla huyó también subiendo el Nilo. El ejército victorioso hizo noche en Chebreiss, y volvió á tomar el camino del Cairo, en medio de todas las privaciones, atravesando pueblos abandonados y sobre un terreno exhausto de casi toda vegetación

alimentaria. Así es que, á pesar de haberse aliviado las penas de algunos, la melancolía y la tristeza reinaban entre nuestros soldados. Se acordaban con sentimiento de la Italia y de la Francia, y se miraban como desterrados en un país estéril y más peligroso, cien veces, que el enemigo. Bonaparte oía estas quejas y procuraba aplacarlas, poniendo su propio bivaque en los puntos más incómodos.

El 21 de julio, el ejército, que había salido de Omdinar durante la noche, llegó sobre las dos de la tarde á media legua de Embabeh y halló al cuerpo de Mamelucos formado delante del pueblo. Bonaparte mandó hacer alto; el exceso del cansancio y del calor agobiaban á las tropas; el soldado contaba con una hora de descanso; pero los movimientos del enemigo y las disposiciones de la batalla no dejaron tiempo para ello.

Todo era nuevo para los Franceses; detrás de la izquierda del enemigo, estaban las Pirámides, testigos inmóviles de las mayores desgracias del mundo; un poco más allá de la izquierda, corría con magestad el antiguo Nilo; resplandecían los trescientos minaretes del Cairo, y se dilataban las llanuras tan fér-



tiles en otros tiempos; de la antigua y poblada Memfis. Los trages magníficos, el resplandor de las armas y la hermosura de los caballos de la caballería de los Beyes, contrastaban de un modo singular con el uniforme y el armamento severo de los batallones franceses, cuyo general en gefe se confundia con ellos por la modestia de su vestido. Se parecia á Leonidas lidiando con sus Esparciatas contra el fastuoso ejército de los Sátrapas; pero no hubo Termópiles. Las Pirámides fueron felices para los Franceses: « Soldados! exclamó » Bonaparte, desde lo alto de estos monumentos, cuarenta siglos os estan mirando. »

Mourad Bey apoyaba su derecha sobre el Nilo, hácia donde habia construido de prisa un campamento atrincherado, guarnecido con cuarenta piezas de cañon, y defendido por unos veinte mil hombres, Genizaros ó Spahies; su izquierda, que se prolongaba hácia las Pirámides, constaba de diez mil Mamelucos, servidos cada uno por tres Felhas, y de tres mil Arabes. Bonaparte dispuso su ejército, como en Chebreiss, pero de modo que presentase mas fuego al enemigo. Desaix mandaba la derecha, Vial la izquierda, y Dugua

el centro. Despues de haber reconocido el campamento atrincherado, se supo que la artillería del enemigo no estaba montada sobre cureñas de campaña, y que la infantería no se atreveria á salir sin cañones. Al instante, Bonaparte mandó hacer un movimiento á todo el ejército sobre su derecha, pasando fuera del alcance de la artillería del campamento, lo que inutilizó casi enteramente los cañones y la infantería del enemigo, y nos dejó por contrarios á los Mamelucos solos.

Mourad Bey habia nacido con el instinto de la guerra, y tenia el golpe de vista penetrante; conoció que todo el suceso de la jornada dependia de aquel gran movimiento, y que era preciso impedirlo á toda costa. Se puso á la cabeza de seis á siete mil caballos y vino á atacar á la columna del general Desaix, á quien puso en desórden por algunos instantes; pero los cuadros volvieron á formarse al instante, y recibieron con serenidad los Mamelucos, cuyos primeros pelotones solos habian empezado el choque. Reynier estaba flanqueando nuestra izquierda. Bonaparte, que estaba en el cuadro del general Dugua, se adelantó sobre el grueso de los Ma-

melucos , y se puso entre el Nilo y Reynier. Los Mamelucos hicieron unos esfuerzos terribles para deshacer nuestras filas; iban cayendo en tropezos bajo el fuego de nuestros cuadros, que se parecían á las murallas de una fortaleza. Estos baluartes vivientes hicieron creer al enemigo que nuestros soldados iban atados unos á otros. Algunos de los mas encarnizados se metian con sus caballos , vueltos por la parte de atras , enmedio de las bayonetas de nuestros granaderos ; todos perecieron. La masa de los Mamelucos iba dando vueltas alrededor de nuestros cuadros , buscando una entrada por entre los intervalos ; pero no pudieron lograrlo , y por fin volvieron á su campamento , enmedio de las balas y de la metralla. Mourad , acompañado de sus mejores oficiales , se dirigió sobre Gizeh , hallándose así separado de su ejército. Entretanto , la division del general Bon marchaba sobre el campamento atrincherado , mientras el general Rampon corria á ocupar un desfiladero entre Gizeh y aquel campamento , donde reynaba la mas horrible confusion. La caballería se abalanzó á la infantería , que viendo á los Mamelucos destrozados ,

echó á correr hácia la izquierda de Embabeh; una parte logró escapar nadando ó en barcos; pero muchos se ahogaron en el Nilo, perseguidos por el general Vial. Las demas divisiones francesas iban ganando terreno. Los Mamelucos, cogidos entre su fuego y el de los cuadros, procuraron abrirse un camino y cayeron desesperados sobre la pequeña columna del general Rampon; pero todo su valor no pudo nada contra este nuevo obstáculo; volvieron las riendas teniendo que pasar á cinco pasos de un batallon de carabineros que acabó casi enteramente con ellos. Todos los que escaparon se ahogaron. Mourad Bey no pudo hacerse acompañar en su retirada sino por mil y doscientos Mamelucos, los únicos que se salvaron con él. Los trofeos de la victoria de Embabeh fueron cincuenta cañones , cuatrocientos camellos , los víveres , los tesoros y los bagages de esta noble milicia de esclavos , y en fin la posesion de la ciudad del Cairo. Bonaparte que conocia todo el poder de los antiguos reuerdos , y que aspiraba sin cesar á sembrar su vida de gloriosas comparaciones con los grandes monumentos , quiso dar á esa brillante jornada el nombre de *batalla de las Pirámides*.

Las divisiones de Desaix, Reynier y Dugua, despues de haber perseguido á los enemigos hasta la noche, volvieron á Gizeh, en donde las tropas francesas estaban establecidas ya, así como en el campamento atrincherado de Embabeh, en donde las divisiones de Bon y de Menou nadaban en la abundancia. Bonaparte se alojó en la casa de campo de Mourad Bey, y luego recibió en su cuartel general á una diputacion de los Checks y de los notables del Cairo, en donde despues de la derrota de Embabeh, reinó la mayor confusion, habiéndose retirado á toda prisa el Bajá Seid-Abubeker y el Bey Ibrahim, prudente competidor de Mourad. Bonaparte, queriendo evitar las desgracias, que siguen siempre á la anarquía, habia enviado una proclama para dar confianza á los habitantes. Los diputados venian para tratar de la rendicion de los Genizaros y de la plaza, é implorar la clemencia del vencedor. Bonaparte los acogió con benevolencia, y los despidió, bajo la escolta de dos compañías escogidas mandadas por el intrépido Dupuy, nombrado general de brigada sobre el campo de batalla. La orilla derecha del Nilo ardia en llamas, con motivo del

incendio de sesenta barcos cargados de riquezas, que los mismos Mamelucos mandaron quemar. Fue al resplandor de esta luz, que nuestros soldados entraron de noche dentro de la capital y recorrieron sus calles largas y silenciosas. Todas las puertas estaban cerradas y todas las luces apagadas, no se oia la voz de ningun hombre; los perros solos, que abundan en aquella inmensa ciudad, contestaban con sus ahullidos al tambor de los Franceses.

El 25 de julio, el general en gefe hizo su entrada en el Cairo, en medio de un pueblo numeroso que acudia á contemplar al vencedor de los Mamelucos. Su primer cuidado, despues de haber encargado el mando de la plaza al general Dupuy, fue de organizar definitivamente el Divan provisional instituido por los habitantes, y arreglar la administracion de los paises que ibamos á ocupar. Kleber residia en Alejandria, Menou en Rosetta, Dupuy en Damanhour; Zayonscheck fue enviado al Menoufieh, Murat al Kelcoieb, Vial á las provincias de Mansourah y de Damietta, Fugieres á las de Garbieh, y Belliard á Gizeh. Desaix recibió la orden de construir un campamento atrincherado, á cuatro leguas de esta

última ciudad, con el fin de mantener todo el país. Se tomaron posiciones militares en el Cairo viejo y en Boulaq, y un cuerpo de observacion marchó sobre el Khaukal para observar á Ibrahim; este cuerpo luego formó la vanguardia del ejército, que se puso en movimiento para echar á aquel Bey de Egypto. Bonaparte mandaba la expedicion; topó delante de Belbeis con los restos de la caravana de la Meka, destruida en parte por Ibrahim, libertó á los mercaderes, de los Arabes que formaban su escolta y que los saqueaban, y los hizo acompañar hasta el Cairo por una partida de Franceses. Ibrahim huia hácia Salahieh; salia de aquella ciudad al momento de nuestra llegada. Se veian á una corta distancia sus bagages y sus mugeres desfilando. Unos mil Mamelucos componian su retaguardia; algunos destacamentos de caballería francesa llevados de su ardor, y acaso tambien con la esperanza de un rico pillage, se abalanzan con ímpetu á los Mamelucos, y se abren el paso en medio de sus filas; pero se hallan envueltos. Los Franceses acuden á socorrerlos y en un momento la carga se hizo general; los guias del general en gefe y sus edecanes siguen

el movimiento. Bonaparte quedaba casi solo; en fin, el 3º de dragones llega y con un escopetéo bien dirigido obliga á los Mamelucos á retirarse; pero se batieron con un valor desesperado. El gefe de escuadron d'Estrée, y el edecan Solkowski recibieron el uno catorce sablazos y el otro siete, y ademas varios fusilazos. Lasalle gefe de brigada, el general Murat, Duroc edecan de Bonaparte, Arrighy su pariente y el ayudante general Le Turc se distinguieron con prodigios de audacia y de valor. Ibrahim tuvo que retirarse al desierto. Bonaparte, libre ya de aquel temible contrario, se ocupó en tomar medidas para impedirle la vuelta á Egypto, y dirigió el ejército por la parte de Siria, por si acaso algun enemigo se presentaba por aquel lado. Dió las órdenes necesarias á los ingenieros para la construccion de una fortaleza, y dejando la division del general Reynier en Salahieh, volvió al Cairo.

Se ha visto, mas arriba, que el almirante Bruyeis podia tomar tres partidos para atender á las vivas solicitudes del general en gefe, con respecto á la salvacion de la escuadra. Eligió el segundo de estos partidos, es á decir, que se resolvió á embozarse en la rada de

para alumbrarse, en un combate tan reñido, otras luces que el fuego de mil y doscientos cañones que disparaban incesantemente, y cuya conmocion agitaba el mar como en una tempestad.

Desde el principio de la accion, Bruyeis habia sido herido. Sobre las ocho cayó abatido por un cañonazo. Gantheaume, su amigo, quiso hacerle retirar: «No, le dijo apretándole » la mano, un almirante frances debe morir » en su puesto.» Al cabo de un cuarto de hora dió el último aliento. Al mismo momento, el capitán de pavellon Casabianca y el capitán de fragata estaban gravemente heridos. A pesar de tantas desgracias, *el Oriente* seguia peleando con la misma audacia y la misma intrepidez. Varios navíos enemigos acribillados por sus balas tuvieron que huir. El *Bellerofonte*, que vino despues, perdió la mitad de su tripulacion y tuvo sus tres palos abatidos, de manera, que no pudiendo ya maniobrar, la corriente le llevó sobre nuestra retaguardia, cuyo fuego tuvo que aguantar. Iba á dar á pique; los gritos de los Ingleses daban á conocer que se entregaban. Si en aquel momento Villeneuve aprovecha la ocasion, se apodera del *Bellerofonte*

*fonte* sin disparar un tiro, liberta al *Oriente* y á los demas navíos y muda una desgracia próxima en una victoria brillante; pero Villeneuve se quedó inmóvil sin que, entonces ni despues, se haya podido explicar su conducta. *El Esparciata*, *el Pueblo Soberano*, y *el Aquilon*, abandonados á sí mismos como *el Oriente*, combatieron con la misma heroicidad é hicieron un daño inmenso á los Ingleses, cuyos navíos por la mayor parte habian cesado el fuego. Pero á las nueve, un incendio se declara á bordo del *Oriente*, sin que ningun esfuerzo pueda apagarlo, y sin que cese de disparar á pesar de las órdenes de Gantheaume; la tripulacion se tiró al mar; una parte se ahogó, y media hora despues, *el Oriente*, abrasado por todas partes, saltó con un estruendo que dejó estupefactas á las dos escuadras. A pesar de tan espantoso desastre, los Franceses volvieron á empezar el fuego, que fue terrible todavia entre las cinco y las seis de la mañana. Duraba aun á las doce y se acabó solamente á las dos, despues de la toma ó de la ruina de casi todos nuestros navíos. Si se ha de dar fe á nuestros contrarios, Villeneuve podia decidir el suceso á nuestro favor, aun despues de la pérdida del

*Oriente*; lo podía á las doce de la noche con entrar en línea; en vez de hacerlo, se marchó antes de que se acabase la acción, con el *Guillermo-Tell*, el *Generoso*, y las fragatas *la Diana* y *la Justicia*, sin ser perseguido por el enemigo, que no se hallaba en estado de inquietarle; los otros tres navíos de Villeneuve dieron á la costa y fueron cogidos por los Ingleses.

Experimentamos en Aboukir todos los rigores de la fortuna; pero, aunque en cada navío frances faltase la mitad de la tripulación, nuestros marineros ennoblecieron su desgracia con unos prodigios de valor que les merecía la victoria. Hubo sacrificios sublimes; el joven Casabianca, niño de nueve á diez años, que habia manifestado una constancia superior á su tierna edad, fue sepultado en las olas al lado de su padre á quien no quiso abandonar. Thevenard, comandante del *Aquilon*, cruelmente herido por las balas, no cesó de animar á los suyos hasta la muerte. Blanchet Duchayla, herido en la cara por un golpe de metralla, sabe que no le queda sino tres cañones capaces de servir y exclama: «Disparad siempre; nuestro último tiro puede ser funesto

» al enemigo.» Dupetit-Thouars perdió los dos muslos de un cañonazo; quiso morir en su puesto como Bruyeis; otra bala le quitó un brazo; y en este estado decia: «Tripulación del Tonante, no hay que rendirse;» y mandaba que se le tirase al mar si los Ingleses se apoderaban de su navío.

La jornada de Aboukir y la de Trafalgar señalan á dos de las mayores fatalidades de la vida de Bonaparte; la una le cerró el camino del Asia, y la otra acaso le quitó el imperio, que hubiera conquistado en el canal de la Mancha, si este mismo almirante Villeneuve hubiese ejecutado sus órdenes y evitado el combate, que hubiera debido buscar delante de Aboukir.

El mismo Kleber, el heróico Kleber, quedó atónito con la pérdida de nuestra escuadra; Bonaparte recibió la noticia con una firmeza á toda prueba; ninguna alteracion se pudo notar sobre su cara. No dejó conocer la profunda sensacion que debió causarle un acontecimiento, cuyas grandes consecuencias se le ofrecieron desde luego. Dispar la confusion y la consternacion que reinaban en Alejandria á pesar de la presencia de Kleber; pe-

dir y lograr saber la verdad entera sobre nuestra desgracia; socorrer á los vivientes en su dolor; honrar á los muertos ilustres en la tumba; consolar á sus familias con palabras adecuadas al dolor de una alma grande que echa una mirada melancólica sobre el penoso y corto tránsito que se llama la vida; restablecer el órden en todas partes; reunir y organizar los restos de nuestra marina; vigilar sobre la escuadra de Villeneuve, refugiada en Malta; volver á dar confianza al ejército haciéndole ilusion con las esperanzas de la gloria; hé aquí un ligero bosquejo de los cuidados del héroe en unas circunstancias tan graves en que fue una verdadera providencia para los Franceses, abandonados desde aquel momento sobre la tierra de los Faraones.

Bonaparte, prisionero en su propia conquista, hecha una patria para él y para sus tropas, hubiera sido únicamente el hombre de la fortuna si hubiera desesperado de su porvenir; pero iba á reinar; el general del ejército frances era tambien el Sultan de Egypto. Debía consagrar todo su ingenio á sus soldados y á sus vasallos. El destino le hizo hacer el ensayo del cetro sobre las orillas del Nilo; y

su carácter superior tomaba desde entonces un corto viso oriental, que se notó siempre en adelante, en sus designios y en su voluntad. Parece que la naturaleza le habia creado para el trono del Asia; tenia para mantenerse allí todo lo que despues le precipitó del que levantó en Europa. Esta soberanía, forzada y pasagera en Egypto, desenvolvió en él todos los gérmenes de poder absoluto que el suelo de la Francia se negaba aun á fomentar. En el Occidente, Bonaparte podia titubear entre César, Cipion, Carlo Magno y Cárlos Vº; pero el Oriente solo le recordaba á Alejandro, Sesostris, y acaso á Mahoma. Sin embargo seguia á su siglo en su marcha y queria manifestar al mundo la persona de un Califa ilustrado, renovando en Egypto el reinado de los Abasidas en España. A la cabeza de un ejército invencible, rodeado de un estado mayor de filósofos, iba á proteger con la misma mano á las artes de la Europa y á la religion musulmana, dando así al universo el espectáculo nuevo de un conquistador que venera al culto implacable de los vencidos, y les recuerda su grandeza pasada con el respeto que profesa para con los monumentos de su pais.

« Ya no tenemos escuadra, dijo al recibir la » funesta noticia; y bien, es preciso quedarnos » aquí ó salir de este pais grandes como los » antiguos. » Los soldados admitieron los destinos contenidos en esta despedida estóica, pero los habitantes estaban muy agenos de la misma resignacion.

Luego se empezó á notar una fermentacion sorda en el Cairo. Se acercaba la época en que la naturaleza, con las avenidas anuales del Nilo, dispensa la fertilidad al suelo egipcio, y se preparaba la gran ceremonia que se celebra con este motivo, hace tantos siglos. Bonaparte cogió con destreza la ocasion de manifestar su respeto para una costumbre á la vez política y religiosa. Presidió la fiesta, puesto debajo del mismo pabellon, con el Bajá del Cairo que le abandonó todo el honor de la jornada. A una señal que dió, la estatua de la esposa del Nilo fue precipitada en el rio; se rompieron los diques y los nombres de Bonaparte y de Mahoma se confundieron en los aires; el general frances tiró monedas de oro á la muchedumbre, mandó distribuir treinta y ocho cafatanes á los principales oficiales, y vistió la pelliza blanca al Nakil Redgah, y la pelliza

negra al Molhah alcaide del Mekias, monumento que encierra el Nilómetro. Todo el pueblo alababa al Profeta y á nuestro ejército, y maldecia la tiranía de los Beyes diciendo, lleno de gozo, á Bonaparte: « Sí, habeis venido á libertarnos por orden de Dios misericordioso, pues teneis la victoria de vuestra parte, y el mas hermoso Nilo que se haya visto de un siglo acá; dos beneficios que Dios solo puede conceder. » Esta brillante solemnidad tuvo lugar quince dias despues del desastre de Aboukir. La fortuna ofreció al nuevo Sultan otra circunstancia favorable para afianzar su poder sobre el respeto de las tradiciones á la fé de sus súbditos. La fiesta del aniversario de Mahoma se celebra en varias provincias y en el Cairo con la mayor magnificencia. Las procesiones de los fieles, los coros de danza y de instrumentos, las evoluciones militares dirigidas por el mismo Bonaparte, una iluminacion general, los fuegos artificiales y unos banquetes suntuosos, animaron á toda la ciudad durante cuatro dias. Bonaparte se dejó ver al público y dió la pelliza de honor al Cheick El Beery, reconocido como primer descendiente de Mahoma, y nombrado en la



Aboukir. Esta resolución era peligrosa sin duda, pero no conviene juzgar, despues de lo que aconteció, que el Almirante no tenia fundamento en esperar que, en esta posición, podia resistir á los Ingleses. Sin embargo, Bonaparte, hallándose sin noticias de la escuadra desde trece dias, por haberse interceptado la correspondencia, y creyendo, segun unos informes recientes recibidos de Alejandria, que el ensayo de las sondas habia sido favorable, despachó, el 30 de julio, á su edecan Julien, con el encargo de mandar al Almirante, de quien por fin se acababan de recibir cartas, entrase en el puerto de Alejandria, ó saliese inmediatamente para Corfú. El oficial topó en el camino con una partida de Arabes, y fue degollado con su escolta de quince hombres. Con todo, aunque no hubiese perdido un minuto, le hubiera sido imposible llegar á tiempo para evitar la catástrofe de Aboukir.

El 1º de agosto, sobre las tres de la tarde, se atisbó á la escuadra inglesa de catorce navíos de línea y dos bergantines. El contra-almirante, Blanchet Duchayla, mandaba nuestra ala izquierda, donde se hallaban el *Guerrero*, el *Conquistador*, el *Esparciata*, el *Aquilon*,

el *Pueblo Soberano*, y el *Franklin*. El *Oriente*, de á 120 cañones, en que iba el almirante Bruyeis, estaba en el centro; y despues venia el *Tonante*, y en fin, á la ala derecha, el contra-almirante Villeneuve tenia bajo sus órdenes al *Feliz*, al *Mercurio*, al *Guillermo-Tell*, al *Generoso* y al *Timoleon*. A las seis la accion empezó con un violento cañoneo; luego una parte de la escuadra enemiga, dando la vuelta á la cabeza de la línea francesa, logró cortarla, y echar el ancla entre la tierra y nosotros, mientras Nelson iba recorriendo nuestro frente con el resto de sus fuerzas. Dos navíos ingleses escollan al tiempo de ejecutar esta manobra atrevida; pero nuestro centro y nuestra vanguardia se hallaban puestos entre dos fuegos. De ambas partes se peleaba con la mayor obstinacion. Al cabo de una hora, el *Guerrero* y el *Conquistador* habian perdido la mitad de su gente, su artillería estaba desmontada, sus jarcias despedazadas, y sucumbieron uno tras otro. La fragata la *Seria*, atacada por el *Goliath*, opusó la mas vigorosa resistencia; estuvo casi despedazada y á pique de sumergirse, pero se defendió de tal modo que logró capitular. Llegó la noche y los dos partidos no tenian

misma mañana Nakil-el-Ascharaf, ó gefe de los Cheickes en lugar de Osman Effendi que se habia huido. Derramó al mismo tiempo limosnas abundantes. En fin, la época no menos religiosa de la salida de la caravana del Cairo para la Meka, completó el curso de naturalizacion que mandaba hacer al ejército frances, y añadió á la confianza que las demostraciones anteriores habian podido inspirar á los Egipcios. Dió las órdenes las mas severas para proteger á los peregrinos, y escribió él mismo una carta muy expresiva al Cherif de la Meka.

Pero, en medio de todos estos cuidados, se veia en la precision de ceder á la necesidad imperiosa de una administracion regular, que asegurase la subsistencia de sus tropas, que proveyese á la defensa del pais, y que crease un sistema de contribuciones. Cabalmente, los habitantes aprobaron mucho menos esta última parte de su legislacion, y muchas insurrecciones á mano armada hicieron conocer al general en gefe todos los peligros de su posicion. Los emisarios de los beyes Ibrahim y Mourad lograron sublevar algunas poblaciones, que dieron ocasion al valor frances de

desplegarse. De manera que el establecimiento de la paz interior y de un órden legal eran motivos de guerra. Las frecuentes ejecuciones militares sobre los puntos en que estallaban las rebeliones, las comprimian por algun tiempo, pero volvian á nacer de las cenizas de las aldeas incendiadas, y la venganza contestaba á estos actos de justicia rigurosa, lo mismo que el ódio acogia todas las disposiciones tomadas para la tranquilidad y la prosperidad del pais. Los Egipcios eran tan poco Franceses, como Bonaparte musulman; acostumbrados á la quietud monótona de una sumision servil, se vieron de repente invadidos y como turbados por el imperio de las leyes, que ofendian á los hábitos cobardes, como la arbitrariedad ofende á la libertad. No es cosa fácil substituir la obediencia que raciocina, á la obediencia pasiva. La esclavitud es un código sin comentario que tiene sus fanáticos. El Alcoran era este código, y por otra parte reprobaba como infieles, á los nuevos legisladores; así es que la religion nos oponia una barrera insuperable. El ejército que tenia por fuerza que estar siempre conquistador, durante su permanencia en Egipto, desempeñó su tarea con suceso,

porque el language de la fuerza se hace percibir por todos los pueblos.

Entretanto, el 22 de septiembre de 1798 anunció á nuestros soldados la fiesta de la fundacion de la República. Bonaparte quiso hacerla nacional para los Egipcios. Mandó construir un circo inmenso en la plaza principal del Cairo, y mandó poner en él ciento y nueve columnas, en cada cual se puso una bandera en que iba escrito el nombre de un departamento. Habia en medio un obelisco colosal cargado de inscripciones; sobre siete altares antiguos estaban puestos unos trofeos y las listas de los valientes muertos en los combates. A la entrada se levantaba un arco triunfal, en el que iba representada la batalla de las Pirámides, y entre las inscripciones árabes se leia esta: *No hay otro Dios sino Dios y su Profeta es Mahoma*. Habia, sin duda, poca conveniencia en la inscripcion y en la batalla que recordaba; pero las dificultades que rodeaban á Bonaparte le obligaban á adular igualmente á los vencidos y á los vencedores. Dijo á sus tropas el dia de la fiesta: « Hacer cinco años, la independenciam del pueblo frances se hallaba amenazada; volvisteis á tomar

» á Tolón, lo que fue el presagio de la ruina  
 » de vuestros enemigos. Un año despues, ven-  
 » cisteis á los Austriacos en Dego; el año si-  
 » guiente os hallasteis sobre la cumbre de los  
 » Alpes; hace dos años que atacabais á Mán-  
 » tua y que ganábamos la célebre batalla de  
 » San Jorge. El año pasado, estabais en las  
 » fuentes del Drave y del Lisonzo de vuelta de  
 » Alemania. ¿Quién hubiera dicho entonces  
 » que os hallariais sobre las orillas del Nilo,  
 » en el centro del continente? Desde el Ingles,  
 » célebre en las artes y en el comercio, hasta  
 » el hediondo y feroz Beduino, fijais las mi-  
 » radas del mundo. Soldados! vuestro destino  
 » es hermoso.... En este dia cuarenta millones  
 » de ciudadanos celebran la era de los gobier-  
 » nos representativos; cuarenta millones de  
 » ciudadanos piensan en vosotros.... »

Este discurso fue acogido por las aclamaciones del ejército, y el nombre de Bonaparte retumbó mil veces en los aires mezclado con el de *viva la República!* Luego se dió á los Egipcios el espectáculo de unas evoluciones militares, mientras un destacamento iba á plantar el estandarte tricolor sobre la mas alta de las Pirámides. Al mismo tiempo se prepa-

raba una mesa en el palacio. Doscientas personas fueron convidadas al banquete: los colores franceses y otomanos tremolaban sobre la cabeza de los convidados; la media luna turca y el gorro de la libertad, la declaracion de los derechos del hombre y las tablas del Alcoran figuraban juntos, por la mas extraña reunion, y formaban un espectáculo que el mundo no volverá á ver. La fiesta se concluyó con unas corridas á pie y á caballo y con una brillante iluminacion.

A los conquistadores nunca les faltan poetas; se cantaba en la gran mezquita del Cairo: « Alegraos, hijos de los hombres; Alá ya no está » irritado contra vosotros! Alegraos pues. En » su misericordia, ha llamado á los valientes » del occidente para libertaros del yugo de » los Mamelucos! Que Alá haga prosperar el » ejército de los valientes del occidente! » Entretanto los *hijos de los hombres* estaban conspirando contra *los valientes del occidente* para volver á su yugo primitivo, y conspiraban con el silencio profundo que caracteriza á todas las conspiraciones de esclavos.

Con todo, el Cairo transformado en metrópoli francesa, presentaba, gracias á la activi-

dad incansable de Bonaparte, el aspecto y los recursos de una ciudad de Europa; y se parecia, en medio de la barbarie indigena, á un Oasis de civilizacion y de industria que ofrecia al ejército los gozos de la patria y le hacia olvidar su destierro. Hasta entonces la guerra y la administracion militar habian llenado enteramente la imaginacion del general en jefe; deber de la conquista y necesidad de la ocupacion. Era necesario por fin caracterizar la posesion y el establecimiento con la formacion de un gobierno civil. El divan del Cairo, compuesto de los habitantes de mas consideracion, bastaba para este proyecto: las otras ciudades recibieron igualmente el beneficio de la organizacion municipal. La creacion del Instituto de Egipto, al dia siguiente de la fiesta de la Republica, dió á la expedicion el relieve que debia señalarla como el mas hermoso episodio de una edad de prodigios y honrar para siempre á su fundador. Eran individuos de aquel cuerpo, digno émulo del Instituto de la madre patria, el sábio Fourier, actual secretario perpetuo de la academia de las ciencias; Berthollet, el célebre químico; Monge, inventor de la geometría descriptiva; Dubois,

en el día uno de los primeros cirujanos de la Europa; el famoso Larrey, cuyo nombre bendicen los ejércitos franceses; el médico Desgenettes, conocido ya por su experiencia, é ilustre despues por su heroicidad en el hospital de Jaffa; los sabios Luis Costaz, Champy, Girard, Nodet y Malus; Say, el émulo de Adam Smith; el industrioso Conté, tan útil á la colonia; el pintor Redouté; el poeta Parceval-Grandmaison; y varios otros hombres de talento; entre ellos se distinguian los militares Caffarelli y Pulkowski, y en fin el general en gefe, cuya gloria personal realzaba á todas estas superioridades europeas. Bonaparte formó cuatro clases: matemáticas, física, economía política, literatura y bellas artes. Una biblioteca, un gabinete de física, un observatorio, un jardín botánico, un laboratorio de química, un museo de antigüedades y una leonera, fueron establecidos para los trabajos respectivos de las cuatro clases; Bonaparte, que en sus proclamas nunca se olvidó de tomar el título de individuo del Instituto nacional, añadió entonces el de presidente del Instituto de Egypto. Se hicieron en aquel país grandes y útiles investigaciones; la ciencia, que

tambien tuvo sus héroes como la guerra, cuyos triunfos debia eternizar, levantó monumentos mas duraderos que los trofeos militares. Se hizo cuanto fue posible para aclimatar el ejército desterrado; mas difícil era doblar á los Egipcios á nuestras costumbres. Bonaparte encargó al Instituto formar un estado comparativo de las medidas egipcias y francesas, y de componer un vocabulario frances-árabe, con un calendario triple, egipcio, copto y europeo. Estas obras bastaban para las primeras necesidades de una sociedad nueva; dos diarios, uno de literatura y de economía política, *la Decada Egipcia*, y el otro de política, *el Correo de Egypto*, se redactaban en el Cairo. Un palacio del Bey y sus jardines fueron transformados en *Tívoli*; se establecieron tiendas y cafés; talleres de fundicion y manufacturas creadas, espontáneamente, por el ingenioso Conté. Por la primera vez, los Egipcios admiraron la mecánica de los molinos de viento. Champy fabricó pólvora; el comercio cobró actividad: en fin, en el Cairo, en esta ciudad monótona y vasalla, hasta entonces, de la industria de la Europa y del Asia, se empezó á manifestar una actividad y una especie

de independencia social que jamas existió bajo el imperio de los Otomanos.

El incendio de la escuadra habia obligado á Bonaparte á renunciar á los vastos proyectos, cuyo primer teatro debia ser el Egypto. Perdió con esta catástrofe la esperanza de otra mayor empresa; pero era propio de la prudencia consumada de su carácter, no perdonar medio ninguno para asegurarse la posesion tranquila de una colonia, cuya conquista presentaba una gloria desconocida en Europa desde el descubrimiento de ambas Indias. En consecuencia se ocupó en reclutar el ejército, que se halló en la precision de admitir entre las filas á los esclavos de la edad de diez y seis hasta veinte y cuatro años, de todas las castas asiáticas y africanas transportadas á Egypto; tres mil marineros escapados del desastre de Aboukir, fueron igualmente alistados y formaron la legion náutica. Todas las calles del Cairo se cerraban de noche para defender á los habitantes de los ataques de los árabes. Bonaparte mandó derribar estas barreras porque podian servir de estorbo en un dia de motin. Lo que sucedió en adelante justificó su prevision.

Quince dias despues, el 21 de octubre, mientras el general en gefe se hallaba en el Cairo viejo, se formaron en la ciudad corrillos sediciosos y armados, particularmente en la gran mezquita. El general de brigada Dupuy, comandante de la plaza, que entró el primero en el Cairo, despues de la batalla de las Pirámides, fue el primero que pereció en aquella ciudad. El valiente Sulkowski, edecan de Bonaparte, fue degollado tambien fuera del pueblo. El general en gefe y todo el ejército lloraron su muerte; los Franceses de toda clase y de toda condicion caian cruelmente degollados en las casas y en las calles. Las mezquitas eran las fortalezas de los rebeldes; los Imanes daban desde lo alto de los minaretes la señal de la destruccion de los infieles. La inmensa poblacion del Cairo, sublevada por los Cheikes, habia jurado, en nombre de Mahoma, el exterminio de los Franceses. Se presentó con audacia, á las puertas de la ciudad á impedir la entrada al general Bonaparte, quien no pudiendo penetrar por la puerta del Cairo, tuvo que rodear por la de Boulaq. Jamas hubo momento mas crítico en la vida de un conquistador. Mourad Bey, siem-

pre se mantenía en el alto Egipto contra el incansable Desaix. Los generales Menou y Dugua podían apenas contener el Egipto inferior; todo el desierto estaba en armas: los Arabes auxiliaban á los Felhas y á los insurgentes del Cairo. El Directorio, á pesar de su promesa de abrir negociaciones con la Puerta Otomana sobre la expedición, había guardado el silencio y faltado á la palabra dada á Bonaparte que no hubiera salido á no tener seguridad de que se había de hacer esta importante comunicación. Un manifiesto del Gran Señor esparcido con profusión en Egipto, por los Ingleses y por los emisarios de los beyes despojados, le hizo conocer todos los peligros que le rodeaban, así como el criminal descuido del Directorio; decía el manifiesto: « El pueblo frances  
 » (quiera Dios destruir aquel país enteramente y cubrir sus banderas de ignominia)  
 » es una nación de infieles obstinados y de  
 » malvados sin freno..... Miran al Alcoran,  
 » al viejo testamento y al evangelio como una  
 » fábula. Vosotros, defensores del Islamismo,  
 » héroes protectores de la fe, que adoráis un  
 » solo Dios; que creéis en la misión de Mahoma,  
 » hijo de Abder Allah, reuníos y mar-

» chad al combate bajo la protección del Altísimo! Gracias al cielo, vuestros sables están  
 » afilados, vuestras saetas son agudas, vuestros cañones se parecen al trueno! Dentro  
 » de poco vendrán, por la parte de tierra, á  
 » auxiliarnos, tropas tan numerosas como terrestres, y unos navíos más altos que las montañas cubrirán la superficie de los mares....  
 » A vosotros está reservado, con el permiso de Dios, presenciar su entera destrucción.  
 » Las promesas de Dios no pueden ser vanas.  
 » Alabado sea el Señor de los mundos! »

No solo se perdía el Egipto para nosotros, si Bonaparte no se hubiese mostrado superior al peligro que se declaraba con la violencia de los uracanes en medio de la calma, sino que todos los Franceses hubieran perecido. Sin duda se acordó de las Vísperas sicilianas. Logró penetrar en el Cairo con sus valientes, dió sus órdenes, echó á los Arabes al desierto, dirigió sus columnas por entre las calles, rodeó á la plaza con su artillería, persiguió á los rebeldes que se iban amontonando en la gran mezquita, y les ofreció el perdón; pero no lo admitieron y siguieron peleando. Pero la misma naturaleza se declaró á favor de Bona-

parte; y por un fenómeno muy extraño en aquel clima, el cielo se cubrió de nubes y se oyeron truenos. Los Musulmanes espantados piden perdon: « Ha pasado la hora de la clemencia, contestó Bonaparte; habeis empezado, á mí me toca acabar. » Al mismo tiempo, dió la señal á las baterías que acibillaron á la gran mezquita, cuyas puertas fueron derribadas á hachazos, quedando los rebeldes abandonados al furor de los Franceses que tenian que vengar á sus camaradas cobardemente asesinados. Cada soldado sabia que ya no existian navíos para salir de Egipto, de manera que miraban la venganza como un castigo político. Sin embargo despues de esta terrible ejecucion, el general en gefe procuró conocer á los principales instigadores de la conspiracion. Algunos Cheikcs, varios Turcos y Egipcios fueron sentenciados á muerte, y con el fin de castigar á todos los habitantes, Bonaparte quitó al Divan que fue reemplazado por un gobierno militar, é impuso una contribucion extraordinaria. Se publicó en todas las ciudades una proclama que impugnaba al firman del gran Señor como calumnioso y supuesto: « Cesad, decia, de fundar

» vuestras esperanzas sobre Ibrahim y Mourad, y poned vuestra confianza en el que dispone á su alvedrio de los imperios, y que ha creado á los humanos. El mas religioso de los profetas ha dicho: *La sedicion está dormida, maldito sea el que la despertará.* » En efecto, la sedicion no despertó mas en el Cairo, durante la permanencia de Bonaparte en el Egipto. El castigo fue rigoroso; pero la responsabilidad de Bonaparte era inmensa para con la patria y cuarenta mil familias francesas. El desastre de Aboukir daba el carácter de ley necesaria, aunque horrorosa, á esta responsabilidad.

Libre del peligro, con la sumision total del Cairo y del Egipto inferior, así como por los tratados de los Arabes beduinos, Bonaparte se propuso ir á resolver en Suez el problema de la union del mar Rojo con el Mediterráneo, y de buscar los restos de aquel famoso canal que recibió su nombre de Sesostris. Los recuerdos gigantescos del poder de los primeros reyes de Egipto, no podian dormir en el seno de un hombre que, al estipular un tratado de paz en una pequeña villa del Friul veneciano, habia soñado la invasion de la India



por el golfo arábigo. Bonaparte quiso verificar con sus propios ojos las relaciones de la historia; pero, siempre hábil y lleno de prevision, procuró, antes de salir para Suez, no dejar tras sí ningun rastro de la rebelion á quien acababa de castigar, y en señal de reconciliacion, volvió al pueblo del Cairo su Divan nacional; eligió para formarlo á sesenta vecinos y quitó el gobierno militar. Bonaparte preparó su expedicion, no como general en jefe, sino como individuo de los Institutos de Egipto y de Francia. Fueron con él sus compañeros Berthollet, Monge, Dutertre, Costaz, Lepere y Cafarelli, elegidos en las cuatro clases. Los generales Berthier y Darmain mandaban la vanguardia, que constaba de trescientos hombres. Despues de haber andado tres dias en el desierto, Bonaparte llegó á Suez, registró la costa, mandó completar las obras de la plaza, pasó el mar Rojo y fue á reconocer en Arabia las fuentes de Moyses. A la vuelta, habiendo sido sorprendido por la noche y por la maréa montante, se vió en peligro de ser sumergido, si uno de sus guias no le hubiese cogido y puesto sobre sus hombros. Sin este socorro parecia como el Faraon de la Biblia, circunstancia que

hubiera dado motivo á las declamaciones. Al dia siguiente de su llegada, estableció en Suez una nueva aduana mas favorable al comercio con los Arabes, aprovechando la ocasion de dar aviso de esta mudanza al Cherif de la Meka; en aquel mismo momento, una diputacion de Arabes vino á pedir la amistad de los Franceses. Bonaparte se ocupó mucho en negocios administrativos durante su estancia en Suez. El comercio de la India fijaba particularmente su atencion. Titubeaba entre los Musulmanes y los Vechabitas que son los luteranos del Islamismo. Manifestaba un interes bastante vivo para con esos nuevos sectarios, que le parecian mas aptos á admitir relaciones políticas. Conocia la poca distancia que separa las reformas del Estado, de las del culto, y discurria con razon que los planes de los Vechabitas podian establecer una comunidad de intereses entre ellos y los Franceses.

Parseval Grandmaison, individuo del Instituto, se quedó en Suez como director de las aduanas. A dos leguas de aquella plaza, Bonaparte descubrió los restos del antiguo canal, que al cabo de cuatro leguas se pierde en la arena. Pero le bastaba haber reconocido su

existencia, aunque su destino no haya sido recoger la sucesion de los Ptolomeos. Bonaparte queriendo conocer los dos caminos que van desde Suez, volvió por Belbeis donde estaba el cuartel del general Reynier. Entre estos dos pueblos, topó con una caravana de Arabes de Thor escoltada por unos dromedarios. La facilidad con que se manejan aquellos animales, le chocó. Se detuvo y mandó á Eugenio Beauharnais, á Eduardo Colbert, y á algunos otros jóvenes oficiales, montar sobre los dromedarios, lo que hicieron con la misma destreza que los Arabes. Desde aquel dia, resolvió tener y tuvo en efecto un regimiento de dromedarios. Estando en Belbeis supo que Djezzar Bajá de Siria habia hecho ocupar por la vanguardia de su ejército, el fuerte de 'el Arich que defiende las fronteras de Egipto, á diez leguas en el desierto. Desde luego el rompimiento entre la Francia y la Puerta Otomana, dejó de ser dudoso. Esta provocacion explicaba el firman del Gran Señor; pero Bonaparte sabia que es mejor llevar la guerra que no aguardarla.

La expedicion de Siria fue resuelta. Salió al instante para el Cairo y entró en Salahieh;

puso en movimiento á la division de Reynier, que debia ser su vanguardia en Siria como lo era en el desierto, y enllegando al Cairo mandó á diez mil hombres prepararse para la marcha. Los generales Bon, Kleber, Lannes y Reynier mandaban la infantería, Murat la caballería, Dommartin la artillería, y Cafarelli los ingenieros. Perrée, con tres fragatas, debia cruzar delante de Jaffa y traer la artillería de batir. Entre los cañones de campaña y los de las divisiones, tenia unas cincuenta piezas. Pocos dias despues, Reynier se presentó delante de el Arich, se apoderó de la plaza destruyendo parte de sus defensores, obligando á los demas á que se retirasen al castillo; á poca distancia se encontró con los Mamelucos de Ibrahim, los atacó y se apoderó de su campamento. Los Ingleses estaban bombardeando á Alejandria para distraer á Bonaparte de su expedicion de Siria; pero adivinando el motivo de esta hostilidad, no hizo caso de ella. Llegó á el Arich al día siguiente de la victoria de Reynier sobre los Mamelucos, siete dias despues de haber salido del Cairo. Inmediatamente mandó cañonear á una de las torres del castillo, y en menos de des dias los bárbaros

viendo la brecha abierta, capitularon; parte de ellos se alistaron en el ejército francés que volvió á ponerse en camino.

Se anduvieron cincuenta leguas en el desierto. Bonaparte se vió en peligro de ser cogido prisionero en el lugar de Kayoncia, entre el Arich y Gaza, donde hay agua para beber. El ejército estaba extraviado. Kleber que marchaba á la cabeza fue engañado por sus guías. Bonaparte seguía el verdadero camino con unos cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, y al acercarse del lugar fue acometido por el fuego de los Mamelucos de Ibrahim. Se detuvo y descubrió con el auxilio de su antejo, una partida de mil y quinientos caballos. Felizmente anocheció. Bonaparte mandó volver atrás y el enemigo que creyó que tenía delante solamente á un corto destacamento, no hizo muchos esfuerzos; á cuatro leguas atrás, Bonaparte halló á Bessieres con el cuartel general, y durante la noche Kleber volvió á reunirse. A la mañana siguiente, los Franceses tuvieron el gusto de ver las montañas hermosas de la Siria, y las llanuras de la antigua Gaza que les recordaron el suelo de la patria. Gaza, que ya no tiene puertas, fue abandonado

por los soldados de Djezzar, y envió una diputacion al general en gefe. Allí el ejército olvidó todas sus privaciones. Se pasaron dos dias descansando y tomando medidas de organizacion local. Tres dias despues, el ejército llegó delante de Jaffa antiguamente Joppé, famosa en la historia maravillosa de los hijos de Israel. La ciudad estaba defendida por unas fuerzas imponentes y por unas altas murallas guarnecidas de torres. Djezzar habia formado la guarnicion de Jaffa de tropas escogidas, que tenían una artillería numerosa servida por mil y doscientos artilleros turcos. La importancia de aquella plaza, que ofrece un puerto para la escuadra, y que es la llave de los Estados del Bajá, no permitió retardar el sitio. Al cabo de tres dias el cerco estuvo puesto y la trinchera abierta. El bombardeo empezó y luego la brecha pudo practicarse; Bonaparte envió á un Turco para intimar la rendicion al comandante de Jaffa, cuya respuesta fue cortar la cabeza al parlamentario y mandar hacer una salida. Pero no le fue favorable y la misma tarde nuestra artillería derribó una torre. Se señaló inmediatamente el punto donde debia intentarse el asalto, cuando de repente se ofre-

ció á los soldados un espectáculo que los conmovió. Todos los cristianos que estaban en la ciudad lograron escaparse, y teniendo un crucifijo entre las manos, se abalanzaron á las filas de nuestros soldados, gritando *cristian, cristian*, fueron acogidos como unos hermanos. Despues de este lance, el ataque contra los infieles volvió á empezar con un nuevo vigor, y su resistencia obstinada no pudo salvar ni á ellos ni á la ciudad, que fue tomada á viva fuerza. El degüello fue general; nada pudo templar la furia del vencedor durante dos dias y dos noches; la espada exterminadora destruyó todo cuanto habia resistido en Jaffa. El furor dió la muerte, y la muerte dió el contagio. En Jaffa, tuvo lugar uno de aquellos sacrificios á un dios bárbaro, á este dios desconocido á quien los conquistadores dan el nombre de necesidad. Unos mil desgraciados, los mas comprehendidos en la capitulacion de el Arich, fueron pasados por las armas. La historia transmite, sin explicacion, la memoria de este degüello á la posteridad. Pero ofrecerá como documento la proclama de Bonaparte á los habitantes del Cairo á su vuelta de Siria. Allí está el testimonio, sin justificacion, de la des-

truccion de los prisioneros de Jaffa. Los Egipcios y Mamelucos, que se hallaban entre ellos, fueron enviados á Egipto, bajo la escolta de un destacamento de dromedarios.

Antes de salir de Jaffa, Bonaparte estableció un divan, una guarnicion, y un grande hospital. Algunos síntomas de peste se habian manifestado; varios soldados de la 32<sup>a</sup> media brigada cayeron enfermos de aquel mal terrible, y un informe de los generales Bon y Rampon alarmó seriamente al general en gefe. Entonces fue cuando se abrió en Jaffa el hospital de los apestados y tuvo lugar aquella escena que inspiró una obra maestra al pincel de M. Gros. Bonaparte entró en todas las salas, acompañado por los generales Berthier y Bessieres, por el ordenador Daure y el médico en gefe Desgenettes. El general habló á los enfermos, los animó, tocó sus llagas, diciéndoles: « Bien » veis que esto no es nada. » Al salir del hospital, se le reprochó con vivacidad su imprudencia; contestó serenamente: « Era mi deber; soy » el general en gefe. » Esta visita y la generosidad de Desgenettes que, inoculándose la peste, se curaba con los mismos remedios que mandaba dar á los soldados, animaron al ejér-

cito, que se habia alterado con la invasion de esta temible enfermedad, y desde aquel momento todos los hospitales sin distincion tuvieron el mismo régimen.

El ejército se dirigió sobre San Juan de Acra. En su marcha rápida y ejecutada con habilidad, se apoderó de todos los puestos de los numerosos enemigos que le atacaron, pero no pudo triunfar de todos los obstáculos; tuvo una accion muy reñida con los Napolitanos, en que estos últimos quedaron vencidos. Nuestras tropas fueron rechazadas y perdimos al gefe de brigada Barthelemy que fue muerto. Era la segunda vez que los Franceses no podian vencer á los Napolitanos; durante el sitio de Jaffa el general Damas habia intentado reconocer sus montañas, pero tuvo un brazo quebrado y perdió mucha gente. En las llanuras, los habitantes de Naplosa, como los pueblos á quienes la táctica está desconocida, tenian que ceder á la disciplina europea. No sabian hacer la guerra, pero sabian defender sus hogares con las fortificaciones que la naturaleza les habia dado. Entretanto Kleber, Lannes, Murat, Junot, Reynier competian en valor y en talento, á quien seguiria mejor las inspiraciones

audaces y las combinaciones profundas del general en gefe. La toma de la plaza importante de Caiffa, en donde el ejército halló municiones y provisiones de toda clase, formó un preludio glorioso á los trabajos del sitio de San Juan de Acra, á la conquista de los castillos de Sef-fet, de Nazareth, de la ciudad de Sour (Tiro) á los combates de Loubi, de Sedjarra, y á la célebre batalla del Montabor.

En esta memorable campaña de Siria, todo lleva el carácter oriental; todo es grande: el peligro, la resistencia, el ataque, la venganza, la barbarie. Sesenta dias han visto el valor frances derribar en vano las murallas de San Juan de Acra. Bonaparte, hecho mas obstinado en sus designios, por la resistencia del enemigo, comunicaba sus sentimientos de resolucion á unas legiones, á quienes los Romanos hubieran llamado invictas. Lo eran en efecto, pero cada dia daba mas inminencia al peligro y hacia mas urgente la toma de la plaza. Los firmanes del Gran Señor habian sublevado las poblaciones de parte del Asia; bajaban de las montañas y acudian desde Bagdad, de Damas, de las orillas del Eufrates, para destruir á los infieles. Las escuadras turcas cubrian el mar

y llevaban á un ejército que venia á socorrer á la Siria. Otro ejército se estaba reuniendo en Rhodas para reconquistar el Egipto, en donde Mourat bey estaba defendiéndose con constancia contra Desaix, mientras la insurreccion cundia en el Delta. El pabellon de la Inglaterra dirigia la tempestad marítima; era preciso apoderarse de San Juan de Acra, antes que recibiese por su puerto estos nuevos refuerzos. Pero nos faltaba la artillería de batir, que habiendo sido cogida por la cruzera inglesa con nuestra escuadrilla, servia para defender las murallas de la ciudad; los dos asaltos intentados habian dado á conocer cuan fuertes eran las obras que la defendian, y Djezzar, para segundar los movimientos del grande ejército de Damas, mandó hacer una salida general contra el campamento de Bonaparte. Las tripulaciones y la artillería de los navíos ingleses ayudaban á los sitiados en sus salidas y aun las dirigian. La presencia de Bonaparte y el ímpetu de nuestros batallones bastaron para rechazar dentro de la plaza á los agresores, y la artillería europea de los Musulmanes solo sirvió para dar á los Franceses mas confianza en su superioridad.

Despues de esta victoria, Bonaparte salió para Montabor. Desde las alturas que dominan las llanuras de Fouli, descubrió al ilustre Kleber que atrincherado entre las ruinas, con dos mil hombres, desafiaba á los veinte mil que le rodeaban. En un momento, Bonaparte concibió el plan de aquella batalla célebre del Montabor. Envió á Murat con su caballería para guardar el paso del Jordano, Vial y Rampon se dirigieron sobre Naplosa y él se puso entre los enemigos y sus almacenes. Dividió su pequeña division en dos cuadros, por cuya direccion combinada con la posicion de Kleber, encerró á los Turcos en el centro de un triángulo. Al momento de atacar hizo disparar un cañonazo. « Ahí está Bonaparte; » exclamaron los Franceses. Kleber, que habia peleado contra todas las fuerzas enemigas desde las seis de la mañana hasta la una, aprovechó el entusiasmo excitado por el nombre del general en gefe, y tomó inmediatamente la ofensiva con un nuevo vigor. El ejército de Damas acometido de repente por todas partes, cortado en su retirada, perdió cinco mil hombres, sus camellos, sus tiendas y sus provisiones. La gloria y la abundancia pasaron á nuestras filas. En

fin , por un favor no menos brillante de la fortuna , Bonaparte recibe la noticia del desembarco de Perrée en Jaffa con nueve piezas de batir ; pero estaba en los destinos del que tomó á Mantua , encontrar el escollo delante de San Juan de Acra , y *la torre maldita* , que protegía á esa ciudad , habia de conservar su fama funesta. Dos asaltos dirigidos con el mayor vigor fueron infructuosos. En uno de ellos pereció el valiente Caffarelli. En fin , se señaló una escuadra. Se dudaba si era francesa ; pero luego se conoció que era la de los Turcos. Era urgente apoderarse de la plaza , antes que la escuadra entrase en el puerto. Bonaparte dispone un ataque general por la quinta vez. Nunca el ejército manifestó mas ardor y mas audacia. Todas las obras exteriores cayeron en nuestro poder y la bandera tricolor tremoló sobre las murallas. Los Turcos rechazados dentro de la ciudad empezaban á titubear ; con otro esfuerzo la plaza caía en nuestro poder antes que los Turcos desembarcasen. Pero dos prisioneros , escapados del Temple , habian venido desde Paris para arrancar la victoria á Bonaparte. El uno Felipeaux , emigrado frances y su compañero en la escuela militar , man-

daba los ingenieros , y debia sobrevivir muy poco á su triunfo. El otro, Sidney-Smith , mandaba la escuadra inglesa. Este viendo el peligro que corria la plaza , se puso á la cabeza de las tripulaciones de sus navíos y dió ánimo á los veciños. En efecto , la poblacion le siguió y luego las calles , fortificadas de repente con los escombros de las casas , sirvieron de teatro á la mortandad mas horrenda. Tres asaltos consecutivos , señalados con prodigios del valor mas temerario , no pudieron vencer la resistencia obstinada de los sitiados. La inflexibilidad de Bonaparte cedió por fin , y dió parte al ejército que renunciaba á la conquista de San Juan de Acra. « Soldados , les dijo , con » un puñado de hombres hemos entretenido » la guerra durante tres meses en el centro de » la Siria , hemos cogido cuarenta cañones de » campaña , cincuenta banderas y diez mil prisioneros ; hemos destruido y arrasado sus » fortificaciones de Gaza , de Jaffa , de Caiffa » y de Acra. Vamos á volver á Egipto , etc. » Si esta proclama hizo ilusion al ejército , debe atribuirse únicamente al influjo mágico de un gran capitan sobre sus soldados acostumbrados á vencer bajo sus órdenes ; pero sintió pro-

fundamente las consecuencias de su desgracia, como lo comprueban las palabras que profirió sobre el peñasco de Santa-Helena. «Si me hubiese apoderado de San Juan de Acra, se hacia una revolucion en el Oriente. Las mas débiles circunstancias producen los mayores acontecimientos. Hubiera llegado hasta Constantinopla y hasta las Indias; hubiera mudado la faz del mundo.

El ejército reunido tomó el camino del Cairo; pero el contagio de Jaffa habia cundido en medio de las tropas delante de Acra. El contacto con los que se hallaban infestados, podia destruir en pocos dias los valientes que habian sobrevivido á tantos peligros, á tantas hazañas, y de cuya vuelta dependia la suerte de sus compañeros de Egipto. Pero, por otra parte, si los enfermos de la peste se hubiesen quedado atras, hubieran sido degollados por los Turcos en represalias de Jaffa. Nada hubo de ordinario en esta campaña de Siria, y todo fue estremado en las diferentes posiciones en que se hallaron el ejército y su gefe. El momento era urgente, importaba ocultar al enemigo la marcha de los Franceses protegida por la noche. Al primer aviso de la retirada,

los enfermos que estaban en el grande hospital del monte Carmelo se dirigieron sobre Tentura y Jaffa. Todos los caballos, incluidos los del general en gefe, se entregaron al ordenador en gefe Daure, para llevar á esos infelices á Jaffa. Bonaparte daba el ejemplo andando á pie. Desde Jaffa hizo salir tres columnas de apestados, la una por mar para Damietta, las otras dos por tierra para Gaza y para el Arich. Unos sesenta, declarados incurables, se quedaron en Jaffa. Varios de entre ellos fueron, segun se dijo entonces, recogidos por los Ingleses sobre las orillas del mar. En cuanto á los que siguieron al ejército, los mas sanaron en el camino.

La retirada se hizo bajo unos auspicios muy tristes. El incendio señalaba los pasos del ejército, que vengaba de este modo los insultos ó las traiciones de los pueblos por donde transitaba, de manera que la Siria tuvo tambien su desierto. Gaza, sola ciudad que se habia mantenido fiel, fue tambien el solo punto que no experimentó desgracias. Al cabo de tres dias los Franceses volvieron á entrar en Egipto. Bonaparte dió mas extension á las fortificaciones de el Arich; fortificó á Jimieh,



puso guarnicion en Kattich; estas tres plazas defendian la entrada de Egypto por la parte de Siria. En fin, despues de cuatro meses de ausencia, el ejército llegó al Cairo, que le hizo la ilusion del suelo nativo; perdió seiscientos hombres muertos de la peste; mil doscientos en los combates, y trajo mil y ochocientos heridos. De manera que, despues de una campaña de las mas peligrosas y de las mas activas, nuestro ejército, agoviado por las privaciones y por un clima mortifero, solo perdió mil y ochocientos hombres.

La entrada del Cairo fue triunfal, y borró las impresiones funestas que se habian originado en la poblacion con las noticias esparcidas de la destruccion de nuestros valientes, y de la muerte del Sultan Kebir (padre del fuego), nombre dado por los Arabes á Bonaparte. El general en gefe supo aprovechar con habilidad las mentiras sembradas por los emisarios turcos é ingleses; decia en su proclama á los habitantes del Cairo: «.... Ha llegado al Cairo  
 » *el bien guardado*, el general Bonaparte que  
 » ama á la religion de Mahoma; ha llegado  
 » bueno y sano, dando gracias á Dios de los  
 » favores que le ha prodigado. Ha entrado en

» la ciudad por la puerta de la Victoria; éste  
 » dia es un gran dia; nunca se ha visto nada  
 » igual. Todos los habitantes del Cairo han sa-  
 » lido á recibirle; han visto y reconocido que  
 » era el mismo general en gefe Bonaparte en  
 » su propia persona; han quedado convencidos  
 » que todo cuanto se habia contado, con res-  
 » pecto á él, era falso. ....Ha estado en Gaza  
 » y en Jaffa, ha protegido á los habitantes de  
 » Gaza; pero los de Jaffa, seducidos, no ha-  
 » biendo querido rendirse, los entregó todos,  
 » en su cólera, al saqueo y á la muerte; ha des-  
 » truido todas las murallas y degollado á to-  
 » dos cuantos estaban en su recinto. Habia en  
 » Jaffa cinco mil hombres de las tropas de  
 » Djezzar, todos han muerto!.... »

Los Franceses, volviendo á disfrutar en el Cairo todos los goces de la vida, olvidaron las jornadas del desierto, y los peligros del sitio de San Juan de Acra. No tardaron en ir á buscar nuevos trabajos. El que nunca descansaba supo que Mourad Bey, que habia bajado del alto Egypto con un ejército numeroso, habia logrado evitar á los generales Desaix, Belliard, Donzelot y Davoust; de repente se puso en marcha para ir á atacarle hácia las Pirámides,

que vieron la primera derrota de los Mamelucos; pero el Bey, constante en su prudencia acostumbrada, se retiró al desierto. Bonaparte se disponia á volver al Cairo, cuando recibió la noticia de la llegada, delante de Aboukir, de una escuadra de cien navíos turcos que amenazaba á Alejandria. La guerra de Siria se estaba persiguiendo en Egypto. Aboukir tiene un nombre fatal; Bonaparte quiso que el ejército vengase allí mismo á la escuadra. Marchó sobre Gizeh sin entrar en el Cairo, y dió durante la noche á sus intrépidos generales la órden de los movimientos los mas rápidos, para ir al encuentro de las tropas mandadas por el bajá de Romelia, Seidman-Mustafá, sostenido por las fuerzas de Mourad y de Ibrahim. Antes de salir de Gizeh, Bonaparte escribió al divan del Cairo: « Ochenta navíos se han atrevido á » atacar á Alejandria; pero rechazados por la » artillería de aquella plaza, han ido á fondear » en Aboukir, donde intentan desembarcar. » Los dejo hacer, porque mi plan es atacarlos, » matar á todos los que no querran entregarse, » perdonar la vida á los demas para conducirlos » los en triunfo al Cairo, lo que será un espectáculo hermoso para la ciudad. » El ge-

neral en gefe llegó á Alejandria, y marchó sobre Aboukir, cuyo fuerte habia caido en sus manos por la debilidad y la excesiva prudencia de Marmont. Este general no socorrió á la corta guarnicion, que, acometida por mar y reducida á treinta y cinco hombres, tuvo que capitular despues de haber resistido valerosamente durante sesenta horas. Bonaparte reconvinó á Marmont con expresiones de un justo descontento, y se dispuso á dar la batalla. Eligió el sitio con aquella táctica superior que le habia proporcionado la conquista de la Italia. Mustafá tenia que triunfar, sopena de no poder escapar al vencedor, ni él, ni uno solo de sus soldados. Los Franceses no podian atacar á Aboukir sino por el lado de tierra, pues no tenian navíos que oponer á la escuadra turco-inglesa, que estaba fondeada á media legua de la orilla.

El ejército otomano, fuerte de diez y ocho mil hombres y defendido por una numerosa artillería, se cubrió con una línea doble de trincheras; la una arrimada al fuerte de Aboukir, se apoyaba sobre un cerro fortificado en la orilla del mar, una aldea al centro y lanchas cañoneras á la izquierda.

La otra línea, menos distante del cuerpo de la plaza, corria tambien de una á otra orilla; pero, menos estrecha y fortificada con reductos guarnecidos de artillería, era mucho mas fuerte que la primera.

Nuestro ejército no atacó con aquella furia francesa, tan temida en Italia, pero apenas alcanzó las obras, cuando una columna del general Destaing se abalanzó al cerro, á la derecha de la primera línea, mientras Murat avanzaba con rapidéz para cortar la retaguardia al enemigo. Este movimiento, que fue el preludio de la victoria, produjo el efecto deseado y costó la vida á dos mil Turcos, muertos ó ahogados, sin que perdiésemos ni un solo hombre. En seguida, Destaing se dirigió á la aldea atacada por el frente por Lannes; en vano el generalísimo Mustafá destacó un refuerzo numeroso; Murat le arrolló, se apoderó de la aldea y la primera línea cayó en nuestro poder: Bonaparte preparaba la misma suerte á la segunda, procurando atraer la atención de los Turcos hácia sus alas para atropellar despues su centro con su propia reserva, pero no aguardaron este nuevo asalto y avanzaron sobre nosotros con intrepidez. Al principio,

la derecha de los Turcos fue rechazada, pero Murat, metido entre el fuego de las lanchas cañoneras y del reducto, intentó varias veces y sin suceso pasar la barrera terrible que se le oponia. A la izquierda los Turcos desesperados con la resistencia de nuestros batallones inmóviles, cargaban con ímpetu sobre nuestra infantería que les obligó, no sin grandes esfuerzos, á retirarse y llegó poco á poco al reducto, mas allí se vió en la precisión de volver atras delante de los fuegos del enemigo.

Hasta entonces, el valor, la firmeza, la serenidad de nuestras tropas no habian logrado el precio que merecian. De repente, los Turcos, fieles á su costumbre bárbara, bajan imprudentemente para cortar la cabeza á los muertos y á los heridos franceses; Murat, aprovechando su yerro, se puso entre ellos y el reducto y logró envolverlos; acometidos al mismo tiempo por la columna del general Fugieres, los enemigos se aturdieron, viendo á Murat á sus espaldas, é intentaron restablecer sus comunicaciones con la escuadra que los protegía. Bonaparte, cuyo ingenio estaba vigilando sobre el campo de batalla, cogió el instante crítico para

la victoria señalado ya en su pensamiento. Inmediatamente puso en movimiento á su reserva cuya impaciencia y ardor le habia sido difícil contener. Reductos, trincheras, todo fue cogido en un instante. Los Turcos á quienes el Alcoran prohibe capitular con los cristianos fueron hechos pedazos, muchos se tiraron al agua para salvarse en sus navíos, pero las balas de nuestros soldados los alcanzaron hasta en este último asilo.

Murat, tan temible al perseguir á un enemigo destrozado, se abalanza con su caballería entre la aldea y el fuerte de Aboukir. Mustafá se atrevió á resistir á Murat y cayó en sus manos, herido, y fue enviado como prisionero á Bonaparte.

Trece mil Otomanos perecieron en la accion; el resto, encerrado con el hijo del bajá en el fuerte de Aboukir, tuvo que rendirse despues de una resistencia heróica. Una victoria tan completa costó poca sangre francesa, sus resultados fueron inmensos. Salvó al ejército que sin esta victoria se hallaba perdido sin recurso. En efecto, los Turcos, los Arabes de Mourad, los Mamelucos y los Egipcios insurgentes, reunidos á las fuerzas que el gran Visir juntaba en

la Siria, hubieran sobrado para destruírnos. Sin duda, Kleber habia medido la profundidad del peligro cuando, dando los brazos á Bonaparte despues de la victoria, le dijo: «Mi general, » sois grande como el mundo. »

Tal fue la venganza de la escuadra de Aboukir. La poblacion del Cairo, viendo entre los trofeos de Bonaparte, á Mustafá y á su hijo, ámbos cautivos, acogió con un entusiasmo supersticioso al profeta invicto, que se habia arriesgado á anunciar de antemano su triunfo.

Cuando Bonaparte estuvo en Paris, de vuelta de su inspeccion del ejército de Inglaterra, se le habia solicitado, en varias reuniones secretas, de ponerse á la cabeza de una conspiracion contra el Directorio. Entraban en ella todos los que, ó habian conservado su fortuna en medio de las desgracias de la revolucion, ó que se hallaban colocados en alto rango por sus importantes y gloriosos servicios. La cuestion estaba para resolverse, cuando aconteció en Viena el lance de Bernadotte, por cuyo motivo se suspendió la salida de Bonaparte para Egipto. Bonaparte contestó á los que le instaban para que tomase la direccion de la cons-

piracion: « Los Franceses no estan aun bastante desgraciados; no hay sino descontentos; se me aconseja montar á caballo; si tal hiciera, nadie quisiera séguirme; es menester marcharme. » Se asegura que Bonaparte dió fin á la última conferencia sobre derribar al Directorio, con estas palabras: « *La pera no está madura aun.* » Quería decir, y con razon, que todavía no estaba bastante grande y necesario para salir bien en la empresa. He aquí, sí se ha de dar fé á las voces que corrieron entonces, el motivo que le decidió á ir á aguardar la oportunidad en Egypto. Semejante prudencia merece ser notada en un ambicioso de veinte y ocho años. Pero despues de la sumision de Egypto, despues de hazañas inauditas que cubrian la desgracia de San Juan de Acra; despues de la batalla de Aboukir que le daba todo el lustre de una victoria reciente, discurrió que el Oriente le habia engrandecido y le daba un nuevo ascendiente sobre la Europa atónita. Por otra parte, los diarios que acababa de recibir le hicieron conocer que la Francia humillada habia sido desgraciada sobre el Rhin y sobre el teatro de su primera gloria; que la nacion estaba descon-

tenta, y que el nombre del vencedor de Arcola y pacificador de Campo-Formio estaba en la memoria y en las esperanzas de todos. Conoció en fin que la Francia necesitaba de él, y este alto pensamiento, que encerraba todo el secreto de una ambicion justificada á sus propios ojos por dos años de prodigios militares, le hizo tomar la determinacion de volver inmediatamente á su patria. Es regular que calculó igualmente que la expedicion de Egypto, ilustrada para siempre por la victoria, por conquistas útiles á la civilizacion, y destinada á ocupar enteramente un lugar en los anales de la ciencia y en la memoria de los hombres, estaba acabada para él en la jornada de Aboukir, y que no tenia ya que hacer sino en unos pormenores de administracion interior y de defensa del pais. Se consideraba como desterrado sin gloria y sin descanso, con la perspectiva mas ó menos próxima de una capitulacion que borraría en un solo dia sus triunfos de Europa y del Oriente. Se ha hablado en varios escritos de un parte de oficio del Directorio y de cartas confidenciales de Sieyes y de Fouché. Ninguno de estos documentos llegó á sus manos. Se ha dicho tambien que sus ins-

trucciones al salir le dejaban árbitro de su vuelta, lo que nos parece verosímil, atendida la dificultad perpétua de comunicaciones. Sea lo que fuere, el motivo aparente de su vuelta para los que le rodeaban fue la lectura de los diarios, y particularmente de los de Francfort que le trajo el teniente de navío Descorches de parte de Sidney Smith. Este oficial habia ido á bordo del Almirante para cangear los prisioneros turcos con los prisioneros franceses. Sidney Smith, enviando esos papeles á Bonaparte, queria quitarle la idea de embarcarse para la Francia batida y bloqueada por la coalicion; Bonaparte, al contrario, halló en las desgracias de nuestros ejércitos en Italia y en la situacion interior de la República, nuevos deberes que cumplir para con la patria, y acaso el pronóstico de la mas alta fortuna para sí mismo. Todos pudieron leer estos diarios de Francfort en la tienda de Ramanieh cuando volvía al Cairo. Así pudo preparar la opinion sobre la posibilidad de su partida. Los que la llamaron una desercion, sea en Francia, sea en Egypto no estaban en la confianza del ingenio, ó de los compañeros de Bonaparte. Tomó sobre sí partirse de Egypto,

como lo habia hecho por los preliminares de Leoben. El Oriente no habia alterado en nada la potencia de su voluntad. Bonaparte ejecutó su proyecto como un movimiento sobre el enemigo. El acto fue repentino y el secreto impenetrable. Un viage al Delta sirvió de pretexto á su salida del Cairo.

En aquella época, Desaix ocupaba el alto Egypto, donde habia entrado despues de los brillantes sucesos del general en gefe. Entregado á sí mismo, Desaix dió pruebas repetidas de su habilidad militar y del arte de conducir á los soldados franceses. En la batalla de Sediman, una de las mas terribles que se hayan dado en Egypto, Mourad Bey y sus Mamelucos hicieron, para oponerse á nuestras armas, todo cuanto pudo el valor mas extremado, la desesperacion, la rabia y el talento. Las victorias que conseguimos, se debieron á unos prodigios de valor, de serenidad y de constancia, y sobre todo al grito de *vencer ó morir* echado por Desaix al momento de acometer las baterías enemigas. Esta batalla nos hizo dueños de la provincia del Fayoum. Con otra victoria ganada en Samanhouth, y con la resolucion de no dejar ningun descanso al incansa-

ble Mourad, llegó Desaix hasta la isla de Filé, antiguo límite de las posesiones del pueblo rey.

Entretanto Mourad, teniendo que retirarse al pais horroroso de Bribe, mas arriba de las cataratas, dejó atrás parte de los Mamelucos á quienes fue preciso atacar. Los mandaba su lugar teniente, Osman Bey Hassan, en Luzon cerca de las ruinas de Thebas. En Kene, Aboumanah y Seout, tuvimos que pelear con los Arabes sublevados por el mismo Hassan ensoberbecido con el desastre de nuestra escuadrilla incendiada ó cogida en Benhouth, y con la llegada del Cherif de la Meka seguido por refuerzos numerosos. No hay otro ejemplar de una accion como la de Benhouth, en que una débil partida de mil hombres, mandada por el general Belliard, triunfó de diez mil Musulmanes enardecidos por la embriaguez de un suceso reciente y por el fanatismo mas exaltado. Los Mamelucos y los Arabes fueron igualmente derrotados. Los primeros huyeron, los segundos, atrincherados en una casa en medio de la aldea que tuvimos que incendiar, estaban cantando himnos religiosos, y medio consumidos por el fuego que los rodeaba, se defendian todavía contra nuestros soldados vic-

toriosos. No se ha visto nada igual ni siquiera en nuestro Vendée, donde los paisanos confiaban en que habian de resucitar en el mismo campo de batalla.

El general Belliard, no pudiendo mantenerse en el campo por falta de municiones, se habia encerrado en Kené. Desaix vino á socorrerle con bastimentos y continuó la guerra. En varios combates, en Bardis, en Girgé, en Geheni, los Arabes y los Mamelucos experimentaron de nuevo toda nuestra superioridad. Beniah, en donde se encontraron cajas llenas de oro, Abou-Girgé en donde se habia maltratado á nuestro enviado Cofto y desechado nuestras palabras de paz, tuvieron la suerte de Benhouth. Hubo un encuentro glorioso para nuestras tropas á media legua de Siena. Desaix seguia preparando su expedicion sobre Co-seir. En esta campaña del alto Egipto, afianzó la fama que tenia ya de gran capitán y de administrador hábil; su rectitud y la justicia de su gobierno le grangearon el sobre nombre de *Sultan justo*. Bonaparte que quería y apreciaba particularmente á Desaix, hubiera deseado llevarle consigo, pero no tuvo tiempo para aguardarle.

Kleber, como se verá luego en las instrucciones del general en jefe, tenia la orden de hacer salir á Désaix para Francia. He aquí la carta de Bonaparte que es un verdadero monumento histórico:

« General, hallareis adjunta una orden » para tomar el mando del ejército. Con el » recelo que tengo que los navíos de crucero » ingleses no vuelvan á aparecer de un momento para otro, me veo en la precision de » adelantar mi viage de tres dias. Vienen conmigo los generales Berthier, Andreossy, » Murat y Lannes, y los ciudadanos Monge y » Berthollet. Adjuntos, hallareis los papeles » ingleses y de Francfort hasta 10 de junio. » Vereis que hemos perdido la Italia; que » Mántua, Turin y Tortona se hallan bloqueadas; tengo la esperanza, si la fortuna no » me engaña, de llegar á Europa antes del 1º » de octubre.

» Adjunta, hallareis una cifra para corresponder con el gobierno y otra para corresponder conmigo.

» Os ruego hagais salir en todo el mes de » octubre á Junot y á mis criados, con todos » los equipages que tengo en el Cairo. Con

» todo no tengo inconveniente en que os que- » deis con algunos de mis criados que os pue- » dan acomodar.

» La intencion del gobierno es que el gene- » ral Désaix vuelva á Europa en el mes de » noviembre, como no haya impedimento » fundado.

» La comision de las artes volverá á Fran- » cia sobre un parlamentario que pedireis al » efecto, conforme al convenio de cange, » en el mes de noviembre, luego que haya » evacuado su mision. Se halla en el dia ocu- » pada en registrar el alto Egypto. Sin » embargo, podreis sin dificultad ninguna » mandar quedar á los que podrán seros » útiles.

» El efendi, hecho prisionero en Aboukir, » ha salido para Damieta; os he escrito para » que le envieis á la isla de Chypre; lleva una » carta para el gran visir, cuya copia acom- » paño.

» La llegada de nuestra escuadra de Brest » á Tolon y de la escuadra española á Carta- » gena, no deja dudar de la posibilidad de » remitir á Egypto los fusiles, sables, pisto- » las y hierro derretido de que podreis nece-



» sitar , con una porcion suficiente de reclu-  
 » tas para suplir las pérdidas de las dos cam-  
 » pañas.

» El gobierno entonces os dará á conocer  
 » sus intenciones por sí mismo , y yo , como  
 » hombre público y como particular , tomaré  
 » mis medidas para comunicar frecuente-  
 » mente con vos.

» Si por unos acontecimientos , que no pue-  
 » den calcularse , todas las tentativas se halla-  
 » sen infructuosas , y si para el mes de mayo ,  
 » próximo venidero , no hubieseis recibido  
 » socorros ni noticias de Francia , y si á pesar  
 » de todas las precauciones , la peste se decla-  
 » rase en Egipto , y os hiciese perder mas de  
 » mil y quinientos soldados; mi opinion es , que  
 » en tal caso , no podreis arriesgaros á soste-  
 » ner la lucha , y que os hallareis autorizado  
 » para ajustar las paces con la Puerta Otomana,  
 » aunque la condicion principal fuese la eva-  
 » cuacion del Egipto. El imperio turco está  
 » cayendo por todas partes , y la evacuacion  
 » del Egipto , en estas circunstancias , nos de-  
 » jaria probablemente el sentimiento de ver á  
 » esta hermosa provincia pasar á otras manos  
 » europeas.

» Las noticias que recibireis de los sucesos  
 » ó de las desgracias de la República deben  
 » influir poderosamente sobre las medidas  
 » que habreis de tomar.

» Si la Puerta contestase á las proposicio-  
 » de paz que tengo hechas , antes que recibais  
 » noticias de Francia , habeis de declarar que  
 » os hallais con los mismos poderes que yo  
 » tenia , asegurando siempre que la intencion  
 » de la Francia nunca ha sido quitar el Egipto  
 » á la Puerta ; pedireis que la Puerta deje de  
 » hacer parte de la coalicion , y nos conceda  
 » el comercio del mar Negro ; que ponga en  
 » libertad á todos les prisioneros franceses ,  
 » y en fin , seis meses de armisticio , con el fin  
 » de que entretanto se puedan cangear las ra-  
 » tificaciones.

» En suponiendo que las circunstancias sean  
 » tales que tengais por conveniente tratar con  
 » la Puerta , insinuareis que no podeis ejecu-  
 » tar nada antes de las ratificaciones , y se-  
 » gun la costumbre de todas las naciones , en  
 » el intervalo de la firma del tratado y de su  
 » ratificacion , debe haber siempre una sus-  
 » pension de hostilidades.

» Conoceis , ciudadano general , cual es mi

» modo de pensar acerca de la política interior del Egipto. Cualquiera cosa que suceda, los cristianos siempre serán nuestros amigos. Es preciso impedir el que se insolenten, para que los Turcos no tengan contra nosotros el mismo fanatismo que contra los cristianos, lo que los haría enemigos nuestros irreconciliables. Para desarraigar el fanatismo es menester adormecerle. La opinión de todo el Egipto se logra ganándose la de los Cheicks principales del Cairo, que son los menos peligrosos de cuantos gefes tiene el pueblo, porque son medrosos, no saben pelear, y como todos los sacerdotes, inspiran el fanatismo sin ser fanáticos.

» En cuanto á las fortificaciones, Alejandria y el Arich son las llaves del Egipto; mi proyecto era hacer establecer reductos en Salahieh y Katieh; este último es el punto donde Menou ha encontrado agua potable.

» El general Samson, comandante de los ingenieros, y el general Songis, comandante de la artillería, os enterarán, cada uno por su parte, de lo que corresponde á su encargo.

» El ciudadano Poussielgue ha dirigido exclusivamente la hacienda. Le he juzgado trabajador y hombre de mérito. Empieza á tener algunos informes sobre el caos de la administración de Egipto. Tenia proyectado, en caso de que las circunstancias me lo permitiesen, establecer para este invierno un nuevo modo de contribuciones, lo que nos hubiera permitido separar poco á poco á los Costos; con todo, antes de emprenderlo, os aconsejo que reflexioneis largamente sobre el particular, es mejor emprender la operacion con maña.

» Es indudable que no pasará el invierno sin que aparezcan navíos franceses en Alejandria, Bourlos ó Damietta. Mandad construir una buena torre en Bourlos; y procurad juntar á quinientos ó seiscientos Mamelucos, á los que mandareis prender en un mismo dia y los embarcareis para Francia. En defecto de Mamelucos, podrán servir de rehenes algunos Cheicks ó Arabes principales. Estos individuos con una permanencia de dos años en Francia se harán cargo de la grandeza de la nacion, se enterarán de nuestras costumbres, y cuando vuelvan

» á Egypto , serán otros tantos partidarios  
» nuestros.

» Hace tiempo que he pedido una compa-  
» ñaía cómica , tendré cuidado de enviarla  
» cuanto antes. Este punto es muy esencial  
» para el ejército y para mudar las costum-  
» bres del país.

» El destino importante que vais á desem-  
» peñar en gefe, os pone por fin en el caso de  
» poner en obra los talentos que la naturaleza  
» os ha dado. Los resultados de nuestra expe-  
» dición son inmensos, con respecto al comer-  
» cio y á la civilizacion, y servirán de fecha á  
» las grandes revoluciones.

» Acostumbrado á mirar como recompensa  
» de las penas y de los trabajos de la vida, la  
» opinion de la posteridad, tengo el mayor  
» sentimiento en abandonar el Egypto. El in-  
» teres de la patria, su gloria, la obediencia y  
» los acontecimientos extraordinarios que aca-  
» ban de suceder, han podido solos decidirme  
» á pasar en medio de las escuadras enemigas,  
» para volver á Europa; pero mi alma y mi  
» corazón quedan con vosotros. Vuestros su-  
» cesos me lisongearán como si fueran propios  
» míos, y miraré como mal empleados todos

» los dias de mi vida, en que no me ocuparé  
» en beneficio del ejército, cuyo mando os  
» dejo, y en consolidar el establecimiento  
» magnífico que hemos formado.

» El ejército que os entrego está compuesto  
» enteramente de mis hijos; en los tiempos  
» mas aciagos me ha dado pruebas de su cons-  
» tante adhesion; mantenedle en estos senti-  
» mientos. Lo merezco, en razon de la esti-  
» macion particular que os profeso , y por el  
» amor verdadero que tengo á los soldados de  
» Egypto.

BONAPARTE. »

El 23 de agosto de 1799, una proclama no-  
tificó al ejército el nombramiento de Kleber  
al puesto de general en gefe. La primera im-  
presion fue hostil en el ejército contra el gefe  
que le abandonaba; pero su cólera pronto se  
disipó con la eleccion del sucesor. No se puede  
explicar el prodigio por el cual el mar se halló  
libre el dia en que los cuatro buques que con-  
ducian á Bonaparte hicieron á la vela. El his-  
toriador que quiere resolver este problema,  
titubea aun entre la fortuna del héroe y una  
política extrangera. No se embarcó de incóg-

nito. Una corbeta inglesa estaba observando la salida. Se le miraba con inquietud: « No te » mais nada, exclamó Bonaparte, llegaremos; » la fortuna nunca nos ha abandonado, llega- » remos á pesar de los Ingleses. » La escuadrilla entró el 1° de octubre en el puerto de Ajaccio, donde los vientos contrarios la detuvieron siete dias. Bonaparte supo allí los pormenores del estado de la Francia y del de la Europa; y estas noticias hacian durar el tiempo, al que sabia mejor que nadie calcular y apreciar el tiempo. En fin, el 7, la escuadrilla se dirigió á Francia, pero en vista de las costas se señalaron diez velas inglesas. El contra-almirante Gantheaume propuso volver á Córcega: « No, dijo Bonaparte, esta ma- » niobra nos conduciría á Inglaterra; quiero » llegar á Francia. » Esta voluntad le salvó. El 9 de octubre (17 de vendemiaire del año VIII), al rayar el alba, las fragatas fondearon en Frejus, despues de cuarenta y un dias de navegacion, sobre un mar surcado por todas partes por los navíos enemigos. En un momento, toda la rada fue cubierta de lanchas, que se dirigian hácia Bonaparte. El general Peyremont, que mandaba en la costa, fue el

primero que entró en el navío. Antes de la llegada de los empleados de sanidad, habia habido muchas comunicaciones con la tierra, pero como no existian enfermos á bordo, y como, desde siete meses, la peste habia cesado en Egypto, esta violacion de los reglamentos acaso era menos peligrosa. Con todo, nada puede justificarse. Pero con la impulsión ardiente que acababan de imprimir á su carácter la conquista y el cielo de Egypto, era muy imposible que Bonaparte se quedase indeciso entre una medida sanitaria, y el fin de su viage, entre una sumision temporánea, que podia serle funesta, y todo un porvenir como el suyo, en fin entre él y el Directorio. La Francia le amnistió por haber infringido la ley de su propia conservacion, tanto era la urgencia de salvar su independencía y su gloria, cuya seguridad le pareció afianzada con la vuelta de su héroe.



---

## INDICE ANALITICO

DEL

### TOMO PRIMERO.

---

PREFACIO, página 1 y siguientes.

---

#### LIBRO PRIMERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. Isla de Córcega, pág. 31 y siguientes.—La Córcega reunida á la Francia, 37.
- CAPÍTULO II. Origen de Napoleon, 38.—Origen del nombre de Napoleon, 40.—Infancia de Napoleon, 41.—Napoleon entra en la escuela militar de Brienne, 42.—Napoleon admitido en la escuela militar de Paris, 46.—Napoleon Bonaparte, de edad de diez y seis años, entra como segundo teniente en el regimiento de La Fere, 48.
- 

#### LIBRO SEGUNDO.

- CAPÍTULO PRIMERO. Bonaparte en la isla de Córcega, 55.—Opinion de Paoli sobre Bonaparte, 59.—Llegada en Francia de la familia de Bonaparte, 61.
- CAPÍTULO II. Bonaparte republicano, 65.—Insurreccion de Tolon, 66.—Bonaparte enviado al ejército de Tolon, 69.—Bonaparte nombrado general de brigada, 74.—Toma de Tolon, 81.

- CAPÍTULO III. El general Bonaparte en el ejército de Italia, 86.  
— Coalición de las potencias europeas, *id.* — Campaña del Piemonte, 88. — La isla de Córcega entregada á los Ingleses, 93.  
— 9 thermidor, 95. — Bonaparte pierde su destino en el ejército de Italia, 100. — Vuelve á la vida privada, 102.  
CAPÍTULO IV. Jornada del 1º prairial, 111. — Jornada del 13 vendémiaire, 117. — Bonaparte salva á la Convencion, 118. — Bonaparte conoce á madama de Beauharnais, 120.

## LIBRO TERCERO.

- CAPÍTULO PRIMERO. Bonaparte nombrado general de division, 125.  
— Establecimiento del Directorio, 127. — Bonaparte nombrado general en jefe del ejército de Italia, 129. — Bonaparte llega á Niza, 132. — Proclama de Bonaparte á sus soldados, 134. — Fuerza de los ejércitos austro-sardo y frances, 135.  
CAPÍTULO II. Defensa de Monte Legino, 139. — Batalla de Montenotte, 140. — Batalla de Millesimo, 142. — Combate de Dego, 143. — Proclama de Cherasco, 145. — Tratado de Cherasco, 149. — Paz con el rey de Cerdeña, 153.  
CAPÍTULO III. El ejército frances pasa el Pó en Placencia, 157. — Armisticio concluido con el duque de Parma, 158. — Armisticio con el duque de Módena, *id.* — Bonaparte se apodera de la pequeña villa de Fombio, 159. — Muerte del general Laharpe, *id.* — Batalla de Lodi, 160. — Rendicion de Milan, 161. — El Directorio quiere hacer dos ejércitos con el ejército de Italia, 164. — Entrada solemne de Bonaparte en Milan, 167. — El Directorio abandona su proyecto de tener dos ejércitos en Italia, 173. — Rebelion de Pavia, 178. — El ejército frances despues de haber batido á los Austriacos en Borghetto, pasa el Mincio, 185. — Bonaparte se halla en peligro de ser cogido en Valeggio, 187. — Institucion del cuerpo de guias, *id.* — Ocupacion de Verona, 188. — Wurmser reemplaza á Beaulieu, 189. — Armisticio con el rey de Nápoles, 190. — Tregua de Bolonia, 195. — Los Fran-

- ceses entran en Liorna, 197. — Capitulacion de la ciudadela de Milan, 199.  
CAPÍTULO IV. Combate de la Corona y de Saló, 207. — Batalla de Lonato, 208. — Batalla de Castiglione, 209. — Segundo bloqueo de Mántua, 210. — Wurmser marcha sobre Mántua, 211. — Batalla de Roveredo, 214. — Encuentro de Primolano, 217. — Batalla de Bassano, 218. — Batalla de San Jorge, 220. — Tercer bloqueo de Mantua, 221. — Vuelta de Bonaparte á Milan, 222.  
CAPÍTULO V. Correspondencia de Bonaparte con el Directorio, 225. — Bonaparte quiere introducir el sistema republicano en toda la Italia, 231. — Situacion desesperada de Mántua, 237. — Bonaparte manda al general Gentili embarcarse para la isla de Córcega, 240. — Rompe el armisticio con Módena, 241. — Negociaciones del mes de octubre de 1796, 242. — Tratados con el Piemonte y el duque de Parma, 243. — Independencia de los Estados de Módena proclamada, 244. — El Papa niega la ratificacion del tratado propuesto, 245. — El Directorio amenaza al emperador de Austria, 246.  
CAPÍTULO VI. El Austria envia el general Alvinzi á Italia, 448. — Batalla de la Brenta, 249. — Bonaparte ataca á Caldiero, 250. — El ejército frances vuelve triunfante á Verona, 258. — Bonaparte vuelve á Milan, 259.  
CAPÍTULO VII. Lord Malmesbury despedido por el Directorio, 261. — La escuadra francesa sale de Brest para Irlanda, *id.* — Rompimiento del armisticio de Bolonia, 263. — El Directorio envia poderes al general Clarke para negociar un armisticio con Alvinzi, 266. — Estado de los dos ejércitos, 267. — Massena atacado en San Miguel por Provera, 270. — Joubert ataca la Corona y bate á los Austriacos, 271. — Batalla de Rivoli, 274. — Batalla de la Favorita, 278. — Rendicion de Mántua, 281. — Guerra del Papa, 284. — Arenga dirigida á las tropas pontificales, 288. — Motivos de la guerra del Papa, 296. — Bonaparte pone su cuartel general en Imola, 297. — Encuentro del Senio, 298. — Entrada de los Franceses en Faenza, *id.* — Los Franceses entran en Ancona y Loreto, 300. — Bonaparte toma bajo su proteccion á los sacerdotes emigrados, 303. — Tra-

tado de Tolentino, 306.—Ratificación del tratado de Tolentino, 309.

CAPÍTULO IX. El príncipe Carlos llega á Italia, 312.—Batalla del Tagliamento, 321.—Combate de Tarvis, 322.—Bonaparte establece su cuartel general en Klagenfurt, *id.*—Joubert bate á Kerpen, 323.—Carta de Bonaparte al archiduque Carlos, 325.—Combate de Neumark, 329.—La vanguardia francesa entra en Leoben, el Austria propone un armisticio, *id.*

CAPÍTULO X. Insurrección de Venecia, 337.—Carta de Bonaparte al dux de Venecia, 341.—Preliminares de Leoben, 345.

CAPÍTULO XI. Correspondencia de Bonaparte con el Directorio, desde 16 hasta 20 de abril, 348.—Degüello de los Franceses en Verona, 355.—Destrucción de la oligarquía Veneciana, 359.—Ocupación de las islas Jónicas por los Franceses, 362.

CAPÍTULO XII. Bonaparte en Montebello, 364.—Revolución de Génova, 366.—La Valtelina proclama su independencia, 368.—Restablecimiento de la república cisalpina, 370.—Roma se niega á reconocer la nueva república, 371.

CAPÍTULO XIII. El ejército de Italia celebra el aniversario del 14 de julio, 376.—Discurso de Bonaparte, 377.—Conspiraciones realistas, 378.—Carta de Carnot á Bonaparte, 381.—Augereau, Hoche, 382.—Bonaparte propone la expedición de Egipto, 383.—18 fructidor, *id.*—Rompimiento de las conferencias de Lila con el lord Malmesbury, 386.—Pichegru, Moreau, 389.—Bonaparte ofrece su dimisión, 402.—Contestación del Directorio á Bonaparte, 403.—Negociaciones con el Austria, 407.—Tratado de Campo-Formio, 409.—Evacuación de las tropas francesas, 415.—La corte de Roma reconoce á las repúblicas francesa y cisalpina, 418.—Muerte de Hoche, *id.*—Moreau reformado, *id.*—Augereau, general en jefe del ejército de Alemania, *id.*—El Directorio nombra á Bonaparte comandante del ejército de Inglaterra y le manda ir al congreso de Rastadt, 419.—Bonaparte se despide de sus tropas, 421.

## LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Bonaparte sale para Rastadt, 425.—Congreso de Rastadt, 426.—Bonaparte llega á París, 427.—Presentación solemne del tratado de Campo-Formio al Directorio, 428.—Discursos de Talleyrand, de Bonaparte y de Barras en esta circunstancia, 429.—Bonaparte individuo del Instituto, 433.—Bonald, David, *id.*—Bonaparte sale á inspeccionar al ejército llamado de Inglaterra, 434.—El Directorio envia un ejército á Suiza y otro á Roma, 436.—Establecimiento de la república romana, 438.—El embajador francés en Viena ultrajado, 439.—Preparativos secretos para la expedición de Egipto, 440.—Bonaparte amenaza con su dimisión, 443.—Sale para Tolon, 446.

CAPÍTULO II. Discurso de Bonaparte al ejército de Tolon, 449.—Salida de la escuadra francesa, 450.—Se presenta delante de Malta, 451.—Toma de Malta, 455.—Bonaparte proyecta una alianza con Ali Baja de Janina, 454.—El ejército francés desembarca en Alejandria, 455.—Toma de Alejandria, 456.—Proclama de Bonaparte á sus soldados, *id.*—A los Musulmanes, 460.—Marcha sobre el Cairo, 463.—Trabajos del ejército en el desierto, *id.*—Combate entre las escuadrillas francesa y enemiga, 464.—Combate de Chebreiss, 465.—Batalla de las Pirámides, 466.—Entrada de los Franceses en el Cairo, 471.—Encuentro de Salahieh, 472.—Batalla de Aboukir, 474.—Medidas tomadas por Bonaparte cuando recibió la noticia del desastre de Aboukir, 479.—Ceremonias de la entrada del Nilo en el Cairo, y del día del nacimiento de Mahoma, 483.—Administración de Egipto, 484.—Aniversario de la fundación de la República en el Cairo, 486.—Organización municipal del Cairo y de las demás ciudades, 489.—Creación del Instituto de Egipto, *id.*—Insurrección del Cairo, 493.—Viage de Bonaparte á Suez, 497.—Regimiento de dromedarios, 500.—Expedición de Siria, 501.—Toma de el Arisch, 502.—Los Franceses entran en Gaza, *id.*

—Sitio de Jaffa, 503.—Hospital de los pestilentos, 504.—Marcha del ejército sobre San Juan de Acra, 505.—Sitio de Acra, 506.—Batalla de Montabor, 509.—Continuacion del sitio de Acra, 510.—Se levanta el sitio, 511.—Pestilentos del campo de Acra, 513.—Vuelta del ejército al Cairo, 514.—Batalla de Aboukir, 518.—Conspiracion contra el Directorio antes de la salida de Bonaparte para Egypto, 521.—Bonaparte se prepara á volver á Francia, *id.* — Expedicion de Desaix en el alto Egypto, 525.—Carta de Bonaparte á Kleber, 528.—Salida de Bonaparte, para Francia, 535.—Llega á Frejus, 536.

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



